

BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime conveniente previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos.

I.—EDICIONES

M. TULLIO CICERON, *Discursos*, Vol. X. Defensa de L. Murena, Defensa de P. Sila. Texto revisado y traducido por Manuel Marín Peña, Barcelona, Ediciones Alma Mater, 1956. 156 pp. dobles + 10 sencillas.

La «Colección Hispánica de autores griegos y latinos», que dirige el Prof. M. Bassols de Climent, es digna de todo encomio por lo bien preparados y pulcramente presentados que publica sus textos. A no dudarlo, llegará a ser una de las colecciones indispensables para los filólogos y los humanistas.

El libro que presentamos responde magníficamente a los postulados de la colección. Preceden sendas introducciones ambientadoras de cada uno de los discursos, escritas por el Prof. Marín Peña con claridad y conocimiento de causa. El texto, bien cuidado, recoge parte del aparato crítico de Kasten, Clarck y Boulanger.

Quizá no estaría mal incorporar al aparato crítico de unas obras que salen bajo el epígrafe de «Colección Hispánica...», algunos de nuestros códices que laten olvidados aún por los sabios en los anaqueles de las bibliotecas españolas, y si bien no todos, algunos serían dignos de figurar por lo menos, por lo menos, entre los «deteriores». De esta forma el aparato crítico de la nueva colección podría presentar alguna novedad que, de lo contrario, tiene que contentarse lastimosamente con reproducir los textos y las fuentes ya conocidas por las ediciones de la Teubneriana, de la Oxoniense o del Corpus Paravianum, etc.

La traducción del señor Martín Peña, es buena y reproduce fielmente el texto y el pensamiento del orador latino.

JOSE GULLEN.

CICERON. Segunda acción contra Verres, Libro V. *Los Suplicios*. Texto latino. Traducción y notas de Aurelio R. Bujaldón (Universidad Nacional de Cuyo. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de lenguas y literaturas clásicas). Mendoza, 1957. XVI-107 pp., 22'5 x 16 cms.

Hemos recibido este libro de M. Tulio sobre los Suplicios con verdadera ilusión. No tenemos muchas ediciones del quinto discurso de la segunda Acción contra Verres del gran orador romano. Por eso, ya el hecho de su publicación pone en nosotros una nota de simpatía hacia la magnífica empresa del traductor-editor.

La introducción (pp. I-XVI), da una breve noticia de cada uno de los discursos de las *Acciones in Verrem* y sitúa el discurso *De Supplicis* en el rango y lugar que le corresponde dentro de la acción segunda. En las pp. 1-3 hace el editor un buen análisis del discurso.

Puesto que Bujaldón no ha acometido la empresa de darnos un texto crítico y se ha contentado con reproducir el de Henri Bornecque (Cicerón, Discours VI. Seconde action contre Verres. Livre V. Les Supplices. Paris. «Les Belles Lettres», 1929), su obra se reduce a la traducción. Las normas que para ella ha seguido las expone en la p. XIV y debemos reproducirlas en su honor: «Al ser la lengua el registro de la mentalidad peculiar de una comunidad social y política que se ha hecho consustancial con esa misma mentalidad y que aun a veces la ha constreñido y encauzado como reclamo y un llamado de la solidaridad y la tradición, no tiene otra lengua, por lo mismo que ella a su vez el paradigma de otro temperamento colectivo, la capacidad de reflejar con toda precisión y resonancia lo que en la lengua vernácula hay de explícito e implícito, sobre todo cuando ella se da a través, por ejemplo, de un autor dotado de gran espiritualidad como Cicerón.

En cada lengua la estructura sintáctica de sus elementos es, sin embargo, una peculiaridad fundamental que connota en las distintas expresiones individuales el perfil y los límites de un molde cerebral y emotivo. Muchos otros factores concurren a caracterizar una lengua, que conviene advertir al hacer una traducción. En la que nosotros hemos realizado, nos ha parecido primordial el respeto de la sintaxis del texto, y si en ocasiones hemos arribado a construcciones y períodos que no son muy frecuentes en castellano, eso se ha debido al criterio que nos hemos impuesto de ser ante todo fieles a la sintaxis y guardar esa fidelidad tanto como ha estado en nosotros hacerlo; con eso se consigue, creemos, que la traducción conserve en la mente del lector de la traducción el impulso, la fuerza, el aliento, con que en la lengua propia el autor plasma y concreta su pensamiento. Las diferencias de la sintaxis latina y castellana exigen en muchas construcciones, al llevar a cabo la versión, una decisión entre varias posibilidades y eso significa también la opción por una que se considera la más apropiada, la más próxima, pero en la que se escapa también algo».

No es éste el lugar para discutir teóricamente sobre si las normas adoptadas por el Sr. Bujaldón son las mejores o no; nos contentaremos con

espigar en algunos puntos de su traducción, como resultados prácticos que de esas normas han dimanado y el lector podrá juzgar por los frutos la cualidad del árbol que los ha producido.

Eadem nunc ab illis defensionis ratio uiaque temptatur, idem quaeritur (I, 4). «Ahora el mismo plan y método de defensa es ensayado por ellos, se busca lo mismo» (p. 5).

Non dicam (id quod debeam forsitan obtinere, cum iudicium certe lege sit), non quid in re militari fortiter feceris, sed quemadmodum manus ab alienis pecuniis abstinueris, abs te doceri oportere (II, 4).

«No diré (aquello que debería quizá sostener, puesto que el proceso es por determinada ley), que es conveniente que sea hecho ver por ti, no qué hiciste valientemente en el terreno militar, sino cómo apartaste las manos de los dineros ajenos» (p. 6).

Num igitur ex eo bello partem aliquam laudis adpetere conaris? (II, 5).

«¿Acaso intentas, por consiguiente, atraerte alguna parte de gloria de aquella victoria?» (p. 6).

Ne cum in Sicilia quidem eodem interuallo, pars eius belli in Italiam ulla peruasit (II, 6).

«Ni siquiera cuando (la) hubo en Sicilia, el intervalo siendo el mismo, parte alguna de aquella guerra pasó a Italia» (p. 7).

Nemini fortasse uestrum inauditum, L. Domitium praetorem in Sicilia, cum aper ingens ad eum allatus esset, admiratum requisisse quis eum percussisset (III, 7).

«Quizá no nuevo para ninguno de entre vosotros: que L. Domicio, pretor en la Sicilia, habiéndosele llevado un enorme jabalí, habiéndolo admirado, preguntó que quién lo había muerto atravesándolo» (p. 7).

Quod commodum est, exspectate facinus quam uultis improbum, vincam tamen expectationem omnium (V, 11).

«Aguardad un acto que es agradable, no se puede más odioso; sobrepasará sin embargo la expectativa de todos» (p. 9).

Quid hoc loco potes dicere, homo amentissime, nisi id quod ego non quaero, quod denique in re tam nefaria, tametsi dubitari non potest, tamen ne si dubitetur quidem, quaeri oporteat, quid aut quantum aut quomodo acceperis?

«¿Qué puedes decir en esta ocasión, hombre el más insensato, sino aquello que yo no pregunto, que finalmente en hecho tan abominable, aunque no puede ponerse en duda, sin embargo, si ni siquiera se pusiese en duda, sería necesario que se preguntase, que ¿qué cosa o cuánto o cómo recibiste?» (p. 9).

...ut iam ipsis iudicibus sine mea argumentatione coniecturam facere permittam, quod hoc genus praedandi, quam improbum, quam indignum quamque ad magnitudinem quaestus inmensum infinitumque esse uideatur (IX, 22).

«...dejaré ya a los jueces mismos hacer la conjetura de que, cuán improbo, cuán indigno y cuán inmenso e infinito, en relación con la magnitud de la ganancia, parece ser este género de rapiña» (p. 15).

Aestimate harum omnium rerum pretia et cogitate in his iniquitatibus unum haesisse Apollonium, ceteros profecto multos ex his incommodis pecunia se liberasse (IX, 23).

«Estimad los precios de todas estas cosas y pensad que el solo Apolonio estuvo clavado en estas iniquidades, que los demás, sin lugar a dudas, muchos, se libraron de estas molestias por medios de dinero» (p. 15).

Cum autem ver esse coeperat, cuius initium iste non a Favonio neque ab aliquo astro notabat, sed cum rosam uiderat, tum incipere uer arbitrabatur, dabat se labori atque itineribus (X, 27).

«Mas cuando había comenzado la primavera, cuyo comienzo éste reconocía no a partir de Favonio ni a partir de astro alguno, sino que cuando había visto la rosa entonces pensaba que la primavera comenzaba, se daba al trabajo y a las marchas» (p. 17).

El principio de XII, 29, cuyo texto omitimos por demasiado largo, lo traduce: «Pero cuando había empezado el rigor del verano, tiempo que todos los pretores han acostumbrado emplear en marchas, en razón de que piensan que la provincia debe ser visitada sobre todo entonces cuando los trigos están en las eras, porque ya se congregan las familias (de esclavos), ya la magnitud de la servidumbre se percibe, ya el trabajo de la obra (los) daña muchísimo y la abundancia de trigo (los) aconseja (a la revuelta), la estación del año no (la) impide, entonces digo...» (pp. 18-19).

Hunc tu igitur imperatorem esse defendis, Hortensi? (XIII, 32).

«¿Qué éste alegas tú, pues, que es un general, Hortensio?» (p. 20).

El fin del cap. XIV, 35, lo traduce así: «...la otra, que habiendo salido vestido con el manto de general y pronunciado los votos en favor de su mando y de la república común, acostumbró que se lo introdujera de noche en la ciudad por medio de (su) litera, para adulterio, a casa de una mujer casada con uno sólo, entregada a todos, contra la religión, contra los auspicios, contra todas las prescripciones divinas y humanas» (p. 21).

Iam uero cum eiusmodi patientia turpitudinis aliena, non sua satietate obdurisset... (XIII, 34).

«Mas ahora, habiéndose insensibilizado en la aceptación de infamia de tal índole, por la saciedad ajena, no por (la) suya...» (p. 21).

At etiam qui triumphant eoque diutius hostium reseruant ut his per triumphum ductis pulcherrimum spectaculum fructumque uictoriae populus Romanus percipere possit... (XXX, 77).

«Pero aun quienes obtienen el triunfo y reservan para eso vivo a los jefes de los enemigos más tiempo para que, conducidos éstos a través del paseo triunfal, el pueblo romano pueda percibir el espectáculo y el triunfo más hermoso de la victoria» (p. 43).

El final del cap. XXXI, 82, lo expresa así: «Hace esto de modo tal que aquél no sólo estuviera ausente de (su) casa —entonces— mientras navegase, sino que también estuviera ausente con gusto con gran honor y beneficio, para que, alejado y apartado el marido, él mismo la tuviese, no más libremente que antes (pues, ¿quién se opuso jamás al desenfreno de éste?),

sino con ánimo un poco más despreocupado, tal como si hubiese alejado, si no a un marido, tal sí como si (hubiese alejado) a un rival (p. 45).

Tuus hospes Cleomenes hoc dicit, sese in terram esse egressum ut Pachyno e terrestri praesidio milites colligeret (LI, 133).

Tu huésped Cleómenes declaró esto: que él había saltado a tierra para que recogiera soldados desde Paquino, de (su) guarnición terrestre (p. 69).

Quapropter si mihi respondere uoles, haec dicito, classem instructam atque ornatam fuisse, nullum propugnatores afuisse, nullum uacuum tractum esse remum... (LI, 135).

Por eso, si quieres responderme dirás estas cosas: que no se arrastró ningún remo vacante... (p. 69) (sic).

Non ut quisque maxime est, quicum tibi aliquid sit, ita te in huiusmodi crimine maxime eius pudet? (LII, 136).

¿Así no te avergüenzas tanto más ante él en una acusación de esta índole cuanto más intimidad hay con quien tienes alguna? (p. 70).

Quaecumque nautis ex Asia, quae ex Syria, quae Tyro, quae ex Alexandria uenerat, statim certis indicibus et custodibus tenebatur (LVI, 145).

Toda nave que había venido de Asia, que de Siria, que de Tiro, que de Alejandría, inmediatamente era tomada por espías y custodios determinados (p. 74).

Con pena hemos de confesar que esto no es traducción verdadera, ni lengua castellana, ni cosa que se le parezca; es un simple juego de equivalencia de palabras, como si, a la inversa, al traducir la frase castellana: «me ha dado unas cuentas monedas», dijéramos en latín: «mihi dedit unas quantas monetas». No dudamos en decir que tales deficiencias no las achacamos al autor, a quien juzgamos persona competentísima, sino al método seguido en su trabajo.

El índice de palabras y temas (pp. 97-107), que cierra el libro, lo creemos de verdadera utilidad práctica y eficiente.

JOSE GUILLEN.

ANTONIO QACQUARELLI, *Q. S. F. Tertulliani ad Scapulam*. Roma, 1957, Desclée. Pp. 131. 23 x 16 cm.

Las obras de Tertuliano son de por sí tema fecundo para nuevas ediciones y estudios filológicos, históricos y teológicos de seriedad científica. En lo que a los filológicos concierne, últimamente han recibido éstos acentuado impulso con el desarrollo y trabajos en torno al latín cristiano, de modo que la extensa literatura del escritor africano ha concentrado sobre sus diversos aspectos la atención de muchos editores y comentaristas.

El contenido, como su latinidad, por lo que tienen de creación y originalidad son a todas luces dignos de profundos análisis y estudios; la numerosa bibliografía que existe y la que va apareciendo en nuestros días son prueba palpable de lo que acabamos de afirmar.

La obra que nos ocupa, *Ad Scapulam*, carta apologética dirigida al pro-cónsul de Africa, Scapula, es breve en cuanto a su materia, pero contiene ideas interesantes del apologista sobre la situación religioso-social del Imperio a principios del siglo III, y aun más, datos históricos, que la Historia de la primitiva Iglesia ha recogido para el período de las primeras persecuciones.

En cuanto al pensamiento y a su motivación va enlazada a las grandes obras tertulianas, el *Apologeticum y Ad Nationes*. Quacquarelli ha estudiado el libro con plenitud filológica e histórica, reflejada claramente en su «Comentario», pp. 71-122.

Y en cuanto al contenido de la edición, el Autor nos da en sus «Prolegomenos» después de seis páginas de la Bibliografía citada, la «tradizione manoscrita», sobria y limpiamente expuesta, con la ilustración del *stema codicum* del Corpus Cluniacense, tomado de Kroymann en el C. S. E. L., 70, p. XXXVI y de Dekkers en C. C., I, XXVII. Sigue la historia de las ediciones, valoradas en sus notas esenciales con relación a sus fuentes críticas. Y no es lo menos ampliamente tratado los esquemas retóricos y las cláusulas rítmicas registradas en la prosa de la carta tertuliana. El capítulo IV lo dedica al estudio del carácter del contenido, del destinatario y a los problemas cronológicos de la obra. Y no olvida el Autor de la edición, los *loci* escripturarios en que se inspiran muchos pasajes del *Ad Scapulam*, cuestión de transcendencia para el problema de la *Vetus Africana*, que no debe soslayarse en la literatura de Tertuliano.

El texto es depurado y con aparato crítico completo, hermosamente presentados. Sin embargo, queremos señalar que la división del texto en cláusulas separadas tipográficamente, rompe a la vista y hasta a la comprensión rápida la unidad del contexto y cadena lógico-gramatical. Nos parece mejor la simple separación en capítulos y división numérica en párrafos sin separación de línea, como la edición de Dekkers, lo que ofrece una impresión más compacta y discursiva.

La edición de la pequeña obra de Tertuliano y señaladamente su *Comentario* es meritoria, y su utilidad y buenos servicios a la filología del latín cristiano y a la Patrística son indiscutibles.

J. CAMPOS, SCH. P.

II.—LEXICOGRAFIA

MAURICE RAT, *Dictionnaire des locutions françaises*. Librairie Larousse, París, 1957. Pp. 430.

Solamente comprende este Diccionario las locuciones cuyo sentido ha querido precisar el Autor. Indica también el origen de ellas la mayoría de las veces.

Se guarda de todo desarrollo inútil y poco necesario. Cuando una locución es fácil, se limita a exponerla, y cuando es más difícil, a la exposición añade algunas líneas sobre su formación original, ilustrada con uno o más ejemplos, sacados generalmente de los autores que más lo usaron.

Enumera a veces las explicaciones que a las locuciones se dan, indicando la que el Autor prefiere y poniendo un punto de interrogación cuando ninguna explicación le parece muy segura.

No hace referencia de las fuentes más que en ciertos casos (Sda. Escritura, La Fontaine, Molière), siendo la intención preferente de RAT dar el nombre del escritor citado, no la obra de donde se toma la cita, con el fin de hacer la obra más manejable.

Las locuciones están en orden alfabético. El índice de nombres colocado al final permite encontrar fácilmente la locución buscada. Posee además un índice de autores y gramáticos, precedidos éstos últimos de un asterisco.

El Diccionario, como ya hemos indicado, no es completo, en el sentido estricto de la palabra, y no pretende serlo. Con todo, tiene sumo interés para conocer las principales locuciones de la lengua francesa.

AGRIPINO CABEZON, O. F. M.

NOUVEAU LAROUSSE CLASSIQUE. Librairie Larousse, París, 1957. Pp. 1284, más un pequeño Atlas.

El *Nouveau Larousse Classique* era una necesidad para los alumnos de Segunda Enseñanza, y demás estudiantes para quienes no había ningún Diccionario Enciclopédico manual.

Da preferencia a los términos técnicos modernos, respondiendo a las circunstancias actuales.

Llama la atención el vocabulario de Filosofía, Derecho y Economía Política. Su conocimiento es indispensable para la comprensión de la historia y de la vida moderna.

En el terreno lingüístico, supone un avance sobre el *Nouveau Larousse*

Elémentaire de 1947. Renueva las etimologías utilizando los últimos trabajos aparecidos. Son de notar, sobre todo, las etimologías latinas.

Multiplica los sinónimos y contrarios, que son un gran recurso para el lector. Los cuadros de síntesis históricas son otra innovación y ayudan mucho a formarse una idea de conjunto. En Geografía prefiere las divisiones modernas. En Historia del Arte, las formas, las escuelas, los estilos, están definidos con cuidado. La ilustración sistemática y didáctica es magnífica, lo mismo que la reproducción de cuadros de arte a todo color.

Por todo esto, juzgamos este *Nouveau Larousse Classique* instrumento muy útil de trabajo.

AGRIPINO CABEZON, O. F. M.

III.—TEXTOS ESCOLARES Y COMENTARIOS

SOFOCLE. *Le Trachinie*, con introduzione e commento a cura di GIUSEPPE SCHIASSI. «I Classici della Nuova Italia», diretti da C. Gavallotti. «La Nuova Italia», editrice, Firenze, 1.ª edición: Novembre 1953. 1.ª Ristampa: Giugno 1955. Pp. LX-212.

El comentarista, admirador de esta obra, una de las menos leídas y no menos bellas de Sófocles, dice en el prefacio que ha trabajado en ella con escrupulosidad para que los estudiantes puedan captar y gustar esta tragedia.

En la introducción informa sobre problemas esenciales a la comprensión del drama: mito, poesía, lengua, estilo. Quiere limitar a lo puramente necesario la parte histórico-mítico-dramática, y así trata del mito de Heracles, el más grande héroe nacional panhelénico; a Heracles, dios menor como otros héroes, el epos aqueo-jónico, acentuando su carácter antropológico, le hizo caer a la categoría inferior, los semidioses *ἡμίθεοι* de Hesíodo, intermedios entre los dioses y los hombres.

Pero si a la historia de la religión helénica interesa la formación del culto heroico, a la introducción a la tragedia interesa la génesis del mito. ¿Cómo se formó el mito de Heracles? A la divinidad olímpica unieron un elemento naturalístico, y le hicieron morir para resurgir después, y le hicieron *διογενής*, descendiente de Zeus y de Alcmena, madre mortal. Y surgen varios grupos de este mito:

- 1.º El Tebano, o Beocio, sobre su nacimiento, infancia y adolescencia.
- 2.º El Argivo, que ve en Heracles el conductor o caudillo de sus antepasados, los Dorios del N., en la conquista del Peloponeso, y forma el núcleo más importante de la leyenda de Heracles con el Dodacatlo o ciclo de

doce empresas o trabajos de Hércules, héroe generoso, destructor de monstruos, salvador de Argos, campeón de la grecidad, siempre victorioso, con su maza y destino prefijado; con la hostilidad de Hera primero (como protectora de Argos tenía que oponerse a los dorios, sus conquistadores, y de ahí, su sujeción a Euristeo que le ordenó acometer esas empresas), y después con su protección (al convertirse en doria Argos, Hera fué patrona de éstos), y de ahí que victorioso el héroe recibiese como premio en el Olimpo la inmortalidad y la eterna juventud.

3.º El Tesalio, llamado también Málico (región de Tesalia con Trachis por capital) y Eteo por el episodio de su muerte sobre la pira del monte Eta. Los fundamentos de este ciclo son: uno eubeo-lidio (venganza del héroe contra Eurito, rey de Ecalia (localizada primero en Tesalia, después definitivamente en Ecalia), matando a su hijo Ifito por haberle ultrajado el rey, de quien era huésped); otro es el etolio-trachiniano (nupcias de Heracles con Deyanira considerada primero como guerrera feroz, de ahí el nombre *Δηϊάνειρα* = exterminadora de hombres, que más tarde pasará a significar exterminadora del esposo, con la muerte de Nesso, el engaño de este centauro con la túnica que causará la muerte del héroe).

Sófocles altera la cronología de los hechos: pasión por Yole, injuria de Eurito, muerte de Ifito, esclavitud de un año como castigo en Lidia, al regreso boda con Deyanira y expedición contra Ecalia; por razón poética anticipa las bodas, etc. Introduce otros elementos artísticos: según un oráculo se salvará si supera los quince meses, y, según otro morirá por mano de un habitante del Hades.

Después examina la poesía y argumento de la obra: la contraposición que hace el poeta entre el rudo héroe y la tierna esposa Deyanira, desposeída por Sófocles de su carácter guerrero y convertida en un dulce pero fatal personaje sofocleo. Examina después por orden los episodios y cantos corales de la obra haciendo observaciones sobre religión y psicología.

Trata luego de la lengua y estilo, carácter más épico que en Esquilo y Eurípides en el léxico y sintaxis de las partes dialogadas y en la morfología de la lírica; examina su fonética, morfología, vocabulario, sintaxis, construcciones herodoteas, lengua y estilo que armoniza la más grande simplicidad con el mayor refinamiento, realizando aquella «armoniosa gracia», que los griegos llamaban *κομψότης*.

En general sigue el texto de MASQUERAY y el de PEARSON, pero a veces se aparta de ellos para acercarse a la antigua lectura de códices coincidiendo con CAMPBELL. Para la parte lírica utiliza a O. SCHROEDER, *Sophoclis Cantica*, Lipsiae, Teubner, 1907. Cita a los críticos con quienes coincide o disiente y recuerda especialmente a M. UNTERSTEINER en *Edipo a Colono*, S. E. I., *Electra* y *Ajace*, Signorelli.

Después de ésta parte, viene la del texto, la más larga, con abundantes notas que facilitan su inteligencia literal, histórica, mítica y estilística, con

notas críticas, un apéndice de métrica, notas bibliográficas, índices de materias y de léxico terminando con el índice general.

En resumen: una bella edición escolar no sólo útil para alumnos, sino recomendable también para maestros.

JUAN LOPEZ OREJA.

STÉGEN, GUILLAUME, *Commentaire sur Cinq Bucoliques de Virgile* (3, 6, 8, 9, 10). Maison d'éditions Ad. Wesmael-Charlier, S. A. Namur, 1957. 155 pp. (18'2 x 13 cm.).

EN HELMANTICA (t. VII, n. 23, p. 324), reseñamos el libro del mismo Autor y Editorial *Etude sur Cinq Bucoliques de Virgile*: 1, 2, 4, 5, 7. Las Bucólicas que en aquella primera parte quedaban sin estudiar, son el objeto del presente volumen. Así se completa la obra. Tres capítulos de esta segunda parte, publicados ahora con las modificaciones y añadiduras necesarias, habían visto antes la luz en las revistas LATOMUS y LES ETUDES CLASSIQUES.

El juicio laudatorio que formulamos para la primera parte, debemos repetirlo para la segunda que ahora se nos ofrece. Es un libro utilísimo, que nos pone al día sobre los problemas suscitados por la inmortal obra de la juventud de Virgilio y nos da una interpretación de cada égloga a veces muy personal, pero siempre coherente con la égloga misma considerada como una unidad, sin perderse en la interpretación alegórica, que ha convertido *Las Bucólicas* en un baile de máscaras. Si los niños de las escuelas romanas, casi a la muerte de Virgilio, hacían su aprendizaje literario sobre estos divinos versos, que eran familiares entre el pueblo sencillo, como nos lo atestiguan los grafitos de Pompeya, es porque el lector corriente romano los entendía sin esfuerzo tal como sonaban. Así, pues, el Autor trata de descubrir en cada una de las églogas, como lo había hecho en la primera parte de la obra, la unidad argumental que se esconde bajo la sucesión de metáforas que componen la alegoría.

Ciérrase el libro con un capítulo *Vue d'ensemble sur les dix Bucoliques*, en el cual, el Autor se declara sustancialmente de acuerdo con la tesis de M. P. Maury en su trabajo famoso *Le secret de Virgile et l'architecture des Bucoliques* (LETTRES D'HUMANITÉ, III, 1944, pp. 71-147), que ve la colección de las Bucólicas concebida ya por Virgilio según un plan de conjunto, en el que, además, las Bucólicas se corresponden dos a dos. Debemos confesar que, a pesar de la competencia y de la erudición de M. P. Maury, a pesar de haber hecho suya la tesis el Profesor J. Perret en su *Virgile, l'homme et l'oeuvre* (Hatier-Boivin, Paris, 1952), y a pesar de los razonamientos con que la apoya ahora G. STÉGEN, nos resistimos a adherirnos plenamente a ella, por creer improbable que el genio poético del gran Mantuano se atara él mismo con las trabas de las matemáticas de Pitágoras. ¿No se opondría este pre-establecido plan de conjunto

de toda la obra a la unidad y coherencia en sí misma de cada una de las églogas, defendida por el Autor?

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

DOMENICO FERRANTE, *Proclo, Crestomazia. Introduzione, testo, traduzione e commento degli estratti relativi ai generi letterari...*, Napoli, 1957. Pp. 163. 21 x 16 cm.

La publicación del texto de una obra rara como es la *Crestomatia* de Proclo, es ya un buen servicio que se presta a la filología griega.

El primer problema que se plantea el Autor es identificar la persona de Proclo; dilucidar si se trata de Proclo el gramático del siglo II, o el Proclo filósofo del siglo V, inclinándose por éste último, como autor de la *Crestomatia* que nos ocupa.

No hay lugar al estudio crítico del texto, puesto que no se conserva la redacción original, sino un epitome o resumen transmitido por Focio en *Bibl., Cod.*, 239.

La obra resulta un libro de «filología», o erudición, una historia de los géneros literarios griegos, descritos con criterio histórico, útil para los gramáticos, filósofos y escolistas, especialmente para los que trabajan sobre Platón y Píndaro, que pueden servirse de ella como de fuente primaria.

Ferrante, sin gran introducción, pasa a la edición del texto en la página de la izquierda, y la traducción italiana en la derecha. La presentación del texto es nítida, y la traducción ajustada y exacta. Pero creo que lo que le da más valor e importancia es el comentario extenso, erudito y bien documentado con que adorna al pie de ambas páginas el texto y la traducción. No entramos en análisis de detalles, porque alargaría esta reseña, pero este comentario es de una ilustración valiosa para el estudio de los géneros literarios, en su aspecto histórico y retórico-poético.

Ha añadido el Autor un apéndice con los *loci paralleli* de gramáticos e historiadores griegos, que aclaran las ideas de la *Crestomatia*, y luego extractos de los Tiempos, Vida, Caracteres y Títulos de los poemas de Homero, y de lo perteneciente al ciclo homérico, sacados de la misma *Crestomatia* de Proclo.

El estudio que ha hecho Ferrante es digno de tenerse en cuenta y ser consultado por los dedicados a la especulación literaria de las ideas y tipos literarios antiguos en los autores griegos.

J. CAMPOS, SCH. P.

IV.—HISTORIA

A. BLANCO FREIJEIRO, *Arte Griego*. Bibliotheca Archaeologica; Instituto Español de Arqueología. C. S. I. C., Madrid, 1956 (19 x 13 cm.), 256 págs.

Con este volumen inicia el Instituto Español de Arqueología, según declara el Profesor A. García Bellido, en la Presentación, una serie de manuales sobre el mundo clásico en general y, singularmente, en sus aspectos españoles. Falta nos hacía una serie semejante. Es necesario que el lector español de nivel medio se vea solicitado por monografías y compendios técnicamente bien hechos, los cuales no sólo puedan ser utilísimos al estudiante universitario, sino que extiendan en un público cada vez más amplio el conocimiento de los tesoros culturales de Grecia y Roma. Da pena ver el desconocimiento y desinterés que, salvo en los círculos especializados, hay en España por los monumentos que griegos y romanos dejaron en nuestra Patria; se da el caso vergonzoso de españoles que han recorrido muchos kilómetros para conocer «de visu» los restos antiguos clásicos en naciones alejadas, y nunca han pensado en visitar Mérida, Tarragona, Ampurias, Itálica, el puente de Alcántara o el incomparable Acueducto de Segovia, preparándose previamente para valorar dichos tesoros.

A. Blanco Freijeiro ha escrito un excelente tratado de iniciación en el Arte Griego, muy completo y puesto al día (cita ya los descubrimientos del malogrado Ventryes en el campo de la escritura cretense). No es un frío tratado. El Autor, de bien probada competencia arqueológica y de fina sensibilidad artística, va guiando al lector, como un buen maestro, a través de todas las manifestaciones del Arte Griego en sus diversas épocas y escuelas. La impresión tipográfica es buena y agradable; las ilustraciones, suficientes y selectas. Al final encuentra el lector una completa reseña bibliográfica de obras generales y especiales ordenadas según los capítulos de la obra. Lástima que falte un índice de nombres y materias, convenientísimo para una rápida consulta.

El lector español ve con gusto cómo a cada paso al Autor menciona las pocas obras griegas que poseemos en nuestro país. En este aspecto nos permitimos hacer la observación de que el Autor casi ha limitado sus referencias al fondo escultórico del Museo del Prado, que le es tan familiar, como pudimos comprobar en la lección magistral que nos dio, cuando la visitamos, dirigidos por él, los asistentes al Primer Congreso de Estudios Clásicos.

Es también discutible su definición de la época helenística como comprendiendo «los tres siglos que transcurren entre la muerte de Alejandro (323, a. C.), y el principado de Augusto (31, a. C.)» (p. 219). Es muy difícil enmarcar tan precisamente los fenómenos artísticos y culturales. Sabido es

que para unos la época helenística abarca el periodo comprendido entre Alejandro y la conquista romana del mundo griego, y para otros su límite en Augusto; mientras que hay quienes comprenden dentro de la época helenística el final de la Antigüedad. Clásica.

Observemos también cierta arbitrariedad en la transcripción de los nombres griegos. Junto a un Panainos, Paionios, Kephisodotos, Sounion, etc., a la griega, encontramos un Fidias, Polignoto, Lisipo, Delfos, siguiendo la nomenclatura tradicional castellana. Es comprensible, además, que en página 57 escriba «chitón» (túnica); pero no lo será tanto para el lector ingenuo leer en página 238 «va envuelto en un fino chitón» (*sic*, en redondo).

Estas nubecillas no empañan el mérito y el valor de este primer volumen de la *Bibliotheca Archaeologica*, que esperamos ver pronto enriquecida con nuevos volúmenes hechos con la misma seriedad y acierto que el presente.

MANUEL DIAZ LEDO, S. D. B.

JULIO CARO BAROJA, *España Primitiva y Romana*, Barcelona, Editorial Seix y Barral, S. R., 1957. Pp. 371=120 de texto, 121-328 de ilustraciones, 329-371 de índice explicativo. 27 x 22 cm.

¿Qué género o esquema de historia nos ofrece esta obra de tan lujosa y elegante tipografía, con tan reducido texto y con tanta profusión de preciosas láminas en color y en huecograbado?

El Autor mismo nos responde satisfactoria y adecuadamente en el *Prólogo*, para deshacer equívocos. No trata, ni pretende darnos «historia política, la historia de las culpas y razones, de las causas y de los efectos». Quiere trazar «una serie de modestos apuntes, con bastante independencia unos de otros». Efectivamente, son sus capítulos grandes diseños de antiguos ciclos o áreas culturales hispánicas, dentro de la morfología cultural de la geografía de la Hispania.

Abarcar en tan pocas páginas de texto la exposición de toda la época antigua, supone no entrar naturalmente en especificaciones, ni detalles. Pero con todo eso, el Autor no habla de memoria y de imaginación; demuestra que conoce bien los fundamentos de las fuentes históricas y las conclusiones e hipótesis de las últimas investigaciones arqueológicas y literarias de los textos.

Apreciamos ciertamente en su exposición juicios certeros y equilibrados sobre fenómenos sociales, culturales y religiosos, máxime en lo referente a época romana y cristiana. Deja atrás y supera tópicos rutinariamente repetidos sin discernimiento y discreción, sin valor real en cuanto se inquiere a fondo y con algún sentido de crítica histórica las causas y consecuencias de hechos colectivos y sociales en la historia de los pueblos y grupos culturales.

Sin embargo, este tipo de síntesis históricas a grandes rasgos, aunque sean éstos limitativos y característicos de un conjunto humano en todos

los aspectos de la cultura, expone al riesgo de caracterizaciones excesivamente generalizadoras y resbaladizas por inconscientes, a conclusiones más razonadoras y lógicas que positivas y fundadas sobre los hechos. Pero observamos con complacencia en el Autor gran ponderación y fino sentido crítico en las hipótesis y teorías.

Sí que señalamos que se inclina a las desmesuradas cronologías de los 400.000 años para el paleolítico inferior, de moda en la Paleontología y Arqueología prehistórica en vigencia, cosas muy discutibles y exageradas a nuestro juicio.

La parte documental de esta historia sintética cultural, son las 207 páginas de láminas con preciosas fotografías de restos y monumentos en abundancia de las épocas que comprende en su exposición, con la particularidad de seguir a las ilustraciones un índice descriptivo de éstas con datos para una comprensión de su importancia histórico-documental. Creemos que esta sección gráfica es lo más valioso de la obra.

En cuanto al texto es de vulgarización, pero en cuanto a las ilustraciones, por su profusión y selección de detalles pasa los límites de la vulgarización; puede servir de gran auxiliar al estudioso y al universitario.

Es de esperar que se continúe la publicación de las restantes épocas de la cultura hispánica. La Editorial Seix y Barral, de tan benemérita tradición en material y ediciones pedagógicas, marca con esta publicación un progreso notable y brillante en su labor cultural.

J. CAMPOS, SCH. P.

V.—GRAMATICA

GAUTREAU Y ROSSET. *Grammaire Latine*. Classes du 1.^{er} cycle. «Les Editions de L'Escole». Paris, 1957. Pp. 200.

Es conocido en Francia *Mr. Charles Rosset*, por sus libros de latín para los principiantes. Ahora nos presenta, en colaboración con *Mr. Gautreau*, una gramática latina reducida, tomada de su *Grammaire Latine* completa: conserva en ambas la misma numeración de párrafos. Así es más fácil la consulta de una determinada cuestión; y los alumnos de una misma clase pueden utilizar indistintamente uno u otro libro.

El método es el tradicional. En él no nos satisface que, en la sintaxis, se proceda por la clasificación de oraciones. La razón en que nos apoyamos es que la contextura sintáctica es igual en latín que en las lenguas románicas. Por eso creemos que basta dar la traducción de las conjunciones subordinantes, como se da la de cualquier vocablo: todo es morfología. De este modo queda la sintaxis notablemente reducida.

Algunos cuadros sinópticos de esta gramática nos parecen un poco prolijos: admiten mayor reducción sin mengua de la claridad. V. gr.: En el de las preposiciones (pp. 73-80), han quedado agotados todos los usos, innecesariamente. El de las construcciones clásicas de verbos que piden oración completiva (pp. 136-140), nos parece superfluo: tanto más cuanto que lleva mezclados los usos del tipo *timeo ne* y *dubito quin* con los comunes de *ut*; eso pedagógicamente es una confusión, pues, aunque la construcción sintáctica sea una, la «visión» del alumno no es una. El cuadro del *quid* (p. 168), está pidiendo al lado otro paralelo de *quis*. Algunos conceptos están dichos con poca claridad, como el uso de *a* con verbos de pedir o preguntar (pp. 73-102): era preferible concretar a decir «dans plusieurs cas», lo cual no es norma.

Acaba la gramática con tres apéndices sobre partículas, orden de las palabras en la frase latina y elementos de prosodia y métrica. Tiene índice alfabético de vocablos. La presentación tipográfica es clara, con algún dibujo.

E. GANCEDO IBARRONDO.

ALF ONNERFORS, *Pliniana, In Plinii Maioris Naturalem Historiam studia grammatica semantica critica*. Acta Universitatis Upsaliensis, Uppsala, 1956. Pp. 196, índice incluidos; 24 x 16 cm.

Estudios científicos de la finura y perfección que se advierten en esta obra, no son muy frecuentes en la Filología que corre actualmente. Ya supone grandes arrestos y preparación acometer un comentario y análisis comprensivo de tanta variedad de aspectos sobre una obra tan extensa y de materia multiforme (*quid ista legis, imperator? humili vulgo scripta sunt, agricolarum opificum turbae, denique studiorum otiosis*, praef. 6), de estilo tan diversificado y en época de tal remiramiento en el estilo, con modos literarios, vulgares y técnicos, como la *Naturalis Historia*, de Plinio.

Para darse cuenta de la amplitud y matización a que llega el libro, no hay más que recorrer los epígrafes del *Summarium* con que se abre. Señalamos solamente los principales apartados: En el capítulo I, 1. *de sermone tecnico*, 2. *de sermone vulgari*, 3. *de sermone studio litterato et oratoria arte excullo*. En el II *Semantica* de *Substantiva. Adiectiva, Verba, Adverbia et particulae*. En el capítulo III *Syntactica varia* y en el IV *Critica*.

Si cumple el Autor lo que anuncia y promete, se comprueba recorriendo el desarrollo puntualizado y documentado de cada capítulo y apartado. La obra no es larga, pero su densidad y peso por lo concienzuda en el análisis metódico que va realizando punto por punto, apoyado en las fuentes más rigurosas y fidedignas, y por la bibliografía selecta antecedente, aseguran la seriedad y crédito de sus afirmaciones y conclusiones. Ponemos de relieve, como trabajados con más amplitud el apartado «*De sermone tecnico*», en el capítulo I, y la *Syntactica varia* en el II. En todos ha sabido

el Autor escoger los tipos o ejemplos más caracterizantes y definidores de cada aspecto estudiado.

Los cuatro índices finales, *locorum, rerum, verborum editionum et librorum*, son una prueba más de la seriedad científica con que está trabajada la obra. Y el ir redactada en latín le asegura un carácter universal y le presta un tipo de alta cultura.

En presentación y perfección tipográfica la edición de Upsala es de exquisita distinción, siendo por otra parte escasas las erratas y omisiones que se ponen al fin, en la página 196.

Con estudios como el presente el Autor Onnerfors y la Universidad de Upsala honran una vez más su larga historia de méritos ante la ciencia filológica de la Antigüedad.

J. CAMPOS, SCH. P.

VI.—ESTUDIOS

EILIV SKARD, *Sallust und seine Vorgänger*. Eine sprachliche Untersuchung. Symbolae Osloenses Fasc. Supplet. XV. Osloae in aedibus A. W. Brogger MCMLVI, pp. 110; 24 x 16 cm.

Un poco desorienta el título de este libro. Acostumbrados a la obra homónima de Klotz, *Livius und seine Vorgänger* (Leipzig, Teubner, 1940-1941), se espera en ella un estudio directo de las fuentes de Salustio. En realidad no es éste el objetivo de la presente investigación. Preside en ella la idea de precisar, lo más posible, lo peculiar del estilo de Salustio a través de un estudio filológico comparativo de las formas de expresión de otros historiadores romanos y por este procedimiento llegar a un mejor conocimiento del estilo de la historiografía latina.

Comienza con un largo estudio comparativo entre Salustio y Tito Livio (pp. 7-44). Del análisis de un rico material de fórmulas y expresiones que entresaca de estos dos famosos historiadores brota la conclusión de que ambos utilizaron idénticas fuentes antiguas, con una serie de clichés literarios que habían cristalizado ya de antiguo en el género histórico. La tendencia arcaizante que es notoria en Salustio y que caracteriza también a Tito Livio, sobre todo en su primera década, es un rasgo peculiar de la historiografía antigua. Junto con esta tendencia arcaizante resalta el carácter épico de la narración, tanto en Livio, como en Salustio. Estas ideas, a que llega el Autor, tras un minucioso examen de textos, no son del todo nuevas. Ya Eduard Norden (*Die antike Kunstprosa*, 3.ª ed., 2 vols. Leipzig, Teubner, 1915-1913), y más tarde Konrad Gries (*Constancy in Livy's Latinity*, New York, 1949), las habían expresado en términos parecidos. En

los primeros historiadores latinos hay huellas palmarias de Ennio y de Catón, no menos que de los trágicos antiguos. El Autor contento con esta afirmación pasa luego a comprobarlo en los tres capítulos que siguen: a saber, el lenguaje épico en Salustio y Livio (pp. 45-56); vestigios de los trágicos en los historiadores latinos (pp. 57-74); por fin (pp. 75-107), influencia del *Cato Censorius* en Salustio, exagerada ya de antiguo por aquellos que consideraron al amiternense como *priscorum Catonis verborum ineruditissimum furem* (cf. Quint., VIII, 3, 29).

Esta investigación es seria y profunda. El Autor maneja con maestría los textos antiguos y los analiza y relaciona con objetividad. Se mueve con igual soltura dentro del limitado coto de las obras de Salustio que en el vasto e inabarcable panorama de los escritos de Tito Livio y de muchos otros autores latinos y griegos. En definitiva, esta publicación figura honrosamente en la colección noruega, que lleva por título *Symbolae Osloenses*.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

FRANCESCO CORSARO, *Sedulio Poeta*. Pubblicazioni dell'Istituto Universitario di Magisterio. Catania, 1956, pp. 284, 24 x 17 cms.

El Autor nos presenta en este libro una monografía seria y completa, en lo que cabe, del poeta Sedulio.

En la primera parte (pp. 5-64), estudia la personalidad de este escritor cristiano dentro de su siglo. Con breves y atinadas pinceladas desarrolla los siguientes puntos: La poesía cristiana en sus orígenes; Biografía de Sedulio; Título y división del «Paschale Carmen»; El «Paschale Carmen» a la luz de los modelos evangélicos; Imitación clásica en el *Carmen* de Sedulio; La cuestión del «Carmen de Verbi Incarnatione»; Poemas menores de Sedulio; Fortuna de Sedulio en los siglos posteriores y juicio sobre él de la crítica moderna.

En la segunda parte (pp. 65-132), el Autor nos ofrece una nueva traducción italiana del «Paschale Carmen» y de los himnos sedulianos, tomando como base la edición crítica de Hümer y señalando convenientemente con números marginales el curso del *Carmen* y de los *Himnos* de cinco en cinco versos.

Viene luego la tercera parte (pp. 133-190), tal vez la más importante de toda la monografía. En ella el Autor se ocupa con bastante detalle de la lengua y de los recursos retóricos del poeta, corroborando sus observaciones con abundancia de ejemplos.

Termina la monografía con un largo apéndice (pp. 191-277). Es el índice alfabético de palabras (sustantivos, pp. 193-221); adjetivos, pp. 222-239; pronombres, pp. 240-243; verbos, pp. 244-267; preposiciones, conjunciones e interjecciones, pp. 268-278), con la referencia exacta del lugar o lugares donde dichas palabras aparecen en Sedulio.

En resumen, una buena monografía del poeta cristiano, que, aun a pesar de alguna que otra laguna que podríamos señalar, como la del estudio del estilo del poeta, y una cierta deficiencia en tratar algunos puntos, por ejemplo, el de las fuentes clásicas en Sedulio, constituye una nueva manifestación del entusiasmo que reina en Catania por el cultivo y rehabilitación de la antigua literatura cristiano-latina. El índice alfabético sería más práctico si no se hubiera distinguido en él entre sustantivos, adjetivos, etc.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

AURELIEN SAUVAGEOT, *Les procédés expresifs du français contemporain*. Librairie C. Klincksiek, Paris, 1957. 242 pp. (22 x 13'5 cm.).

A. Sauvageot, Profesor en la Escuela Nacional de Lenguas Orientales, nos presenta una obra de madurez, fruto de sus largas experiencias lingüísticas y enseñanza práctica de la lengua francesa.

En este pulcro volumen de 242 páginas ha hecho el Autor una atrevida cala en el francés, cuyos procedimientos expresivos ha buceado a fondo con una fuerza analítica original.

No se trata de una gramática descriptiva ni normativa sino de un análisis sumario de la lengua francesa, mediante el cual ha recogido una serie de finas observaciones y reflexiones que tienden a resaltar los rasgos esenciales de su estructura tal como funciona en nuestros días. No es un ensayo de introspección, donde tanto margen de interpretaciones subjetivas se ofrece a la persona apreciación del observador, sino un ensayo de la más rígida objetividad: el Autor ha sido fiel a su compromiso de enfrentarse con la lengua, no como algo acotado o exclusivo del sujeto parlante, sino como un instrumento, un molde común y necesario en que verter el propio pensamiento. En una palabra, un examen serio de las categorías expresivas de la gramática francesa, una revisión concienzuda que resiste valientemente las exigencias de la lingüística moderna, pero aligerada adrede de todo aparato científico y bibliográfico.

A. Sauvageot con su acopio de experiencias y su envidiable bagaje lingüístico, —pasó la niñez en el Próximo Oriente, se familiarizó en su juventud con el griego moderno y el turco osmanlí y se inició luego en el alemán, inglés, lenguas escandinavas, ruso, finés, húngaro— ha logrado una preparación excepcional para operar sobre el francés y registrar a conciencia sus particularidades expresivas que lo distinguen de otras lenguas.

Sigamos al Autor en su visión panorámica de la lengua francesa. La obra presenta cinco apartados. El primero lo dedica a los *sonidos* (p. 13-34): impresión acústica, el sistema de los sonidos, la función de los timbres vocálicos, función de la vocal ə función de la cantidad, función del acento, los fonemas de asimilación, consideraciones generales. En el segundo apartado figuran las *palabras* (p. 35-71): análisis de la palabra, los alarga-

mientos de la palabra, las partes del discurso, el nombre, el género gramatical, el número, el pronombre, el verbo, los modos, los tiempos, las formas nominales del verbo, los tiempos compuestos del verbo, caracteres generales de la conjugación. A continuación el Autor se ocupa de las *frases* (p. 73-123): sintagmas epíteticos, otros sintagmas adnominales, sintagmas predicativos, la frase nominal, la frase verbal, la frase verbo-nominal, la relación de verbo a objeto, sintagmas determinativos, sintagmas atributivos, la frase simple, la frase negativa, la frase interrogativa, la frase exclamativa, la frase compleja, proposiciones independientes, proposiciones coordinadas, la subordinación, las cuasi-proposiciones, cuasi-proposiciones nominales, la interrogación indirecta, el discurso, consideraciones generales sobre la frase francesa. En cuarto lugar habla el Autor de las *expresiones* (p. 127-202): la función del género gramatical, la noción de pluralidad, la especificación, el empleo de partículas regentes, los modos verbales, los tiempos verbales, la concordancia de los tiempos, las voces del verbo, la función de los auxiliares, los grados de la expresión, la superdeterminación, el orden de las palabras. Las últimas páginas (203-225), se ocupan del *léxico*: aspecto de las palabras, homofonía, rasgos diferenciales, vocabulario motivado y vocabulario inmotivado, el valor expresivo de las palabras, el vocabulario sabio, los diferentes estilos, las lagunas.

Y acabada la revisión de las posibilidades y recursos expresivos, A. Sauvageot hace una sincera y urgente llamada a la conciencia de allende los Pirineos sobre la alarmante crisis del francés como lengua. Hay que abrir los ojos ante el peligroso plano de decadencia: falta homogeneidad en el lenguaje; la lengua escrita (prensa, radiodifusión, etc.), irrumpe en invasión creciente sobre la lengua hablada; Francia —ayer hogar de difusión cultural— recibe hoy día la importación forzosa del vocabulario extranjero, alemán y anglosajón preferentemente, sin un proceso mínimo de asimilación; se nota un alarmante descenso en el control ortográfico; sobra ese automatismo ciego en la enseñanza de la lengua basado en unos módulos pedagógicos anteriores al advenimiento y desarrollo de la lingüística; el francés de hoy corre el riesgo de una ruptura con la tradición hasta el punto de hacerse pronto ininteligible los mismos clásicos franceses. Pero el Profesor A. Sauvageot con gran sentido de la realidad y amplio espíritu de optimismo y renovación, confiado en las inagotables capacidades expresivas de su idioma vernáculo, sugiere eficaces remedios: reformar la enseñanza de la lengua francesa, hacerse plena conciencia de su estructura y mecanismo, reformar lo más indispensable posible la ortografía, rehacer ciertas formas de expresión, etc. El Autor cree en el francés, el cual —como toda lengua— es un instrumento perfectible. Hay que perfeccionarlo con el tesón y el esfuerzo con que otras naciones como Hungría y Finlandia han adaptado sus respectivos idiomas al pensamiento moderno. Perfeccionar el francés de acuerdo con los criterios más recientes de la lingüística, será salvarlo de la confusión y la decadencia.

M. MOLINA, C. M. F.

MARCEL A. RUFF. *Baudelaire, L'homme et l'oeuvre*. Colec. «Connaissance des Lettres», núm. 41. Hatier-Boivin, Paris, 1955. 212 pp.

JEAN FABRE, *Chénier, L'homme et l'oeuvre*. Colec. «Connaissance des Lettres», núm. 42. Hatier-Boivin, Paris, 1955. 240 pp.

Cuando escribimos este breve comentario, no ha terminado todavía el año en que se cumplen cien de la primera publicación del conjunto de *Las Flores del mal*, de Carlos Baudelaire, libro considerado con razón como inicial de la poesía moderna. Toda la obra poética bodeleriana, especialmente su libro fundamental, se ven hoy con muy distinta (y más benévola), luz que hace un siglo, y es justo conmemorar encendidamente los cien años del nacimiento de la poesía que seguimos gustando y escribiendo. Desde *Las Flores del mal*, como ha dicho muy bien Gerardo Diego, no recuerdo ahora en qué lugar, «todos bodelerizamos». Quizá en España no se está mostrando suficientemente el agradecimiento por este magisterio del doctor en «correspondances». En Francia el centenario ha producido, como en otros casos, un aumento en la bibliografía sobre Baudelaire. Sin duda, el precioso libro de Marcel A. Ruff tuvo también esta mirada al aparecer hace dos años. El recoge todas las aportaciones que anteriormente han ido contribuyendo al enfoque exacto de una obra recibida por sus contemporáneos con excesivo escándalo. Ciertamente que no faltan reparos justos a la obra y sobre todo a la vida del poeta, y Ruff los reconoce en medio del profundo cariño, quizá un poco indulgente, con que le trata. Los grandes conflictos de esta alma espantada entre los abismos del bien y del mal, el afán vital de unir la «acción» al «sueño», la gran pasión bodeleriana por las imágenes, la «arquitectura secreta», de las *Flores*, sus recursos poéticos, todo está admirablemente esclarecido por el Autor, quien empieza, sin embargo, confesando humildemente que «vastas zonas de sombra subsisten aún en el campo bodeleriano y se puede temer que jamás investigación alguna llegue a iluminarlas completamente». Las notas bibliográficas del final del libro son muy interesantes, porque siguen paso a paso la producción de Baudelaire, señalando las fechas y revistas en que se iban publicando los poemas sueltos y sus diversas agrupaciones.

El poeta, contra lo que pudieran hacer creer ciertas características de su obra, trabajó con escrupuloso esmero la forma de sus poemas. Es indudablemente un gran clásico, padre ya de muchos otros clásicos de la poesía contemporánea. La transformación de la noción misma de poesía se le debe en buena parte, pues, como dice Ruff en su «Conclusión», si ya otros habían comenzado a aclarar el camino, es Baudelaire quien «ha concentrado todos estos resplandores dispersos en un haz de luz centelleante. Es su obra, sin duda ninguna, la que ha ejercido la acción decisiva».

«Rara vez —dice Jean Fabre, al comienzo de su libro— la distinción tradicional entre la vida y la obra se impone con mayor evidencia que en el caso de Andrés Chénier». Como que, según consigna unas líneas antes,

en la lista de «jurés» sometida al Directorio de París el 14 de febrero de 1792, Chénier no figura como «hombre de letras», sino puramente con el título de «ciudadano». Pero no hay que olvidar, advierte, «que esta obra y esta vida toman su sentido la una de la otra y que la obra lleva el testimonio más verídico sobre la vida». Las dos partes del libro de Fabre se titulan, respectivamente, «Le citoyen André Chénier» y «L'aventure poétique». En los tres capítulos de la primera, va descubriendo sagazmente las raíces que explican la floración de la poesía de Chénier. La más evidente por doquier es Grecia, nodriza perpetua de este «francés nacido en el seno de Bizancio». La savia griega se le comunica a través: 1.º de su madre, que se esfuerza en vivir a la griega y mantiene en su casa una especie de «universidad libre», donde se dan cita el humanismo, la erudición, la filología, la poesía, 2.º del Colegio de Navarra, con sus estudios de humanidades y sus ejercicios de imitación de los autores clásicos. 3.º de sus propias lecturas, con las que consigue Chénier una extensa y bien asimilada erudición clásica. Otra raíz es su temperamento, naturalmente lírico. Y por fin, sus ideas de revolucionario fiel, pero moderado, que le ponen en situación de luchar en dos frentes y que, si en un momento le convierten en el poeta cuasioficial de la Revolución, no le libran luego de la guillotina. Chénier fué un literato demasiado «comprometido» (constante de la literatura francesa moderna) para quedar impune. Particularmente interesante es el relato de los últimos meses del poeta, cuya invariada línea de conducta aparece esclarecida. Más agudo aun es el análisis de la «aventura poética» de Chénier (segunda parte), desde las primerizas imitaciones de Homero y Virgilio hasta los últimos *Yambos* feroces, pasando por la poética prerromántica («le coeur seul est poète»), los ambiciosos poemas épicos inacabados, los *Idilios* teocriteos, las *Odas* y los *Himnos*. La «Conclusión» nos muestra la gloria póstuma del poeta, que ha superado falsificaciones y desconocimientos. Su influencia en el romanticismo es fuerte y clara, y su poesía, que recoge y reanima viejas modas bucólicas del siglo XVIII, le sitúa, con sus «pensers nouveaux», en la vanguardia del siglo XIX. Una detalladísima bibliografía cierra este cuidado libro sobre un poeta que pertenece al mundo clásico casi con el mismo derecho que los alejandrinos, sus preferidos.

E. R. PANYAGUA, C. M.

CASCALES, Charles, *L'humanisme d'Ortega y Gasset*. 177 pp. 700 francos. Presses Universitaires de France. Publications de la Faculté de Lettres d'Alger. Paris, 1957.

A los españoles no puede menos de resultarnos grato el ver que nuestros valores culturales despiertan interés más allá de los Pirineos. Por esto no podemos dejar de acoger con satisfacción libros como el presente, que con profunda simpatía, que es uno de los caminos para la comprensión, se dedica

al estudio de una de las figuras españolas más destacadas de nuestro tiempo.

El Autor comienza por situar a Ortega en su ambiente histórico, es decir, en el que se abre con el desastre colonial de 1898, cuyo impacto quedó tan hondamente clavado en el espíritu nacional. Punto de arranque, porque la vida y la actividad orteguianas se desarrollan en una época un poco posterior, y también en medio de circunstancias políticas y sociales cuyo reflejo es fácil apreciar en un espíritu tan finamente sensible como el del escritor español.

M. Cascalès se ha acercado sinceramente a Ortega para captar su pensamiento. La mejor prueba es el copioso florilegio de citas que acompañan, aclaran y respaldan cada afirmación. La voz del Autor y la de Ortega se escuchan simultáneamente en cada página del libro. Además se ha esforzado por engarzar la pluralidad de sus pensamientos, desgranados a lo largo de una fecunda vida de escritor, buscando el hilo conductor que, en su aparente dispersión, les preste coherencia y categoría de sistema. El Autor hace justicia a Ortega reconociendo que muchas de las ideas desarrolladas por la filosofía existencialista aparecen en el escritor español con varios años de anticipación. Sin necesidad de hablar de plagio, por lo menos bueno es señalar la coincidencia y sobre todo la antelación (p. 17).

Repetidamente se ha señalado como línea o pensamiento central unificador del sistema orteguiano su concepto de la vida como realidad radical, al que responde su actitud racio-vitalista (p. 19, 24). Será un fundamento más o menos firme, y también más o menos abierto a la discusión, pero es indudable que ese concepto es la idea rectora que preside todo el pensamiento de Ortega, y en torno a él se agrupan su perspectivismo (p. 21, 80), su teoría de los valores (p. 62), su concepto de la historia (p. 111), del prójimo y de la sociedad (p. 87) y su teoría del Estado (p. 101).

Por nuestra parte hemos de confesar que a nuestra mentalidad, acostumbrada a otra ideología, y a nuestros oídos formados en otras nomenclaturas menos literarias, nos suena un poco extrañamente la expresión de la vida como realidad radical. Más bien creemos que más allá de la vida está la realidad fundamental del ser, cuya pluralidad reviste múltiples modos, uno de los cuales es el ser viviente, y dentro de éste queda todavía amplio campo para distinguir otra multitud de seres, con distintas clases de grados de vida: vegetativa, sensitiva y racional.

También creemos que una filosofía que trate de ofrecer un panorama completo de la realidad no puede circunscribirse *a priori*, tomando como punto de partida un concepto restringido del ser, que abarque tan sólo un sector muy limitado de la realidad. Si adoptamos como punto de partida la consideración de un ser concreto, que es el ser viviente racional (el hombre de Ortega o de Unamuno, o el *Dasein* de Heidegger), desde el principio nos moveremos dentro del campo de la Antropología y de las ciencias derivadas o afines de ellas, pero no haremos Ontología. Partir de la consideración del existente humano concreto, es indicar la labor fi-

losófica con un concepto truncado del ser, en el que hemos prescindido a priori de otros sectores importantísimos, sin los cuales tampoco es posible comprender al mismo hombre.

Es verdad que el hombre es un ser viviente, en el cual el ser y la vida es, por decirlo así, una realidad conjunta e inseparable. Pero el adoptar al hombre como punto de partida para el filosofar quizá lleve un poco latente la ilusión cartesiana de comenzar la filosofía por el análisis del *yo*, por ser la realidad más inmediata a nosotros, y que, por lo tanto, parece que debería ser la más fácil de conocer. Pero ya Santo Tomás nos advierte del peligro, cuando hace notar que solamente conocemos el alma por sus actos, y que si bien es fácil darnos cuenta de la existencia del alma, sin embargo, conocer su esencia *difficillimum est*. El mismo Ortega reconoce que en la mentalidad mediterránea antes que el *yo* percibimos el *tú* y los *otros*.

Para Ortega la realidad es la vida, y la vida del hombre es *historia*. Pero notemos aquí que al acentuar el aspecto *histórico* del hombre (evito emplear la manoseada «dimensión», que está bien en matemáticas, pero no aplicada a dominios fuera del campo cuantitativo), se corre el peligro de incurrir en una especie de heraclitismo, subrayando la movilidad y la impermanencia, en detrimento de lo que en cada cosa hay de estable y de permanente. Hay en nosotros algo, o mucho que cambia. Somos, o tenemos en nosotros un vasto campo potencial, sujeto a las posibilidades más imprevisibles. Pero también hay en nosotros algo permanente. Así el mismo D. José Ortega y Gasset, que nació en Madrid en 1883, es el mismo que falleció en la misma ciudad el año 1955. Entre ambas fechas su vida, o su realidad radical, se desarrolló, y no hay por qué negarlo, de manera espléndida en muchos aspectos. Otros muchos quedaron en su potencia inicial. Pero a través de todos los cambios y de todas las vicisitudes, siempre permaneció un mismo ser y una misma persona, sujeto sustancial de todos los cambios accidentales que le pudieron sobrevenir. Su vida fué suya, y sólo suya. Pero esa vida no fué tan sólo *mobilis in mobili*, sino que hubo en ella algo inmutable y permanente en medio y través de lo móvil.

Con este concepto de la vida como realidad radical está relacionado su concepto de la *razón histórica*, o de la *razón vital*, expresión de cuño orteguiano; en la que podemos ver su modo consciente de situarse ante el problema del conocimiento y su manera de situarse ante la realidad.

Toda actitud en filosofía tiene un sentido y una razón de ser. La expresión *racio-vitalismo* procede de la antítesis en que el mismo Ortega opone las dos actitudes de *racionalismo* y *vitalismo*, desechando cada una por separado como insuficientes, y fundiéndolas en una sola, en que a la vez se neutralizan y se complementan. Es el sentido que aparece claramente en el ensayo encabezado por el mismo título, y que significa una reacción, no un compromiso, entre dos corrientes filosóficas que Ortega trata de armonizar y a la vez de superar.

La *razón vital* de Ortega colocada como reacción frente al racionalismo

cartesiano, frente al formalismo kantiano y frente al abstractismo de tipo matemático indebidamente extendido a todos los campos de la ciencia, es decir, frente a la actitud en que la razón se recluye sobre sí misma, rompiendo el contacto con los sentidos para trabajar a base de conceptos mentales vacíos de contenido; y por otra parte frente al vitalismo irracionalista, puede tener un sentido histórico aceptable. Una razón que deje escapar la realidad, no logrará jamás hacer otra cosa que una filosofía exangüe y desvitalizada.

Si la razón vital o razón histórica quiere decir una razón que no se recluya en un árido subjetivismo, y que no pierda el contacto con la realidad, en este caso su sentido no está muy lejos del realismo tradicional, siempre que se añada que la realidad radical no es solo la vida, sino todo el ser, pues hay seres vivientes y no vivientes, los hay directamente aprehensibles por los sentidos, mientras que otros caen fuera del campo de la experiencia sensible directa. Todo el ser, o toda la realidad entra de una manera o de otra, en el campo de la ciencia elaborada por la razón en contacto vital con la realidad.

Aristóteles y Santo Tomás, anticipándose a lo que hay de verdad en el positivismo, insistieron siempre en que todos nuestros conocimientos no tienen más puerta de entrada que los sentidos, y que sin experiencia no hay posibilidad de ciencia. Pero insisten también en que la realidad sensible fuera de nosotros, en cuanto tal no es objeto de ciencia, por sus caracteres de movilidad, de contingencia y de impermanencia. El conocimiento científico exige una estabilidad, una fijeza y una necesidad que no tienen los objetos sensibles en sí mismos. Y ésta se logra por medio de la abstracción, cuyo fruto es el concepto universal, dotado de la necesidad y de la estabilidad, relativa pero suficiente, para servir de base de los juicios científicos. Sin abstracción hay sensaciones y hay conocimientos verdaderos, pero no hay ciencia, porque no hay conceptos universales, que son la base del conocimiento científico.

Por esto, si bien la razón tiene que mantenerse en estrecho contacto con la realidad, por medio de los sentidos, pero su campo específico trasciende el orden de los simples datos particulares que estos le pueden suministrar. Por huir del abstractismo, podemos incurrir, por defecto, en otro error, que es el empirismo, el concretismo y el historicismo. Para que haya ciencia realista no basta con insistir en la necesidad de que la razón no pierda el contacto, por muy vital que se quiera, con la realidad. La realidad sensible, en su mutabilidad y contingencia no es objeto de ciencia, la cual, repetimos, reclama estabilidad, fijeza y necesidad en el conocimiento. Y esta necesidad y estabilidad de que carecen los objetos sensibles en su realidad ontológica, solamente puede dársela la razón en el orden lógico mediante la abstracción, con la cual no quedan falseados los objetos, sino que la razón se fija en ellos en lo que tienen de estable y permanente, prescindiendo de lo que tienen de contingente y de mudable. Lo mudable en cuanto tal, es objeto de conocimiento sensitivo, verdadero y cierto, pero

no de conocimiento científico. Y desde luego, no por funcionar de esta manera nuestra razón, elaborando conceptos universales, deja de realizar una función vital, sino que precisamente esa es la función que le corresponde en cuanto tal, y en esto se distingue el conocimiento intelectual del puramente sensitivo y empírico.

Pero, aceptando el sentido concreto que puede tener la expresión *razón vital* encuadrada en su momento histórico, no hay que perder esto de vista cuando se trata de utilizarla como una etiqueta acuñada para catalogar el sistema orteguiano. Porque, desligada de su contexto histórico y condensada en una sola palabra compuesta, es posible que a más de una persona le asalten dudas sobre su exactitud lógica y hasta gramatical.

En Ortega *razón vital* y *razón histórica* son dos expresiones que tienen un fondo equivalente. Decir *razón vital* equivale a decir razón en contacto con la realidad radical, que es la vida. Y como la vida es historia, por esto, razón vital y razón histórica, vienen a coincidir.

Pero ya hemos dicho que, si bien el hombre es un ser viviente, pero hay también muchas clases de vida distintas de la humana, y también muchos seres distintos del hombre, que también son seres y realidad. La vida como realidad radical lo es para el hombre, y precisamente para cada uno su propia vida, intransferible, incomunicable e irrenunciable. Pero el yo de cada uno no es toda la realidad, y toda la realidad, y no la propia vida de cada uno, debe ser el objeto de la ciencia.

Por lo demás quizá esa expresión no pueda contarse entre las más felices de tantas como brotaron de la pluma de Ortega, tan fecunda en bellas metáforas. El adjetivo califica al sustantivo. ¿Que añade el adjetivo *vital* al sustantivo *razón*? ¿Quién califica y determina a quién, la vida a la razón, o la razón a la vida?. No sabemos bien por qué el mismo Ortega puso reparos más de una vez a la definición del hombre como animal racional. Pero si sometemos su fórmula a un poco de exégesis, quizá encontremos en ella un fondo bastante mayor de inexactitud. Considerando lógicamente los conceptos, vemos que se escalonan conforme a este orden descendente: Ser, sustancia, viviente, vegetativo, sensitivo, racional. Y en este orden se basa la definición del hombre, por género próximo y última diferencia: ser, sustancia, corpórea, viviente, *animal racional*.

En cambio, al decir *razón vital* parece que alteramos un poco el orden lógico de los conceptos. El concepto de *vida* es más amplio que el de *razón*. En el concepto de razón va implícito el de vida, pues la razón es precisamente la función más exquisitamente vital y específica de la psique humana. Pero en el concepto de vida no está necesariamente contenido el de razón. O mejor dicho, están contenidas implícitamente todas las especies de vida: vegetativa, sensitiva y racional. Así es correcto decir: vida vegetativa, vida sensitiva, y vida racional. Pero es menos correcto invertir el orden lógico de los conceptos, porque no toda vida es racional, pero sí toda razón es vital, como vital es toda sensación y toda función vegetativa. Así

pues, el adjetivo *racional* califica a la *vida*. Pero añadir *vital* a la *razón*, por lo menos en algunos oídos sonará como una redundancia.

Los propósitos realistas de Ortega cuajaron desde muy temprano en otra fórmula apretada, que también se considera como expresión medular de su filosofía: «yo soy yo y mi circunstancia».

Ortega, latino y meridional, no quiere dejar al hombre recluso en un aburrido y estéril solipsismo, «como un peludo Robinson en su isla desierta». Las sirenas nórdicas no lograron nunca cerrar en su alma madrileña la puerta abierta hacia la plaza, que es para los españoles lo que el ágora para los griegos y el foro para los romanos, es decir, el lugar de ver, de oír, de charlar, de enterarnos, de verter nuestras vidas sobre las de nuestros prójimos, y de acoger las suyas en la nuestra. Ortega fué siempre, y lo sigue siendo en cada una de sus páginas, un maravilloso conversador. Y la conversación es todo lo que puede haber de más contrario a la intro-versión, a la reclusión en los ánditos misteriosos de nuestro propio yo.

También Ortega habla de autenticidad de la vida. Pero dudamos mucho que haya podido nunca entenderla, como Heidegger, a la manera de una existencia que se pliega y reconcentra dentro de sí misma, para considerar desesperadamente en el silencio su limitación y su destino irremediable hacia la muerte. Al menos a nosotros, su fórmula: «yo soy yo y mi circunstancia» nos suena de un modo muy distinto. En ella queremos ver por lo menos un propósito realista de evasión hacia el exterior, por mucho que se cargue el acento en la interpretación nietzscheana de la soledad como termómetro para apreciar la autenticidad de una existencia. La «vida» de Ortega no es un propósito deliberado de reconcentración, ni tampoco de huida, sino una vida comunicante y comunicativa, que se enriquece con el contacto con otras vidas humanas, presta siempre a dar amable acogida al mensaje envuelto en el murmullo polifono de las cosas exteriores.

Así entendida la vida, la fórmula orteguiana tiene todo el valor de un propósito y de una promesa de realismo. Pero, ¿es una fórmula correcta?

Bien está la intentación realista de la apertura del propio yo, o de la propia vida hacia el exterior. Pero confesamos que nuestra cortedad se encuentra un poco perpleja ante el sentido en que haya que entender la expresión mencionada. El significado del *yo soy yo*, parece claro. Es decir, el yo es un sujeto existente, cuya realidad radical es su vida. Lo que no vemos tan claro es el sentido en que hay que entender la *circunstancia*, y menos aun la conexión que existe entre la circunstancia y el yo, de suerte que yo sea yo y también mi circunstancia.

La *circunstancia*, ¿es el conjunto de otros *yos* distintos del mío? En ese caso, yo no puedo *ser* yo y otros *yos* a la vez. El *yo* de los demás es tan intransferible como el mío. Yo vivo, y ellos viven. Ellos son, y yo soy. Pero sus *yos* no pueden sumarse a mi propio yo. Yo no soy yo, más los *yos* que me rodean, sino sólo yo.

Tampoco lo entendemos si la *circunstancia* significa las «cosas» o el conjunto de cosas que me rodean (*circum-stare*) y que forman mi ambiente.

También esas cosas tienen su propio ser su propia existencia o su propia «consistencia», que no puede tampoco sumarse ni agregarse a la mía.

Además, las cosas son múltiples, y no se puede singularizar ni sustantivar su pluralidad. Serán circunstancias, pero no *circunstancia*, a menos de arriesgarnos a castellanizar un neutro, lo *circunstante*, dándole desinencia femenina.

¿Habrá, pues, que entender la circunstancia como *circunstancias*? En ese caso ya no andaríamos muy lejos del sentido escolástico en el cual nuestro yo es a la vez sujeto y término de un conjunto de relaciones que se establecen entre nosotros y las cosas, o entre nuestro yo y otros yos. Ciertamente que a nuestro yo sustancial se suman innumerables accidentes de relación a las cosas, que lo afectan, lo modifican y lo determinan, pero permaneciendo intactas las sustancias respectivas. Pero en este caso no tendríamos gran necesidad de forjar ninguna fórmula nueva de aspecto un poco cabalístico para decir lo que tantas veces se ha dicho desde que existe la filosofía.

Pero dejemos esto, que aunque no lo es podría parecer una crítica un poco cicatera, y fijémonos un momento en otra actitud característica de Ortega, que es su *perspectivismo*.

En el *perspectivismo* orteguiano, como en toda actitud de fondo relativista, la interpretación del valor y del alcance de nuestras facultades cognoscitivas tiene un doble fundamento real. Por una parte en las cosas mismas, no sólo en su particularidad, movilidad y contingencia, sino también en su complejidad, que hace que no sea posible abarcarlas en una sola mirada. Piénsese solamente en la materia. Desde que el hombre existe ha estado contemplando seres materiales. Pero solamente desde hace pocos lustros la ciencia ha empezado a revelarnos la extrema complejidad de sus elementos. Todo el mundo en siglos pasados ha creído saber lo que era una piedra. Y ahora los físicos actuales, con medios mucho más potentes, declaran modestamente que todavía les queda mucho por saber. Y no digamos nada si pasamos al orden de los seres vivientes.

Por otra parte, también es notoria la limitación del alcance de nuestras facultades cognoscitivas. En cualquier campo científico en que queramos movernos, los problemas y los interrogantes abundan más que las respuestas. Nada nos parece hoy días más natural que proceder con cautela antes de aventurar juicios absolutos, sin estar bien seguros de la solidez de sus fundamentos.

Tom poco es nuevo este problema. Desde hace muchos siglos los filósofos han sabido distinguir entre lo que las cosas son en sí, y lo que son las cosas tal como aparecen en el campo de nuestras facultades cognoscitivas. Nuestra inteligencia no es intuitiva, y tenemos que captar las esencias de las cosas a veces dando largos rodeos para sorprenderlas. De Ortega es la imagen de los sacerdotes tocando sus trompetas alrededor de los muros de Jericó. Para llegar a las esencias de las cosas tenemos que

valernos de nuestros propios medios, conscientes de la limitación de su alcance y de su poder.

Pero también es cierto que la verdad es algo más que un conjunto de perspectivas. La verdad de las cosas es una propiedad transcendental que se identifica con su mismo ser. Y ese ser y esa verdad son independientes de que los veamos de tal o cual manera desde el punto de vista de nuestra limitación humana. Lejos de dejarnos encerrar en la antítesis kantiana entre fenómenos y númenos, creemos que los conceptos de las cosas representan sus esencias, y no solamente un ángulo, o un aspecto de lo que las cosas son en realidad. Así es posible nuestra conciencia de *entender* las cosas, pues aunque el entendimiento no puede funcionar sino a base del material que le suministran los sentidos, sin embargo el entendimiento penetra en las cosas más adentro de a donde puede llegar la simple experiencia sensible. De no ser así nuestros juicios sobre las cosas estarían siempre minados por un tremendo peso de subjetivismo y de relatividad. No podríamos afirmar jamás, «esto es», sino tan sólo «esto me parece», renovando la actitud de los viejos sofistas griegos, hacia los cuales Ortega no recató sus simpatías.

Menos aceptable aún nos parece considerar a Dios como el centro de convergencia, o como la suma de todas las perspectivas individuales (p. 165). Dios ve la verdad de las cosas como son en sí mismas, en forma absoluta, porque la verdad ontológica de las cosas depende precisamente de la conformidad de sus esencias concretas con la idea ejemplar de la inteligencia divina. Es una de tantas fórmulas vaporosas en que siempre envolvió Ortega su pensamiento acerca de Dios.

Y aquí tocamos una deficiencia radical del sistema orteguiano. Ortega ha escrito páginas bellísimas, y se le deben observaciones agudas, que en muchos casos no dudamos en calificar de geniales. Apenas quedó tema humano, social, artístico y cultural en que su inquietud, siempre alerta, no le hiciera mariposear un poco, en el buen sentido de la palabra. Y en todos los temas en que se posó su atención, rara vez dejó de captar finamente algún aspecto nuevo y original. Pero cuando se trata de un tema tan fundamental como el de Dios, la verdad es que apenas hizo más que esborzarlo, y cuando lo toca alguna vez de rechazo, casi siempre es para verter alguna inexactitud, o para rozar peligrosamente los linderos del error.

Nosotros no nos atreveríamos a decir de la obra de Ortega lo que alguien ha dicho del libro *Sein und Zeit* de Heidegger, calificándolo como el «discurso de la ausencia de Dios». Pero también es cierto que en medio de la frondosa exuberancia del pensamiento orteguiano no puede menos de notarse un hueco, un gran vacío, cuyas consecuencias repercuten sobre todas las demás partes de su filosofía. La ciencia, como el ser, no es una planicie horizontal, sino una pirámide escalonada, en cuyo vértice hay que colocar a Dios, que es lo primero, o lo último, tanto en el orden del pensamiento como en el del ser.

Una filosofía de ambiciones totalitarias, que no se piense en función de

Dios, sino solamente en función del hombre, o de la vida humana, o de lo que los hombres han hecho o les ha acontecido a lo largo de la sucesión del tiempo, queda incapacitada para suministrarnos una visión amplia, real y objetiva de las cosas, del mismo hombre, y de la historia humana. Le será muy difícil evadirse de las mallas del relativismo, por mucho que se esfuerce en hipostasiar conceptos universales, elevándolos a la categoría de «valores». Toda la buena voluntad de estos platonismos, antiguos y modernos, no logrará llenar el vacío infinito que la ausencia de Dios deja en el campo del ser y del pensamiento. Platón endiosó sus ideas, y estas le cegaron para no llegar al concepto de Dios. Los «valoristas» modernos endiosan también unos cuantos conceptos abstractos, que después no saben en qué región colocar, y con ellos tratan de sustituir el puesto del que han expulsado a Dios, para buscar otras normas fijas y universales, orientadoras de la conducta humana. Las cosas son en un ser concreto, y en su ser concreto valen. Pero su ser y su valor hay que referirlos en último término al principio transcendente, que es la causa de su ser y de su verdad.

M. Cascalès al final de su libro reconoce esta insuficiencia de la filosofía orteguiana. Benévolamente trata de atenuarla sugiriendo que el silencio no es una negación. Bien está, pero nosotros no creemos que «el humanismo ha cumplido su cometido atestiguando la presencia en el mundo de un más allá del mundo», ni tampoco con que le baste «laisser en blanc la place de Dieu» (p. 170).

El humanismo solo no basta. Si se sostiene que para el hombre su realidad radical es su vida, también será verdad que su vida será mayor valor, con lo cual no estaríamos muy lejos de la consecuencia del más crudo egoísmo. Al menos se trata de una actitud muy distinta de la cristiana, para la cual la vida del hombre individual no puede estar cerrada, sino abierta al prójimo y orientada hacia Dios, y que incluso hay que sacrificarla cuando llega la ocasión de que así lo exigen el bien común de la sociedad o nuestra finalidad transcendente hacia Dios.

Nuestros lectores nos perdonarán que hayamos dejado correr un poco la pluma. Lo hemos hecho por varias razones. La primera, porque lo merece el libro de M. Cascalès, bellamente escrito y de aguda penetración; aunque más que del libro hayamos hablado del mismo tema que el Autor. La segunda, porque este tema nos sigue interesando, como nos interesó hace ya muchos años, cuando allá por nuestra veintena escribimos sobre las Obras completas de Ortega un leve comentario, que ha tenido el honor inmerecido, o la desgracia merecida, de ser citado demasiadas veces. Y la tercera, porque hemos querido aprovechar esta ocasión, en espera de otra mejor, para perfilar un poco aquellas apreciaciones juveniles, que no expresan más que de manera insuficiente el juicio más maduro que con el correr de los años y con una lectura más atenta y reposada de sus obras hemos llegado a formar del eminente escritor español. La admiración, que no le regateamos, ante muchos aspectos de su obra escrita, no significa

conformidad con temas concretos de su doctrina filosófica, en la que desprendiendo el pensamiento del brillante ropaje en que Ortega sabía envolverlo, vemos fallos y deficiencias que no podemos aceptar de ninguna manera.

FR. GUILLERMO FRAILE, O. P.

VII.—VARIA

MOELLER CHARLES. *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, III. *La esperanza humana*. Versión española de Valentín García Yebra. Editorial Gredos, Madrid, 1957. Pp. 696.

Es el tercer volumen de los seis que comprenderá la obra de MOELLER (Reseña del I en HELMANTICA, 1955, p. 484; y del II en *idem*, 1956, p. 490).

«La esperanza se oculta en el tiempo en que vivimos. Dios prepara el descubrimiento de la esperanza cristiana, para aquéllos a quienes ama. Y ama a todos los hombres. Esconde esta esperanza que releva a la esperanza humana, en el surco de este siglo carnal. ¿Habré logrado que se oiga este canto de esperanza humana, que es un *triunfo*, aunque *modesto*, porque ha *resucitado* de entre los muertos?» (p. 26).

Estas líneas, entresacadas del prólogo con que el mismo CHARLES MOELLER abre su libro: «La Esperanza Humana», expresan, con nitidez, la intención del pensador belga al escribir este tercer tomo de *Literatura del siglo XX y cristianismo*. ¿Lo ha conseguido?

El P. MOELLER se ha enfrentado con el tremendo problema de la esperanza, en un siglo en que muchos intelectuales parecen vivir de espaldas a ella. Y, buscando con intuición y pericia en el fondo humano de varios escritores europeos, ha encontrado en lo más íntimo de todos ellos, una puerta abierta a la esperanza. Con distintas graduaciones:

Malraux, André Malraux, se nos muestra como la esperanza desesperada. En sus personajes hay una postura que tiene mucho de romántica, y que ha querido encontrar la solución del vivir en las abstracciones del arte. *Malraux* nos parece —en su realismo violento— un idealista ensoñado. No apunta soluciones para el de acá abajo. Y quizá de ahí arranca su esperanza: de una desesperanza dramática sobre la felicidad del hombre en el mundo. Pero *Malraux* asombrará por sus intuiciones maravillosas y por su fascinador estudio del arte. Creemos que los profesores de filosofía tendrán ocasión de realizar un sugestivo trabajo, en el estudio comparativo del arte a través de Hegel y *Malraux*. Por lo demás, *Malraux* enseñará a muchos la significación, para Europa, de la revolución del mundo asiático.

Quizá sea *Kafka*, el judío checo, la figura más interesante de todo el

libro. Y no sólo por su doctrina, de amplias resonancias en nuestro tiempo, sino además, y sobre todo, por la evolución humana de este hombre. *Kafka* aparece como un enfermo mental, como un hombre a quien los sucesos más ordinarios perturbaron de un modo torturante. El Autor de «El proceso» fué víctima de la excesiva autoridad paterna. Para *Kafka* sólo existió el mundo de su padre, y este mundo era inaccesible para él. De aquí partió su desarraigo del mundo, su miedo a no poder hacer su vida, su abstención del matrimonio y su morbosa inclinación a la sexualidad, porque su padre, el único ser para *Kafka*, esperaba esa inclinación en su hijo, y, con un desprecio olímpico, no creyendo en su curación, le daba, cínicamente, los remedios para evitar malas consecuencias sociales. Y, como una sombra del padre, se le mostró a *Kafka* toda la burocracia social, destinada a impedir la felicidad del hombre. Indiscutiblemente *Kafka* es un enfermo. Pero su actitud nos parece más honrada y más sincera que la de *Malraux*. Porque *Kafka*, en su complejo sentimental, intuye que el mundo es posible, y que existe en él la felicidad. Supera el idealismo absorbente de su padre, y adivina una vida desconocida y nueva en los demás. Y, aunque se reconoce impotente para vivirla, se culpa de ello a sí mismo, y, en uno de sus mitos, se abre a la esperanza con estas palabras: «Un resto de creencia actúa sin embargo: la creencia de que, durante el traslado, el Señor (*der Herr*) pasará, casualmente, por el pasillo y dirá: «A ése no debéis encerrarlo de nuevo. Viene a verme». En *Kafka* la esperanza es un encuentro con alguien: con el Señor. *Malraux* y *Kafka* llenan las dos terceras partes del tomo de MOELLER. Y con razón. Los demás autores estudiados nos parecen de mucha menor transcendencia, aunque en todos ellos, hijos de su tiempo y de las circunstancias ambientales de su patrias, puede el lector español adivinar algo de la tragedia de una Europa que, en estos problemas, está un poco lejos de España: y no discutimos si para bien o para mal.

En *Vercors*, afamado dibujante, resuena el eco de la tragedia de los campos de concentración del nazismo, que degrada al hombre, por una aniquilación progresiva de su espíritu. *Vercors* clama por la esperanza; pero no cree que pueda subsistir en el corazón humana si, en último análisis, no cobra un aspecto de transcendencia.

Sholojov es el cantor de la revolución rusa. Pero *Sholojov* ama demasiado las tierras del Don (su obra mejor lleva por título: «El Don apacible»), las tradiciones de los cosacos, el enraizamiento del hombre a su tierra natal, para que pueda ser sinceramente comunista. Y así, a través de la tierra, *Sholojov*, premio Stalin, espera en el hombre, creyendo en él y negando, aunque sólo sea implícitamente, la dialéctica comunista.

Interesante la obra de *Maulnier*, «La maison de la nuit», en la que la Compasión, reduce a polvo toda la doctrina roja, en dos militantes del partido. Y hay que agradecer al autor, que no es católico, el que sea un sacerdote de Cristo, el que da la solución única, pasándose de la Ale-

mania Occidental a la Oriental, para llevar a los hombres no sólo la compasión humana sino la caridad cristiana.

En el polaco *Reymont*, premio Nóbel de 1924, florece ya la esperanza cristiana; y es el vértice de este libro de MOELLER. Quizá hubiera sido mejor colocar el estudio de *Reymont* a continuación de *Sholajov*, ya que los dos aman la tierra en que viven sus personajes, y, a través de ella, llegan a conclusiones que, si en el ruso preludian la esperanza, en el polaco la hacen ya vivir en una dramática lucha.

Quedan por último *Alain Bombard* y *Françoise Sagan*. Aquí el libro pierde altura, no por culpa de su autor, sino porque los dos autores citados carecen de ella, enmarcados entre las figuras de *Malraux* o de un *Kafka*. Y porque si *Bombard* da una lección ejemplar a los hombres, viviendo ya la esperanza con su naufragio voluntario, *Françoise Sagan* no tiene más importancia que la de un escándalo muy de nuestro siglo, y, acaso, la de mostrar el vacío de parte de la juventud de hoy. Solamente esta última razón puede justificar su inclusión en este libro.

A Valentín García Yebra hemos de agradecerle una versión por todos conceptos ejemplar. La prosa fluye con soltura, y los conceptos han sido vertidos con toda exactitud. García Yebra merece todo nuestro agradecimiento por la traducción de la magnífica obra de MOELLER, que no puede faltar en ninguna biblioteca, y que debe ser leída por todos los que quieran tener una visión del pensamiento literaria de nuestro siglo xx. La obra de MOELLER es de capital importancia.

EDUARDO GANCEDO.

LUIS ARNALDICH, O. F. M., *El origen del mundo y del hombre según la Biblia* (Ed. Rialp, Madrid, 1957. 519 pp., precio 100 ptas).

Cuando esta nota crítica se publique, ya este libro tendrá preparada su traducción a varios idiomas. Y de él ha dicho un especialista bíblico de Bélgica que considera este libro la mejor introducción católica a los primeros y más difíciles capítulos del Génesis.

Sus temas siempre de fundamental importancia —origen del mundo, del hombre—, son hoy cuestión palpitante y apasionada: exegéticamente lo es por las nuevas vías y sistemas de interpretación de esos capítulos; teológicamente por el tema fundamental de la creación del mundo, el origen primero de los seres creados, la formación del hombre y la mujer con todas sus consecuencias, el pecado original con su proyección en las evoluciones de la humanidad y sus males y su Redentor; y hasta literariamente como género primitivo, historia de muy distinto cuño que las clásicas, engarce y paralelismo con las leyendas y tradiciones del próximo y aun quizá del extremo Oriente. Nacimiento y especificación de las razas, monogenismo o poligenismo, historicidad y extensión del Diluvio, la poliglotía y la torre de Babel...

Vemos, por tanto, que el temario de este libro es, además de interesantísimo y grave, hoy en el momento crucial de tantas hipótesis y teorías, unas ortodoxas, otras heréticas y muchas racionalistas; unas tímidas y aferradas a tradiciones insostenibles, otras desbordadas o peligrosas, es, digo, ahora este libro de palpitante actualidad de necesidad absoluta.

Porque las cuestiones que en él se dilucidan no pueden soslayarse ni en las escuelas exegéticas y teológicas, ni en la docencia de no pocas ciencias humanas desde la geología hasta la más subida filosofía, ni siquiera en las escuelas primarias y catequísticas, donde se habrá de dar contestación a mil pertinentes preguntas cuya ineludible contestación tan delicada y comprometida no podía darse alegremente sin peligro de ofrecer como dogma lo que es un vestido literario o contrariamente, romper diques de historia y géneros literarios por donde se despeñen corrientes arrolladoras de incredulidad y vano cientifismo.

Pues bien, hemos de manifestar que el libro del doctísimo Catedrático de la Universidad Eclesiástica de Salamanca y prolífico publicista de estudios bíblicos, llena a plenitud las múltiples y difíciles condiciones que una obra de tal importancia exige.

Su erudición es enorme: la bibliografía aprovechada, tanto antigua como recientísima, es casi exhaustiva cuanto puede serlo en momentos donde las publicaciones sobre estos problemas se están diariamente multiplicando. Su criterio es amplio y seguro, abierto a todas las corrientes que pueden ser encauzadas en la más amplia ortodoxia y su estado didáctico lúcido y con digna corrección y natural pulcritud deja transparentar un ánimo comprensivo y una cautela inexcusable en temas, cuyo enfoque varía de continuo y cuya definitiva sentencia queda a la autoridad suprema de la Sede Apostólica, que estimula estas investigaciones en las que un día, con la divina asistencia prometida al infalible magisterio apostólico, se darán los fallos definitivos y las ilustraciones ansiadas.

Mientras tanto, buen mentor y guía es el presente volumen denso y sabio, juicioso y orientador.

JOSE ARTERO.

HANS WEIS, *Bella Bulla*. Lateinische Sprachspielereien. Zweite Auflage. Ferd. Dummlers Verlag, Bonn, 1952, pp. 204 18 x 12 cm.

—*Jocosa*. Lateinische Sprachspielereien. 5. verbesserte Auflage. R. Oldenbourg Verlag, München/Düsseldorf, 1952, pp. 112, 18 x 11 cm.

—*Curiosa*. Lateinische Sprachspielereien. 3. verbesserte Auflage. R. Oldenbourg Verlag, München/Berlin, 1942, pp. 120. 17 x 11 cm.

—*Semper Vivum*. Lateinische Denksprüche. Hans Bolten Verlag, Stuttgart, 1948, pp. 80, 17 x 12 cm.

He aquí varios de los opusculitos del profesor Hans Weis, fallecido hace un par de años, llegados recientemente para su difusión, a la redacción

de HELMANTICA. Todos ellos van orientados a facilitar al personal docente la sal del buen humor con que suavizar y dar mayor eficacia a la enseñanza del latín. Este empeño del Dr. Weis es digno de todo elogio. Mientras vivió, no dejó de perfeccionar su obra hasta darnos en su «Bella Bulla», una refundición esmerada de tres de sus anteriores opúsculos: el *Jocosa*, el *Curiosa* y un tercero, el *Hilaria*, que por las dificultades de la guerra no llegó a publicarse por separado. Una de las buenas cualidades que observo en la refundición es que en ella se han eliminado con un sano criterio pedagógico varios de los chistes y alusiones de mal gusto, tomados sin duda de los escritos renacentistas, que figuraban en las primeras ediciones del *Jocosa*, y del *Curiosa*. En este punto cabría todavía una nueva depuración, que redundaría en favor de la «Bella Bulla».

Actualmente está agotado el *Curiosa*. El *Jocosa*, que se halla aún de venta en su quinta edición de 1952, es posible que no vuelva a reeditarse, por razón de la refundición de que hemos hecho mención. El *Semper Vivum*, también agotado, es lástima que no se reedite. Podría seguir prestando buenos servicios a la causa de la cultura. Se trata de una colección de sentencias y frases célebres ordenadas alfabéticamente, presentadas en su original latino con su traducción alemana, que nos recuerda los famosos «Adagia» de Erasmo de Rotterdam. Maestros, párrocos, abogados, escritores, diputados podrían servirse de este libro con provecho. Ojalá se anime a su reedición la señora Hanna Forster, viuda del Dr. Weis, a quien, como dibujante, se debe mucho del encanto que encierran estos opúsculos de curiosidades y entretenimientos latinos.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

PEDRAZ, JUAN L., S. J.: *Los resortes de la persuasión en la oratoria Sagrada*. Editorial «Sal Terrae». Apart. 77. Santander, 1956. 228 pp., 28 ptas.,

«Todo lo que sea mejorar técnicas, perfeccionar métodos de cualquier orden que sean, es de una influencia decisiva. Este libro pretende ser, Dios quiera que lo consiga, eso: una ayuda para ejercer mejor un método, una técnica. El método y la técnica principal que tiene la Iglesia Católica para cumplir su misión de salvadora de almas y de pueblos; método que le dió el mismo Jesucristo, su Fundador. Predicad a toda creatura... *La Predicación*».

Tres partes tiene este libro: *La actitud oratoria*, *Técnica del fondo* y *Técnica de la forma*.

El Autor «actualiza» perspicazmente toda la pedagogía tradicional de la elocuencia, planteando y resolviendo los porqués de sus problemas. No solamente los resuelve teóricamente sino, lo que es más de agradecer, prácticamente con abundantes claves y ejercicios entrenadores.

Buena prueba del mérito del libro es la gran aceptación que ha tenido como libro de texto en los centros educadores de oradores, y su lectura

ha de ser utilísima para todos, por necesitar todos el arte de exponer sus ideas con interés, por la palabra o por la pluma.

ENRIQUE BASABE, S. J.

Anuario de la Academia Colombiana, tomo XI, 1944-1949. Imprenta del Banco de la República, 1956. Bogotá; pp. 387, 30 x 22 cm.

Rico exponente e índice de la labor realizada por la Academia Colombiana en el presente volumen de 387 páginas, en el que vienen recogidos discursos y otros estudios escritos y pronunciados por señores Académicos Colombianos en el lapso de los años 1944-1949.

Creemos oportuno dar una noticia a los lectores de HELMANTICA sobre el apreciable contenido que nos ofrece este Anuario, máxime por evocar las dos grandes figuras de Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo en sus respectivos centenarios, hitos señeros no sólo en el campo del lenguaje y filología castellanos, sino en el del humanismo clásico grecolatino.

Con primor de variada antología, este Anuario nos brinda discursos de recepción donde se abordan diversos temas y problemas como: El periodismo y la literatura, El teatro visto por un comediógrafo, Vida y pasión de la escena colombiana, El destino de las palabras. Mención especial nos merece el discurso de D. Rafael Maya titulado «Los tres mundos del Quijote», cuya lectura será el encanto de cervantistas al descubrirles la clave de la universalidad del Quijote revelando un Cervantes con todo el humor, tolerancia y ausencia de dogmatismos de un genuino y egregio hijo del renacimiento y proyectando la triple visión del mundo en que se mueve el hidalgo manchego: el mundo de la realidad o picaresca, el mundo de la verdad o doctrinas, tesis y principios de los momentos de lucidez y el mundo de la fantasía o caballería.

Las páginas 93-136 van dedicadas al centenario de D. Miguel Antonio Caro, cuya egregia figura de hombre, cristiano, estadista, orador, humanista y poeta aparece realzada por la pluma de los Académicos Colombianos. Asimismo las páginas 139-236 nos evocan, también en su centenario, la otra eximia figura de las letras hispanoamericanas, D. Rufino José Cuervo.

Sigue a continuación otra conmemoración centenaria dedicada a D. Emiliano Isaza. Figura en pos de un ramillete de Discursos varios, entre los que campea la finísima evocación de Sevilla —última imagen que se llevaban prendida en sus ojos los conquistadores españoles, y desde donde Cervantes se proyectó hacia América en su Quijote, como pronunció D. Eduardo Caballero Calderón en la Asamblea Cervantista de abril de 1948 en la aludida ciudad andaluza.

Por último, cierra el volumen un haz de apretadas páginas consagradas al recuerdo de anteriores colegas de Academia, como Guillermo Valencia, Tomás Rueda Vargas, Daniel Samper Ortega, Víctor E. Caro, Lau-

reano García Ortiz, Raimundo Rivas, Miguel Abadía Méndez, Antonio Gómez Restrepo, Manuel Antonio Bonilla, Jorge Gómez Restrepo, Cayo Leónidas Peñuela, Alfredo Gómez Jaime.

Una lista final, la de los señores Académicos fallecidos y actuales, nos pone en conocimiento del personal de la Academia Colombiana a comienzos de enero del año 1956.

MARIANO MOLINA, C. M. F.

IÑIGUEZ ALMECH, FRANCISCO, *Casas Reales y Jardines de Felipe II*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Delegación de Roma. 1952. 275 pp.

Al restaurarse en Roma la Escuela Española de Historia y Arqueología fundada en 1910 y truncada en la primera guerra europea, su Director, D. Francisco Iñiguez ha renovado con este «Cuaderno VI» la interesante serie de «Cuadernos de Trabajo» que dejó iniciada en la primera etapa.

Base de este trabajo es un Códice de la Biblioteca Vaticana, titulado «Casas Reales y Jardines de Felipe II». Es un informe escrito por Juan Gómez de Mora, arquitecto de Felipe III y Felipe IV, fechado en 1626. El Códice comprende los Alcázares de Madrid, Toledo y Segovia; los palacios del Pardo y Aranjuez y la Casa de la Pandería en la Plaza Mayor de Madrid, todos con sus planos. Sin planos desfilan la Casa de Campo, Azeca, Campillo, Monasterio, Vaciamadrid, Valsain y Casa de la Nieve en la Fuenfría, el palacio de Valladolid y La Rivera, al otro lado del Pisuerga. Se mencionan los alcázares de Sevilla, Casas de Carmona, palacios de Granada, alcazaba de Málaga y palacio de los Virreyes de Valencia. Ni se olvida Portugal con sus palacios de Lisboa, Cintra, Salvatierra y Almeirín.

Sesenta láminas y más de un centenar de documentos de primera mano avaloran este «cuaderno». Magnífica promesa de los frutos de esta Escuela para la cultura universal.

ENRIQUE BASABE, S. J.

Nihil obstat:

DR. LAURENTIUS TURRADO, Canon.

In Pontif. Univ. Salm. Magister.

Imprimatur:

† FR. FRANCISCUS BARBADO, O. P.
Episcopus Salmantinus.

BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime convenient^e previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos.

I.—EDICIONES Y TRADUCCIONES

LISIAS, *Discurso I-XII*. Texto revisado y traducido por MANUEL FERNANDEZ-GALIANO, volumen I, Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, Ediciones Alma Mater, S. A. Barcelona, 1953, 314 p. 22 x 16.

Un precioso volumen que acredita por sí sólo a la Colección Hispánica de Autores griegos y Latinos, que bajo la dirección de D. Mariano Bassols de Climent ha aportado ya desde sus comienzos logrados frutos para los estudios humanísticos españoles. Abarca el volumen los doce primeros discursos de Lisias precedidos de una muy bien documentada introducción, la cual ofrece dos partes: Vida de Lisias (p. IX-XXIV) y Obras de Lisias (p. XXIV-XLII).

Sobriamente, pero con el detenimiento que exige la primera presentación de Lisias en castellano, aborda el Sr. Fernández-Galiano el estudio de la problemática en torno a la vida y obras del célebre logógrafo ateniense. Comienza por los antecedentes familiares de Lisias, hijo de una familia siracusana establecida en el Pireo, sigue al orador en su emigración a la colonia de Turios, de donde tras los abatares políticos, regresa a Atenas. Allí siete años al margen de los negocios ciudadanos vedados a él por su condición jurídica de meteco, cuidándose únicamente de su formación y administración de su floreciente patrimonio, dedicado a la Retórica y a su fábrica de escudos heredada de su padre, la fortuna más fuerte de todos los metecos atenienses. Cuando los Treinta, le fueron confiscados los bienes a Lisias, que logró huir a Mégara, convertido en fanático partidario de los demócratas y ayudó a Trasibulo al desembarcar en el Pireo con un pequeño ejército de emigrados. Alcanza la ciudadanía ateniense

concedida a instancias de Trasibulo por la asamblea popular a todos los metecos que hubiesen entrado en Atenas por el Pireo; efímera ciudadanía para Lisias, pues tras los primeros fervores postbélicos fué inculpa-do Tra-sibulo de ilegalidad por haber presentado una propuesta no acompañada de la resolución provisional del Consejo, y Lisias, como otros tantos me-tecos, vió esfumarse la codiciada ciudadanía. La vida de Lisias se cerró por entero en el modesto cerco de sus actividades logográficas, cuyo ser-vicio brindaba el orador a los particulares al tener para sí cerradas las puertas de la política ciudadana. Parece que Lisias no recibió de los ate-nienses premio ni recompensa a sus desvelos, ni siquiera logró recuperar los bienes confiscados; a lo sumo obtuvo una discreta isotelia en vez de la ciudadanía y arruinado total o parcialmente hubo de dedicarse a defen-der juicios ajenos.

Esto explicaría, como dice el Sr. F. Galiano, un cierto escepticismo polí-tico del orador que, amargado en sus ideales primitivos, se avino a no exigir una determinación ideológica en sus clientes posteriores hasta amañar piezas de tonos un tanto democráticos como oligárquicos.

Debió morir el orador hacia el 360 a. C. Sigue a continuación las fuen-tes para la vida de Lisias. Respecto de sus Obras, divididas en tratados teó-ricos, discursos epidícticos, discursos políticos, Epístolas y Discursos judi-ciales, el autor del presente volumen discute la larga serie de fragmentos lisiacos precisando su autenticidad, sin olvidar las vicisitudes que han te-nido que atravesar los restos de una producción tan abundante hasta llegar a nosotros tan precariamente reducidos.

Luego se encuadra a Lisias en la antigüedad, en que la escuela aristo-télica le escatima sus simpatías, hasta que el orador logró su reivindicación en Roma, cuando frente al asianismo, se invocó la escueta gracia de la oratoria ática, reivindicación que alcanzó su cumbre en Dionisio de Hali-carnaso quien saludaba en Lisias al maestro del género sencillo, natural y conciso, dechado de pureza ática, claridad de dicción, facilidad expresiva sin arreos de tropos y otros recursos ornamentales, concisión, viveza en las descripciones y etopeyas, fuerza persuasiva, etc., por más que no se le ocultaba al fino crítico la falta de elevación y vuelo en los momentos cumbres.

Tras las alternativas medievales, la afición a Lisias se acentúa a partir de la invención de la imprenta con la divulgación de sus Obras. Dejando otros puntos más definidos en torno al orador y reflejando algo sobre los valores morales de su discutida actuación oratoria y política, que ha arran-cado a los críticos alemanes de 1870 para acá juicios desfavorables y exa-gerados y ditirámicos elogios a franceses, ingleses y americanos, Fernán-dez-Galiano apunta su posición personal al margen del apasionamiento nacionalista de los dos bandos opuestos y nos presenta un Lisias, que si no puede pasar como modelo de virtudes ciudadanas, fué una personalidad que actuó dentro de los criterios morales de su época cuya escrupulosidad permitía todo recurso posible al abogado para salvar a su cliente.

La presente edición aprovecha para el establecimiento del texto los manuscritos, las citas de los otros autores sobre Lisias y las conjeturas de los filólogos ante la mala conservación de la obra lisiaca, pero con un criterio sanamente selectivo.

Una nutrida bibliografía pone en manos del investigador y estudioso del logógrafo ateniense lo más moderno, ora en los aspectos generales en torno a la obra lisiaca, ora en orden a los distintos discursos en particular.

Las doce piezas de este volumen van precedidas de sendas introducciones y aclaradas con atinadas notas críticas y explicativas que nos dan un Lisias en su genuino sentido.

Para el manejo más completo de este volumen, echaríamos de menos un índice que procurara al lector una mayor eficacia y rapidez en sus consultas.

La versión española merece nuestro pláceme y el de todo lector objetivo, el cual, de acuerdo con la intención que se propuso el traductor —«nuestra traducción tiende a ser literal, no sabemos si con sacrificios de valores estéticos en algún caso»— ha de reconocer que muy pocos de dichos valores se le han ido de la pluma al Sr. F. Galiano, quien nos ha dado, en rica compensación de su arriesgada empresa, un castellano ceñido muy en consonancia con la galana concisión del aticismo de Lisias.

Mariano Molina, C. M. F.

C. SALUSTIO CRISPO, *Catilina y Jugurta*. Vol. II. *Bellum Iugurthinum*. Texto y traducción por José Manuel Pabón. Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos. Barcelona, Alma Mater, 1956; 205 pp. (dobles, de la 22 a la 145). 22 x 16 cms. Precio, 160 pesetas, encuadernado en tela.

En HELMANTICA (VI, 1955, p. 317-8) apareció la reseña bibliográfica del primer volumen de esta obra. Hoy nos complacemos en presentar a nuestros lectores el segundo volumen, *Bellum Iugurthinum*, en el cual apreciamos y alabamos las mismas características y calidades que en el primero, y que no es el caso de repetir ahora: ponderado y suficiente aparato crítico, fluida y elegante traducción ajustada al texto todo lo posible, notas aclarativas e índice de nombres, seguido de los datos históricos esenciales.

Damos fe de lo útil que nos ha sido su empleo en la clase de Latín del Curso Preuniversitario de este año. Por fin podemos disponer en España de la obra de Salustio, técnicamente bien hecha y agradablemente presentada. Nuestra enhorabuena y gratitud a cuantos, en una u otra forma han contribuido a ello, y en primer lugar al Profesor D. José Manuel Pabón.

Manuel Diaz Ledo, S. D. B.

SOLA, P. José de C., S. J., *Metafísica de Aristóteles, Libro Gamma*. Texto griego crítico y traducción. XX, 59 págs. Editorial Borgiana, Lauria, 13. Barcelona, 1956.

Presentamos este libro haciendo resaltar una buena noticia que nos da el autor: «Es un modesto avance de la obra en proyecto, en buena parte ya realizada, de toda la *Metafísica*». Ya es hora de que en España podamos tener buenas ediciones de los textos clásicos de la Filosofía, y buenas versiones, sin tener que acudir a mendigar en lenguas extrañas. Por esto la calidad de la edición y de la versión fragmentaria que nos ofrece el P. Sola nos hace desear que su propósito, en el que va implícita una promesa, se convierta pronto en espléndida realidad.

En la Introducción da un breve resumen del estado de la cuestión referente al texto aristotélico de la «*Metafísica*», y de las diferentes ediciones hasta llegar a un texto crítico, aunque todavía no se haya logrado el definitivo. Adopta el texto griego de Bekker (1831), añadiendo algunas diferencias tomadas de las ediciones de W. Christ (1806) y de Ross (1948). La versión es clara y ceñida al original. Se lee con agrado, dentro de lo abstruso y árido de la materia sobre que versa el libro elegido. Quizá hubiera resultado más útil para los alumnos una edición en páginas contrapuestas, del texto griego y de la traducción española.

El libro es uno de los más ricos en problemática de la «*Metafísica*» aristotélica, y uno de los que marcan la madurez de su pensamiento en muchas cuestiones que aparecen un poco flotantes en otros tratados pertenecientes al conjunto conocido bajo esa denominación, si bien sus doctrinas requieren ser completadas teniendo a la vista especialmente el libro E y sobre todo el K. Nos referimos en concreto a la noción que aparece de improviso al comenzar el libro, afirmando la existencia de una «ciencia que considera el ser en cuanto ser», la cual «no se identifica con ninguna de las que se llaman particulares». Aristóteles se extiende largamente en determinar su contenido, pero no nos informa en ese libro tan explícitamente como en el E y en el K sobre la relación de esa ciencia *general* respecto de las demás ciencias *particulares*. No obstante, en ese mismo libro (1003b21) alude expresamente a la Gramática como ciencia general de las palabras; así como en otros pasajes, y especialmente en los Segundos Analíticos, aparece la Lógica como ciencia general reguladora de la función racional en cuanto que versa sobre las relaciones entre los conceptos.

En cuanto a la ciencia general: cuyo nombre no menciona en el libro pero a la que llama en el E *Filosofía primera*, en ambos, y más claramente aún en el libro K, la contrapone expresamente a la Física, a las Matemáticas y a la Teología, enumeradas como ciencias particulares, circunscritas a estudiar géneros determinados de seres, mientras que a la *Filosofía primera* le corresponde considerar en general el ser en cuanto ser.

Los intérpretes de Aristóteles han hecho siempre hincapié en su división

de las ciencias en teóricas, prácticas y poéticas. Pero quizá no se ha prestado la debida atención a su insistente y capital distinción entre ciencias *generales* (Filosofía primera, Lógica y Gramática) y ciencias *particulares* (Física, Matemáticas, Teología), debiendo añadir a estas segundas otras muchas más, ya que no se trata de una enumeración exhaustiva, sino genérica, pues en los dos sectores de la Física y de las Matemáticas hay que distribuir además otras muchas ciencias naturales y matemáticas, que expresamente señala y estudia Aristóteles en otros lugares y en otros libros especiales.

Es de notar también que ni en Aristóteles ni en Santo Tomás esa triple distribución tiene el sentido de señalar tres grados del ser ni del saber escalonados en orden ascendente de perfección, sino tres tipos distintos de ciencia, correspondientes a tres órdenes distintos de la realidad: Entidades no-separadas, consideradas como no-separadas (seres móviles compuestos de materia y forma sustancial, objeto de la Física); entidades no-separadas, consideradas como separadas (accidente de cantidad, objeto de las Matemáticas, al cual se refiere en concreto la «abstractio formalis» de Santo Tomás); y una entidad separada, única e inmóvil, que es Dios, objeto de la Teología.

Es evidente que considerado ontológicamente el objeto de las Matemáticas (accidente de cantidad) es inferior a las entidades que constituyen el objeto de las múltiples ciencias que Aristóteles engloba en la denominación generalísima de Física, en la cual entra, no sólo lo que nosotros entendemos con esta palabra, sino también todo el riquísimo conjunto de las ciencias biológicas y antropológicas. Tanto Aristóteles como Santo Tomás rechazan expresamente todo resabio de platonismo en la interpretación del plano de las entidades matemáticas, si bien por la misma naturaleza de su objeto gozan de un grado mayor de certeza y de exactitud (*akribeia*).

El libro que presenta el P. Sola da también lugar a esbozar otras reflexiones. Sabido es que la denominación de «Metafísica» con que desde hace muchos siglos se denomina a ese conjunto de tratados aristotélicos, no se remonta al mismo Aristóteles, sino que probablemente hay que adjudicarla a algún gramático o bibliotecario alejandrino. No obstante, de hecho se ha instalado después tan sólidamente en el campo de la ciencia que perdura hasta nuestros días. Pero también es notorio que esa denominación, sobrepuesta a un conjunto de tratados aristotélicos, ha dado origen a una complicada serie de cuestiones que abruman los tratados escolares, y que en los últimos años han llenado copiosamente artículos de revistas y hasta libros enteros. No es este el momento de desarrollarlas. Pero quizá no fuera inoportuno formular algunas preguntas. Por ejemplo: La «Metafísica», ¿es una nueva figura, es ciencia, desconocida por Aristóteles, y que deba sumarse a las que se mencionan expresamente en el *Corpus aristotelicum*? Según esto, ¿son tres ciencias distintas la «Metafísica», la Filosofía primera y la Teología? Si no lo son, ¿se identifica la «Metafísica», con la Filosofía primera, o con la Teología, de suerte

que solamente sería una reduplicación de nomenclatura? O hemos de considerar a la «Metafísica», a la manera de una ciencia, de la que serían partes la Filosofía primera y la Teología?

Las preguntas podrían multiplicarse todavía más. Por nuestra parte creemos que un examen atento y una confrontación cuidadosa de los textos aristotélicos basta para ofrecer una respuesta fácil y clara a esos problemas, que no lo son ni aparecen en Aristóteles, pero que lo serán, y muy graves, en sus comentaristas posteriores. Para resolverlos nada mejor que acudir a la fuente original, teniendo a mano textos depurados o buenas traducciones, como ésta que nos presenta fragmentariamente el P. Sola, el cual contrae una deuda con sus lectores, que esperamos quede pronto satisfecha.

Fr. Guillermo Fraile, O. P.

RODRIGUEZ ADRADOS, F., *Tucidides. Historia de la Guerra del Peloponeso*, tom. III (Tuc. VI, VII, VIII). Biblioteca Clásica Hernando, Madrid, 1955.

Con este tercer volumen viene el Dr. Rodríguez Adrados a completarnos su traducción de Tucídides, cuya recensión ya apareció en nuestra Revista (vol. 5, 1954, pp. 458-9). A los elogios allí tributados quiero unir yo sinceramente los míos. Nos hallamos ante una traducción como debe ser, directa, exacta, natural. Hasta ahora habían tenido que venirnos con demasiada frecuencia a través de Francia los autores griegos, sin tomarse a veces siquiera la elemental precaución de dejar sus maneras galas en la frontera. La cruzada de liberación se ha ido extendiendo, gracias a Dios, también a los Clásicos, librándonos de tan humillante servidumbre. Y esto es en buena parte mérito de la joven generación de clasicistas que han sacado nuestras aulas universitarias. A la originalidad ha juntado el Dr. Adrados en su traducción una fidelidad fundamental al texto griego. No es siempre tarea fácil hacer una buena traducción; es obra en gran parte de inspiración y de reposo sobre todo. Por eso hombres de la ambición docente, investigadora y publicitaria del Dr. Adrados no son siempre los más felices traductores. Esto es especialmente visible tratándose de trasladar una obra tan trabajada y aun resobada estilísticamente como la de Tucídides. De ahí que la traducción tienda en ocasiones a ser un poco facilitona y aun escurridiza. Esta misma cierta prisa ha perjudicado también un poco a su naturalización de Tucídides en castellano. Una traducción tendrá siempre inevitablemente algo de extraño. La obra original ha nacido en otro tiempo y en otra mentalidad quizá muy distinta, y es imposible que no conserve en su traducción más de un dejo extranjero. Pero se debe exigir que si no es nativa, haya tratado al menos de naturalizarse. Esto es lo que se podría criticar a la traducción de Tucídides: es un poco griega. Por ejemplo, los párrafos son un poco largos, exactamente calcados sobre el griego. Es difícil ciertamente guardar el

dorado justo medio de una traducción que corra flúida sin llegar a ser libre; pero tal vez, en una obra como la presente, el lector culto agradecería un poco más de soltura aun a costa de cierta fidelidad literal. De todas formas éstos no son más que detalles que no merman en nada el indiscutible mérito de la traducción del Dr. Adrados y su reconocida contribución, como tantas suyas, a la aclimatación de la cultura clásica entre nosotros. Sólo sería de desear que la Editorial hubiese empleado un material que hiciese el libro más cómodamente manejable.

S. R. Brasa, S. J.

II.—LEXICOGRAFIA

SCHWARZ, GEORG THEODOR, *Philosophisches Lexikon zur griechischen Literatur* (Dalf-Taschenbücher, Bd. 330). Bern, Franke 1956. pp. 109.

Es ésta una obrita en la que el autor nos ofrece, siguiendo un orden alfabético, los conceptos filosóficos de la literatura griega clásica. Expresamente dice el autor en la pág. 16, que el *Indice* no comprende más que los conceptos correspondientes a la literatura griega anterior a Aristóteles.

Los conceptos griegos están expresados en lengua alemana, para que el Léxico pueda ser utilizado aun por los que no conocen a la perfección el griego.

Cada concepto o artículo está dividido y subdividido según los diversos sentidos y modalidades de significación. Después de cada acepción o pasaje, viene indicado el nombre del autor, la obra y la página. Una hábil disposición tipográfica facilita el manejo del Léxico.

Aparta del *Indice* de ideas, la obra comprende una larga y detallada introducción, en la que se expone el objetivo y alcance del Léxico; un cuadro de palabras afines que puede servir de guía para cuando en el *Indice* no se encuentra el concepto que nos interesa; una lista de abreviaturas de las obras y autores citados; un apéndice en que el autor expone los presupuestos metodológicos y las dificultades con que tropieza la composición de un Léxico de esta naturaleza; la norma seguida para la selección de los pasajes, y un índice bibliográfico.

Resulta, pues, la presente obrita, un valioso instrumento de trabajo para todos cuantos quieren dedicarse a la literatura y filosofía griegas. Es muy útil, y su interés se agranda a medida que se hace uso de ella.

J. Riesco.

III.—ESTUDIOS Y COMENTARIOS

FONTAN, ANTONIO, *Artes ad Humanitatem*. Ideales del Hombre y de la Cultura en tiempos de Cicerón. Publicaciones del Estudio General de Navarra. Pamplona, 1957, 91 págs.

En esta Lección inaugural del curso académico 1957-1958 del Estudio General de Navarra, el autor estudia el contenido y alcance del término *Humanitas*, inventado por Cicerón para sintetizar el ideal de la cultura helénica asimilada por el genio romano.

«La helenización en ciertas gentes y en ciertos momentos de la historia de Roma, significó una amenaza para el genio nacional: hubo quienes se helenizaron hasta perder todo respeto a la gravedad romana, quienes trocaban la *toga* por el *pallium*.

Ninguna de estas dos extremas posiciones iba a triunfar en la gran época romana. La síntesis fué más armoniosa y más estrechamente sólida. Quien la iba a expresar cumplidamente era Cicerón: la palabra en que se cifraba el ambicioso equilibrio y sintético programa nuevo era la *humanitas*. Un término que iba a ser recogido de la propia lengua latina y en el que iban a verter sus aguas varias fuentes griegas. Junto a él se haría siempre la tajante afirmación de que tal meta —la del *homo humanus*— era asequible y que el camino que conducía a la excelencia moral —el ideal amplio, sentido y nuevo de la *humanitas*— era el mismo de la ciencia y la cultura: el camino griego y romanizado de las *artes*» (p. 14-15).

Después de una Introducción sobre el avance de la técnica moderna en la interpretación de los textos, —que «nos introduce en esta prolongada e infinita batalla de la historia por entender el pasado y los hombres de otras épocas»— aborda el autor el estudio del *Helenismo en Roma*, para estudiar después la *Humanitas como Clemencia*, la *Humanitas como Cultura*, el *Sello Nacional*, las *Artes ad Humanitatem* y la *Síntesis Ciceroniana*.

El tema está tratado con un conocimiento exhaustivo de las fuentes y una gran ambientación histórica que recoge el proceso ascensional del ideal literario que Cicerón quiso captar y perpetuar en la palabra mágica que inventó cuando plasmó la *Humanitas* de tanta perennidad.

Es una Lección muy concienzudamente escrita y muy útil para los *Humanistas*...

Enrique Basabe, S. J.

ERNST HOFFMANN, *Platón*, Erasmus-Bibliothek, Artemis-Verlag. Zurich, 1950, 222 págs.

Es el texto de 14 conferencias sobre temas fundamentales del platonismo pronunciadas en el semestre de invierno en la Universidad de Heidelberg; fueron unas lecciones para oyentes de todas las facultades. Esto explica el carácter del libro. Por un lado es una exposición amena y viva del pensamiento de Platón, donde se van repitiendo y recordando las ideas ya desarrolladas; aunque se le han añadido para editarlo algunas notas bibliográficas, se prescinde intencionadamente de la pesadez bibliográfica de los libros de investigación. Por otro lado se abordan temas dispares y de interés general con el objeto de hacer resaltar la importancia de Platón para la posteridad, y para todo pensamiento crítico.

Previa una consideración general sobre la forma literaria, expone la primera conferencia con el título «Platón y la comedia», el problema de la Idea de Belleza y el Amor, comparándola con las doctrinas de Aristóteles y Sócrates. La segunda conferencia estudia las influencias de Platón en Aristóteles y Plotino de modo especial; pasa en la siguiente a la concepción del mundo sensible y mundo moral según Platón, señalando el carácter teístico del pensamiento platónico. Especialmente interesante es la conferencia titulada «Platón y la matemática», en que expone las nociones platónicas de participación, idea de número, predicación, etc., indicando el paralelismo con Kepler y Galileo.

Al mito de la caverna se le dedican dos capítulos o conferencias, estudiado literariamente y desde un punto de vista epistemológico y gnoseológico. El problema de los contrarios, clasificación de las ideas, sus relaciones, haciendo ver la evolución de los Diálogos, ocupa las dos conferencias siguientes, que le introducen en los problemas literarios del legado de Platón y en su relación a Sócrates y a los socráticos.

La conferencia 13 desarrolla el pensamiento político de Platón, y termina la 14 con una caracterización general del platonismo en los dos diálogos de la madurez, el *Fedro* y el *Timeo*.

A través de los grandes conceptos fundamentales puede verse así un verdadero breviario del pensamiento, de la problemática y del influjo de Platón. La exposición es amena y flúida con multitud de interesantes reflexiones y sugerencias.

Vicente Muñoz.

LEVER KATHERINE, *The Art of Greek Comedy*, Methuen, London 1956, X-212 págs., 14 x 22.

Se trata de un libro de alta vulgarización sobre la comedia griega, esas obras tan corrientes en Norteamérica y en Inglaterra y que tan bien nos vendrían en España. Se oyen a veces entre nosotros quejas sobre

la incomprensión que se tiene para la ciencia y la investigación, y se quiere hacer de esto responsable principalmente al ambiente y a la sociedad. Pero se olvida que los primeros en no tomarse especial trabajo por hacerse comprender son los propios investigadores. No se dignan casi nunca bajar de las alturas inaccesibles de su especulación y su ciencia, a hacernos partícipes de sus hallazgos con condescendiente sencillez. Cuando hablan y cuando escriben es de especialistas para especialistas. El resultado es que son incomprendidos, pero porque son incomprensibles. No han caído quizá suficientemente en la cuenta de que la ciencia y el progreso no pueden levantarse sino sobre una arquitectura piramidal: Para que puedan elevarse hasta las altas cumbres de la investigación y la especialización es preciso que descansen sobre una amplia base de formación y cultura general. Y son los especialistas principalmente los que tienen que irse encargando de que esa base general de cultura y formación sea cada vez más amplia y más profunda. Es urgente investigar, pero aun es más urgente levantar cada vez más el nivel cultural del resto de los españoles. Es urgente cubrir cuanto antes esa dilatada zona, verdadera tierra de nadie, entre los libros de texto y los últimos adelantos de la ciencia. Y en ningún terreno es esto más necesario que en los estudios clásicos. Nos estamos perdiendo en verdaderos malabarismos con las últimas novedades lingüísticas, y nuestros estudiantes y aun nuestros graduados desconocen muchas veces las más fundamentales cuestiones de la cultura clásica. En este punto nos puede ofrecer una saludable lección y un ejemplo la obra que presentamos.

El libro de K. Lever está escrito principalmente para el público culto, interesado genuinamente en la cultura y civilización helenas, y aun simplemente en la historia de la literatura. No se vaya a creer, sin embargo, que se trata de un libro trivial y ligero. Es un estudio que sale de las manos de un profundo conocedor de la comedia y teatro griegos y que viene discretamente enriquecido con todo el bagaje de erudición que podría requerir un exigente especialista.

Este sano deseo de informar debidamente a lectores no del todo familiarizados con el mundo griego, lleva a la autora forzosamente a recargar quizá el cuadro ambiental literario e histórico de la comedia griega a lo largo de su desarrollo, sin que sea siempre posible ver, no por culpa de la autora, sino por la lastimosa escasez de datos, razonablemente la influencia de esos hechos históricos en la comedia. Esto se echa más de ver, precisamente por el estado tan fragmentario de nuestra información! en los capítulos primeros del libro, dedicados a reconstruir el origen y carácter de la comedia anterior a Aristófanes. Esto es muy comprensible. De la Comedia Antigua no poseemos sino datos muy imprecisos. Y por tanto, o se tiene que limitar el comentarista a recoger respetuosamente ese pequeño montón de arqueología cómica o por el noble afán de buscarle una reconstrucción algo coherente, vendrá a desenvolverse inevitablemente dentro de un subjetivismo arbitrario y de una falsa analogía. Esto último es

indudablemente preferible: Toda esa ambientación, si en más de un punto no pasa de muy problemática, resultará siempre aprovechable.

El título del libro podría tal vez sugerir que se trataba de un análisis artístico de la comedia griega. En realidad al arte propiamente de la comedia no se le dedican más que un par de capítulos, en relación con la comedia griega por excelencia, la de Aristófanes. Un título algo así como *Historia de la Comedia Griega* estaría quizá más a tono con el contenido. Pero esto es enteramente accidental; los títulos de los libros como los nombres de las personas son casi siempre arbitrarios y muchas veces desconcertantes. El contenido del libro lo forma un amplio estudio sobre el origen, evolución y naturaleza de la comedia griega, en tantos puntos tan diferente de la concepción de nuestro teatro. El centro de este estudio, casi la mitad del libro, se lo lleva naturalmente Aristófanes; después de todo es el mejor representante, y el más ampliamente representado de toda la comedia griega. Pero casi más meritoria es, si cabe, la labor de la autora para reconstruir y comprender la Comedia griega Antigua, y todavía más especialmente la Media, por lo desesperantemente fragmentario de la información. Hace falta el cariño y la virtuosidad de la autora, para recoger con solicitud fragmentos incoherentes y alusiones vagas, e intentar con ellas una reconstrucción razonable y aprovechable.

No sería propio de una crítica sensata, tratándose de un libro de elevada vulgarización como el presente, ponerse a discutir determinadas apreciaciones de la autora. Al investigador se le debe exigir que justifique sus conclusiones hasta donde puedan ser justificadas; el divulgador está en su pleno derecho para escoger los puntos de vista que le parezcan más razonables o más interesantes para su obra. Así lo ha hecho Miss Lever, y nosotros respetamos sus preferencias y en general alabamos su labor y recomendamos la lectura pausada de su libro a todos los estudiosos clásicos con un regular conocimiento de inglés.

S. R. Brasa, S. J.

LUIS GONZALEZ BARROS, *Lo que viene de Megara*. Ensayo sobre Lógica y Ontología Griegas. Bogotá, 1951. Págs. 226 (22 x 16 cm.).

A unos cuarenta kilómetros de Atenas, a la mitad del camino, poco más o menos, entre Atenas y Corinto, el mismo por donde iban las grandes multitudes, a la luz de las antorchas, a ser iniciados en los Misterios de Eleusis, y muy cerca de ésta, estaba la Ciudad de Megara. En ella, como sabemos, se refugiaron los discípulos de Sócrates inmediatamente después de la muerte del Maestro, y no es improbable que Platón escribiese allí sus primeros Diálogos.

«Lo que viene de Megara», es el título sugestivo de este libro —tesis doctoral de la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Católica Javeriana de Bogotá—. Realmente se lee con provecho e interés.

Viene a recordarnos y a actualizar en cierto sentido, por las relaciones con filosofías modernas, el ambiente filosófico que se forjó en aquella ciudad y los hombres principales que lo encarnaron.

, Estudia los orígenes filosóficos de la Doctrina Megarensis: Filósofos jonios, eleatas, Anaxágoras, Empédocles, sofistas y Sócrates. Centra luego, la gran figura clave de Euclides. Estudia con profundidad su metafísica y sus relaciones con las demás corrientes filosóficas. A nuestro juicio, lo mejor del trabajo. Pasa a la exposición de las ramas de la Escuela de Megara después de Euclides. Y en su cuarta parte saca las conclusiones sobre la Metafísica y Moral de los Megarenses y el influjo que estos filósofos han dejado en la Filosofía. Sigue un índice de nombres con breves noticias de cada uno y la amplia bibliografía que ha manejado para este estudio tan amplio.

En síntesis, este trabajo, con precisión y profundidad científicas sobradas, muestra el material inmenso que hay en el fondo griego y estimula a los amantes de estos estudios a investigar incansables en este campo tan amplio y fecundo en valores humanos.

V. Palmero.

IV.—HISTORIA

MASSIMILIANO PAVAN, *La Grecità politica da Tucidide ad Aristotele*. (Università di Roma, Scuola di perfezionamento in Storia antica). «L'Erma» di Bretschneider, Roma, 1958, 187 pp.

M. Pavan concibió la idea de componer esta monografía leyendo las conclusiones a que llega Félix Jacoby en el examen de los fragmentos de los *Attidograjos*. Siempre es posible delimitar en el campo de la historia una época y un pueblo determinado, para proyectar sobre él el análisis del desarrollo de un elemento cultural o de un movimiento político. La «Grecidad» en el s. v a. C., bajo los grandes caudillos atenienses Milciades, Aristides, Temistocles, Cimón y Pericles, es un hecho admirable, que logró más o menos efectivamente la unión de los pueblos griegos contra el bárbaro persa. Maratón, las Termópilas, Salamina, etc., son el claro exponente de lo que la «grecidad» continuada hubiera podido conseguir, no sólo en el Mediterráneo, sino en el Ponto Euxino y aun más allá.

Pero a la muerte de Pericles siguió una desmembración tal que los pueblos helénicos se lanzaron unos contra otros. Atenas al finalizar el s. v llevó constantemente las de perder y vió pasar su hegemonía a manos de Esparta, de Tebas y finalmente de Macedonia. Con esto nos hallamos en pleno s. iv, período en el que Pavan hace precisamente sus investigaciones

para ver si todavía en él se conserva la idea de la «grecidad» y de alguna prevalencia ateniense.

Para ello examina la obra de los grandes pensadores y literatos atenienses y trata de sorprender así la opinión de los griegos de la época sobre la «grecidad» de aquellos días. Examina la obra de Tucídides, algunos diálogos de Platón, alguna obra de Jenofonte, Demóstenes y Aristóteles y llega a la conclusión de que la prevalencia de Atenas como ciudad impulsora en todo el conflicto griego-persa, dejó en todos los políticos del s. iv, sobre todo en los atenienses, una conciencia de cierta primacía de esta ciudad sobre todas las de Grecia. Y esta situación en cierto modo privilegiada de la ciudad de Pericles, y su afán de imponer su modo de vida a las demás ciudades por medio de la liga ática fué la causa de que las ciudades, sobre todo del Peloponeso, se levantaran contra ella en defensa del concepto de la *polis*.

Todo el fondo moralístico que anima la polémica en Atenas tiene como punto de mira la exaltación de que fué ella quien creó y consiguió aquella grandeza, y, por otra parte, el vituperio que la llevó a la ruina y no le dejaba levantar cabeza.

Todos están de acuerdo en ensalzar el período histórico que va de Maratón a la muerte de Pericles. En el momento en que Esparta se impone no hay ateniense que renuncie al patrimonio moral y político conseguido en Maratón y Salamina, en Platea y Eurimedonte. La exaltación de la victoria de Salamina y de su artífice Temístocles, tal y como se desprende de las páginas de Tucídides, repercute inconfundible en los oradores áticos del siglo iv. Así lo manifiestan también las historias de Diodoro y Eforo: Temístocles es quien en Salamina salvó a Grecia entera, gesta que atrajo la envidia de Esparta sobre Atenas y la condena y ostracismo de Temístocles.

Jenofonte se hace eco de esta misma impresión, refiriendo la acogida que a Temístocles se le dispensó en la corte de Persia, para indicar las ventajas que se obtienen obrando siempre con miras a la grandeza de la patria: los mismos enemigos honran a nuestros héroes.

No es menos significativa la postura de Platón. Aunque el padre de la Academia condena en el Gorgias y en otros lugares la política de Atenas, y por consiguiente el imperio, no lo condena como tal, sino en relación con la república idealista; pero lo aprueba en el Menon, no desde el punto de vista de la verdadera sabiduría, sino en el inferior y simple de la opinión. Pero el modo de ver de Platón no se refiere sólo a Atenas sino a todas las organizaciones realísticas de la historia universal.

Más expresiva es la interpretación política de Aristóteles que, en la Constitución de Atenas, encomia a Solón, Pisístrato, Temístocles, Aristides, etcétera. Aristóteles está conforme con la política de Terámenes y de Temístocles, porque cree en la virtud política de la mediación; Platón en cambio no aprueba ni a uno ni a otro porque cree que la virtud no está condicionada a la mediación política sino que la trasciende.

La unidad de Grecia llegó, pero por otros caminos, y ahora, muy a pesar de Atenas, impuesta por el pueblo macedónico.

Todas estas ideas ampliamente desarrolladas encontrará el lector en este bello libro que presentamos y recomendamos muy de veras.

José Guillén.

RAJMUND GOSTKOWSKI, *Pompeje*, Lublin 1954, pp. 380, 16 x 21.

El Autor nos ha preparado un nuevo y amplio estudio monográfico sobre la ciudad de los ensueños, Pompeya. Este estudio, aunque nos llega con algún retraso, revela que, a pesar de las adversas circunstancias por que atraviesan los centros católicos a la otra parte del telón de acero, todavía siguen funcionando con cierta vitalidad, pues sin ella no se explican esta y otras publicaciones de la Universidad Católica de Lublín.

El tema de Pompeya se estudia con gran detalle siguiendo su topografía y deteniéndose en aquellos lugares y casas que han dejado más importantes recuerdos epigráficos y arqueológicos. Entre tanta indecencia y frases de provocación como abundan por los muros de Pompeya, el Autor ha tenido cuidado de recoger algunas inscripciones de genuina moralidad:

...odiosa jurgia differ

Si potes, aut gressus ad tua tecta refer.

Lascivos voltus et blandos aufer ocellos

Conjuge ab alterius; sit tibi in ore pudor.

La obra va ilustrada con 187 fotograbados de lo mejor que se ha hallado en Pompeya y que hoy día constituyen el tesoro de los grandes museos, sobre todo el de Nápoles. Lástima que estos fotograbados no vengan sobre un papel adecuado que les dé el conveniente realce. ¿Es que no permiten otra cosa las circunstancias en Polonia?

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

BIANCA MARIA FELLETTI MAJ, *Iconografia Romana Imperiale da Severo Alessandro a M. Aurelio Carino (222-285 d. C.)*. Roma, L'Erma di Bretschneider, 1958, pp. 309 + LX láminas. 25 x 17 cm.

Este volumen inaugura la serie II de los *Quaderni di Archeologia* dirigidos por R. Bianchi Bandinelli y Luisa Banti.

Los autores de éstos se han propuesto como principal objetivo poner a disposición de los estudiosos los materiales necesarios y suficientes para tratar un tema determinado con carácter monográfico, dando las fuentes literarias antiguas y el material epigráfico e iconográfico con gran amplitud, y manteniendo siempre la objetividad documental. Esta segunda serie que reseñamos introduce por su parte la novedad de poner la traducción italiana frente a los textos antiguos.

Viniendo ahora al libro de la Sra. Felletti, la parte I abarca Bibliografía, Fuentes y Testimonios literarios y epigráficos. La Bibliografía clasificada por secciones que responden a las diversas artes documentales, es notable por el juicio que da sobre cada una de las obras generales y monográficas que reseña y describe. Las *Fuentes y Testimonios* acotan noticias de tipo literario y epigráfico, relativas a la edad de los personajes, a su aspecto físico, a su aspecto moral, a los retratos en efígie o pintura o de otro género, obtenidos en vida o post mortem, y a la divinización, alegando historiadores que van desde Herodiano del s. III hasta Zonaras del XI.

Más extensa se ofrece la parte II dedicada a la Iconografía (pp. 83-309). En ella va describiendo la Autora los restos conservados de monedas, bustos, camafeos, referentes a emperadores y emperatrices, hasta un total de 384 reseñadas con 209 reproducciones fotográficas en LX láminas, colocadas al final del volumen.

A mi juicio creo que esta es la parte más meritoria y valiosa de la obra, porque sencillamente es tema menos tratado en esta forma de conjunto y clasificada, dentro de este periodo cronológico, y por los comentarios precisos y bien documentados que acompañan a cada descripción iconográfica. Además hay que destacar y señalar que las obras y colecciones que proporcionan conocimientos de fuentes, bien con los textos, bien con comentarios e ilustraciones, son sumamente interesantes para el auténtico avance científico de la Filología y Ciencias históricas.

Se añaden también para su fácil manejo los índices correspondientes de personajes, cronológico y alfabético, e índice de Museos depositarios de los restos iconográficos descritos, e índice de las ilustraciones gráficas.

Resulta a no dudarlo el libro un magnífico arsenal de material eurístico para estudios históricos de los Emperadores romanos del siglo III.

J. Campos, Sch. P.

V.—OBRAS ESCOLARES

FRANZ ALTHEIM, *Römische Geschichte*, Berlin, Walter de Gruyter et Co., 1956. Vol. I; *Bis zur Schlacht bei Pydna* (168 v. Chr.), pp. 124, Register incluso; 15 x 10 cm.; Vol. II *Bis zur Schlacht bei Actium* (31 v. Chr.), pp. 129, Register incluso; 15 x 10 cm.

Los dos pequeños volúmenes constituyen el I y II de una serie de cuatro, que abarcarán la Historia de Roma desde sus principios hasta la batalla de Yarmuk (636 p. C.), dentro de la «Colección Göschen», y responden a los nn. 19 y 677 de ésta.

De estos libritos hay que decir *a posteriori* que las apariencias engañan.

En reducido formato y en páginas no muy numerosas dan cuenta, con densidad inesperada de materia e ideas, de la historia de Roma en las épocas y hechos decisivos, que han orientado o determinado sus situaciones históricas. Pero además no se limita el Autor a una mera exposición narrativa. Le da carácter genético de estudio y discusión razonada de causas, y crítica de fuentes. Las notas puestas al pie de página son de por sí prueba de la dimensión científica con que trata las cuestiones.

El volumen I comprende desde Italia prerromana hasta la batalla de Pidna, y hemos de señalar como mejor tratados los temas de las guerras púnicas (Karthago) y el *Rom und die hellenistische Welt*, si atendemos a las fuentes y a las apreciaciones expuestas.

El II se extiende hasta la batalla de Actium, concentrando la historia en los hechos fundamentales que condicionan la evolución de Roma en el período indicado. Compruébese en el título *Krise y Ausgang der Republik* y en el *Consensus universonum* respecto al Principado de Augusto, y se verá con qué objetividad y valoración de fuentes se emiten los juicios.

Esperamos los dos volúmenes que completarán la materia que se anuncia en la portada interior de esta fina colección enciclopédica.

Para el estudiante universitario es, a no dudarlo, un resumen muy ilustrado y al día y para el profesor un prontuario de serio valor científico.

J. Campos. Sch. P.

JENOFONTE, *Apología de Sócrates*. Preparación escolar por el R. P. S. Rodríguez Brasa, S. J., Colegio de San Estanislao, Salamanca, 1957, pp. 70, 12 x 17 cm.

S. RODRIGUEZ BRASA, S. J., *En torno a la Apología de Sócrates de Jenofonte*. Colegio de San Estanislao, Salamanca, 1958, pp. 120, 12 x 17 cm.

Con estos dos nuevos tomitos el R. P. Rodríguez Brasa cumple honrosamente el compromiso contraído con el público al dar a la stampa, a principios de este año escolar, el texto griego y traducción castellana de esta atrayente obra de Jenofonte (cf. *Helmantica* 8 (1957) 488), y me atrevo a decir que lo cumple con gallardía, no obstante la urgencia y las dificultades de carácter tipográfico con que ha tenido que contar.

La preparación escolar «consiste fundamentalmente en el vocabulario indispensable y algunas breves observaciones gramaticales donde la dificultad del texto parecía aconsejarlo». Donde ha sido posible, ha añadido derivados castellanos, que facilitan la retención del vocablo griego y fundamentan el conocimiento de nuestra lengua. En atención a los incipientes conocimientos del griego del alumno preuniversitario español, el autor ha prodigado explicaciones que a algunos tal vez se les antojarán superfluas. En cambio ha reservado para el último fascículo las observaciones de carácter filosófico e histórico.

Este último fascículo que el P. Brasa titula, *En torno a la Apología de Sócrates de Jenofonte*, es, a mi juicio, lo más valioso y personal del trabajo del autor. En vez de un comentario histórico-literario en forma de apóstillas al texto de Jenofonte, el autor nos ofrece un estudio más orgánico, más amplio y formativo, a tono con el sesgo que la legislación oficial ha querido dar al curso preuniversitario. En realidad lo que el P. Brasa nos da en este cuarto tomo son tres magistrales conferencias o exposiciones doctrinales: la primera sobre *Sócrates* (pp. 7-90), la segunda sobre *Jenofonte* (pp. 90-104), y la tercera sobre la *Apología de Sócrates* (pp. 105-120). En ellas ha sabido conjugar maravillosamente una exposición amplia y profunda con una concisión fecunda dejando holgado margen a las oportunas explicaciones y aplicaciones de cada profesor.

Felicitemos al P. Brasa por esta su obra y esperamos de él obras de este género y aun mejores en años sucesivos.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

LUIS ENRIQUEZ, S. J., *Homero: Iliada. Canto VI*. Introducción y Comentario. Estudios Clásicos Portuenses. Escelicer. Cádiz, 1956, págs. 95.

Esta nueva edición, pulcra y esmerada, del P. Enríquez viene a aumentar la no escasa literatura sobre el célebre libro VI de la *Iliada* «resumen magnífico de las más altas virtudes humanas» (E. Faguet).

Es un tomito de carácter escolar, donde con claridad, competencia y atinadas notas filológicas, y gramático-sintácticas, se van comentando y exponiendo los 529 exámetros homéricos. Quizá, por tratarse de un texto escolar, haya omitido el autor las observaciones de tipo estético. Nos placen; en cambio, y le felicitamos por ello, sus referencias históricas.

La nueva edición no es, a mi juicio, una de tantas. Es resumida, breve (pero «habent sua fata libelli»), y la creemos muy útil para los escolares.

He aquí su contenido: A una Bibliografía general sobre Homero y especial sobre el Canto VI de la *Iliada* (págs. 5-12), sigue una Introducción: ambiente, argumento y análisis de los personajes necesaria para la recta interpretación del Libro VI (págs. 13-33), un grabado de la casa homérica con su explicación (págs. 34-37), el texto comentado con abundantes notas aclaratorias (págs. 37-89), y finalmente (págs. 91-95), un Índice Onomástico.

ALBERT WILLEN. *Homère: Chant VI*. Edition «Labor». Bruxelles. págs. XI-35.

He aquí un folleto cuya principal misión es poner al alcance de los lectores —al alcance de sus ojos para contemplarlo— el panorama bello, sensitivo y humano del Libro VI de la *Iliada*.

Contiene una breve Introducción, un resumen de los seis primeros Libros de la *Iliada* (págs. III-XI), y la traducción francesa (págs. 13-35) flúida y elegante del libro VI.

Las notas, en su mayor parte de carácter histórico —personajes y ciudades—, aportan claridad al texto y contribuyen a su mejor comprensión.

Jesús Aramendía, C. M. F.

L. D'AMORE-G. DE ROSE, *Mores virique romani*, Casa Editrice «Federico et Ardia», di P. Federico, Napoli (Via Domenico Capitelli, 23), 1957, pp. 204, 14 x 21 cm.

Bajo el título sugerido de «Mores virique romani», los autores nos ofrecen una antología titoliviana, destinada a los Liceos Clásico y Científico y a las Escuelas del Magisterio de Italia. La selección está hecha con pericia y las notas histórico-gramaticales preparadas con tino y moderada sobriedad. Creen los autores que su antología «dà una visione completa sia dell'arte di Livio che della grandezza di Roma». Por ello, ante el trance en que les pone el Plan Oficial de escoger entre un libro completo o uno selecta, los autores no han dudado en inclinarse por esta segunda parte de la alternativa. Respetamos su criterio; pero confesamos ingenuamente, movidos por la experiencia de bastantes años, que para entusiasmarse por Livio y por las gestas del pueblo romano no hay como engolfarse en la lectura de este gran historiador y beber a grandes sorbos alguno de sus libros (p. ej., el 5.º, el 21.º, el 22.º, etc.). Si ante la imposibilidad de leerse por entero toda la inmensa obra de Livio, de la que dijo Marcial,

*Pellibus exiguis artatur Livius ingens
quem mea non totum bibliotheca capit,*

después de leído y saboreado uno de sus libros, se logra poner a los alumnos en contacto con una buena antología, entonces el provecho será colmado. Aconsejamos este camino como el más eficaz para el estudio de Livio y de su Historia Romana en los cursos superiores de Bachillerato y más aun en los cursos comunes de la Universidad.

Jiménez Delgado, C. M. F.

JUVENAL, *Sátira XIV*. Traducción rítmica, introducción y notas de Julio Campos Ruiz, Sch. P., Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca. Suplementos de «Estudios Clásicos», núm. 12. Madrid, 1957, páginas, 16.

Un opúsculo pequeño, revelador de un gran esfuerzo. Esto es en síntesis el presente fascículo del R. P. Campos. Pocos se percatarán de primera intención del trabajo que supone la preparación de esta traducción rítmica y la elaboración de las notas que la ilustran. No es Juvenal de los autores que más se prestan a ser vertido a un buen castellano, ni es la prosa rítmica tarea tan fácil como a alguno podrá parecer. Con Fray Luis de León, yo aconsejaría «al que quiera ser juez de esta versión que pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña a la suya... y hacer que hablen en castellano y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales... y el que dijere que no lo he alcanzado, haga la prueba de sí, y entonces podrá ser que estime

más mi trabajo». Ciertos Aristarcos suavizarían el ceño con sólo poner en práctica esta sabia medida propuesta por Fr. Luis. Esto lo digo en descargo del traductor por si en la lectura de estos 331 versos el lector encontrara alguna resistencia.

Jiménez Delgado, C. M. F.

HENRICUS HOFFMAN, *Petrulus Hirrutus* in sermonem latinum translatus ab *Eduardo Bornemann*. In aedibus Rüten-Loening Bibliopolarum, Francofurti Moenani a. p. Chr. n. 1956.

Es una colección de diez fábulillas de Enrique Hoffmann traducidas en versos festivos al latín. Da el nombre al libro la primera de ellas, *Petrus Hirrutus*, que es la traducción del título original en alemán *Der Struwwelpeter*, el niño que se obstinó en no cortarse ni los cabellos ni las uñas. La espléndida presentación tipográfica y los estupendos grabados de Federico Kredel tienden a hacer del libro un objeto de regalo para chicos y grandes, cultivadores del latín.

El latín que leemos en sus páginas no es ciertamente de corte ni de pretensiones clásicas, pero viene a demostrar que puede ser aún hoy lengua viva y capaz de expresar con agilidad y gracia incluso en el campo de la literatura infantil, tan *sui generis*.

Manuel Díaz Ledó, S. D. B.

VI.—VARIA

EMILIO SILVA, *Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1956): Exposição Bibliográfica Retrospectiva*. Biblioteca Nacional, Rio de Janeiro, 1956, p. 120, 16 x 21 cm.

El Dr. Emilio Silva, Prof. de la Pontificia Universidad Católica de Rio, nos ofrece en este volumen un catálogo de la Exposición menendezpelayista organizada por él en la Biblioteca Nacional del Brasil con motivo del centenario del nacimiento de nuestro gran escritor santanderino. Tras una breve semblanza del homenajeado (pp. 7-13), siguen 733 fichas bibliográficas con detalle de cuanto se ha publicado *de* y *sobre* Menéndez Pelayo hasta 1956. Un índice alfabético de autores (pp. 107-118), contribuye a un manejo fácil y rápido de este copioso catálogo. Agradecemos al Dr. Silva su obsequio. Con este volumen ha conseguido dar a la exposición de Rio una repercusión mundial y poner en manos de tantos entusiastas menendezpelayistas un provechoso instrumento de trabajo.

Jiménez Delgado, C. M. F.

STANLEY J. GOICZ, *Los Two-Words Verbs y su Evolución*. Tesis doctoral. Bogotá, Pontificia Universidad Católica Javeriana, 1954. 134 páginas (24 x 15'50 cm.).

El autor se propone estudiar el origen, evolución y naturaleza de los verbos ingleses compuestos de dos palabras. ¿Lo ha logrado? La índole de nuestra revista nos dispensa de entrar en detalles, en los que disentimos de los puntos de vista y, sobre todo, de la metodología seguida por el nuevo Doctor en su trabajo de investigación.

Pero, por ser cosa demasiado evidente y llamativa, no queremos dejar de expresar nuestro desagrado al ver materialmente destrozado el idioma castellano en la forma que lo hace el disertante. Nos cuesta creer lo que nuestros ojos ven en letra impresa. Tampoco en este punto queremos entrar en detalles. Abra el lector cualquier página al azar, y tropezará a cada paso con giros, expresiones y palabras totalmente ajenas al habla castellana. En la página 9 se le reconoce como mérito especial el cuidado en traducir al castellano los ejemplos y demás material... Confesamos, que, en no pocos casos, para entender el castellano, hemos tenido que volver a leer el inglés; y para entender muchas frases de la cosecha del autor, hemos tenido que rehacer mentalmente la frase en inglés. Un sólo botón de muestra: «Pues, la gramática de Kelly es indispensable para Uds., colombianos que enseñan inglés, para ver cómo Kelly explica la mejor manera» (Pág. 66). Y, puesto a citar, ahí va otro botón: «Nos enseñan (los conocimientos), que la razón no es sino una guía, triste en muchos asuntos de gramática y modismos, y que el frecuentar escritos y oradores educados es el único standard en el lenguaje para los educados» (p. 29). Y esa misma página 29 se cierra con otra frase que no tiene desperdicio: «El buen inglés es el modo de usarlo —algunas veces un modo dividido de hablar— de la gente culta en aquella parte del mundo de habla inglesa donde uno se encuentre».

El autor habrá probado con su tesis sobre los *Two-Words Verbs y su Evolución* su suficiencia para optar al título de Doctor en Filosofía y Letras, pero ¿ha demostrado al mismo tiempo su actual suficiencia para enseñar a nadie la lengua castellana?

Manuel Díaz Ledo, S. D. B.

I. L. ABAD SALAZAR, *Los Ansermas*. Tipografía Salesiana, Bogotá, 1955, pp. 142.

Se trata de un estudio sobre este pueblo de la región occidental del departamento de Caldas en Colombia. Sus características no habían sido estudiadas hasta ahora sino en lo que tienen de común con otras tribus aborígenes de esa misma región y de la limitrofe de Antioquía, Chocó, y el Valle. El estudio recoge una amplia documentación sobre el aspecto geográfico, histórico, etnológico y sociológico y sobre los problemas peculiares de los habitantes de este pueblo.

La Pontificia Universidad Católica Javeriana de Bogotá aprobó esta investigación de la Sta. Inés Lucía Abad otorgándole a su tiempo el título de doctor en la Facultad de Filosofía y Letras y Pedagogía.

J. Delgado, C. M. F.

ALEXANDRE KIRLOVS: *Safo (amor y poesía)*. Editorial Ahr, Barcelona, 1957, pp. 382.

Una novela sobre el soporte de unos cuantos datos históricos de la célebre poetisa de Lesbos, que el autor desorbita y desnaturaliza dándoles una intención pasional morbosa. Las escenas escabrosas y del mal gusto se repiten demasiado por estas páginas, que nada, o muy poco, pueden enseñar a los lectores de *Helmantica*, ni sobre Safo ni sobre su poesía.

A. P.

B. ORCHARD, E. F. SUTCLIFFE, R. FULLER Y RUSSELL: *Verbum Dei. Comentario a la Sagrada Escritura, III*. Herder, Barcelona, 1957, pp. 186.

Comprende este tercer tomo una amplia *Introducción* al Nuevo Testamento, con el comentario a los cuatro evangelios. En la *Introducción* se habla de la crítica textual, del mundo judío, del mundo pagano, de los evangelios y la crítica no católica, del problema sinóptico, de la Persona y enseñanza de Jesucristo, del cristianismo en los tiempos apostólicos, de las epístolas del Nuevo Testamento, de la vida de San Pablo, de la doctrina sobre la segunda venida, a cargo de diversos competentes escrituristas.

Todos estos distintos apartados de la *Introducción* y cada comentario a los cuatro evangelios, van precedidos de una abundante referencia bibliográfica, de lo mejor y más reciente que sobre cada materia se ha escrito; y a lo largo del texto no faltan tampoco abundantes citas, que declaran o confirman los pasajes a que se refieren.

Aunque los diversos tipos de letra sirven para guiar al lector sobre el punto de estudiar o consultar, hubiera quizás hecho más agradable la lectura una disposición y división del contenido, que no diera esa primera impresión de haberse querido buscar, como algo de primera importancia, el ahorro del espacio y, por consiguiente, del papel. Nada tiene que ver esta observación con el valor intrínseco de las monografías que componen el tercer tomo de este gran comentario a la Sagrada Escritura, al que auguramos el mismo grandioso éxito, que han tenido los dos tomos precedentes.

Los escrituristas españoles y, en general, cuantos sacerdotes o seculares, tenemos necesidad de frecuentes consultas del texto sagrado y de la clara

interpretación de su sentido, hemos de agradecer a la editorial *Herder* de Barcelona, este inapreciable servicio que ha prestado con esta traducción del original inglés. La traducción y adaptación española han sido encomendadas a un grupo de prestigiosos especialistas de la Orden dominicana, al frente de los cuales está el R. P. Maximiliano García, Profesor de Exégesis en la Universidad Pontificia de Salamanca; lo cual es otro mérito, por la seguridad que da a los no especializados, de encontrarse, en todo caso, con doctrina sólida a la altura de las últimas adquisiciones de la investigación científica.

A P.

Nihil obstat:

DR. LAURENTIUS TURRADO, Canon.
In Pontif. Univ. Salm. Magister.

Imprimatur:

† FR. FRANCISCUS BARBADO, O. P.
Episcopus Salmantinus.

Depósito Legal: S. 24. 1958.

BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime conveniente previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos

RESEÑAS

I.—EDICIONES Y TRADUCCIONES

M. TULLI CICERONIS, *De Re Publica librorum sex quae supersunt*, recensuit, L. CASTIGLIONI. Testimonia adiecit I. Calbiati, in aedibus Io. Bapt. Paraviae et Sciorum, Aug. Taurinorum, Seconda Edizione, 1947, pp. XLIV-202, 8.º.

Aunque con retraso, esta segunda edición del *De Re Publica* de Castiglioni nos llega en momento muy oportuno. El público español, que lee nuestra revista, está ansioso de conocer una buena edición de este diálogo de Cicerón, impuesto este año como obligatorio a los del curso preuniversitario. Y en verdad que esta edición de Castiglioni puede satisfacer al más exigente. Se trata de una edición crítica de calidad. Sólo el hecho de estar incorporada al *Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum* autoriza a prejuzgarla favorablemente. Pero es que, además, la lectura atenta de su amplia introducción y el examen detenido del aparato crítico que acompaña al texto nos convence de la meticulosidad y esmero con que ha llevado a cabo su trabajo el competente Prof. Castigliani, director jefe actual del *Corpus Paravianum*, quien, había ya adquirido anteriormente gran renombre con su edición crítica de algunos de los tratados de Séneca.

No oculta el crítico que depende en parte de Ziegler, a quien corrige sólo en algún que otro pasaje y concretamente en varios puntos puramente ortográficos. El criterio con que en esta materia procede, ante la arbitrariedad desconcertante de la tradición manuscrita, es prudente y digno de imitación. El fragmento del *Somnium* denuncia a simple vista «Helmántica», 30 (1958).

una mayor riqueza de códices y consiguientemente una más laboriosa recensión de los mismos por parte de Autor. Porque, aunque nos ha confesado que depende en parte de Ziegler, esto no quiere decir que no se haya tomado Castiglioni la molestia de estudiar directamente las fuentes de su edición. Este estudio directo de las fuentes le ha permitido en ocasiones ordenar los fragmentos sin someterse estrictamente al orden establecido por Angelo Mai, a raíz de la identificación y desciframiento del palimpsesto vaticano. Tiene, pues, categoría y cierta preeminencia esta edición crítica de Castiglioni. Y si bien es cierto que la edición teubneriana de Ziegler goza entre los sabios de mayor prestigio, ante la gran dificultad de hacerse hoy día con esta edición en la zona de la cultura occidental, podemos recomendar esta edición del *Corpus Paravianum* y presentarla como la mejor, tal vez, de las prácticamente asequibles.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

APPENDIX VERGILIANA: *I Ciris-Culex*. Recensuit auctorum imitatorumque notis instruxit ARMANDUS SALVATORE: «Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum», in aedibus Paraviae, 1957, pp. XXII-134 in 8.".

El Dr. Salvatore ha querido unir su nombre al de tantos otros famosos críticos como en estos últimos cincuenta años han dedicado sus desvelos a la fijación del texto del «Apéndice Virgiliano». La edición que ahora nos presenta, después de recorrer las principales bibliotecas de Europa y de consumir en ellas horas de fatigosa tarea colacionando códices y descifrando viejos pergaminos, es digna de todo elogio. No aparece en ella todo el trabajo realizado por el paciente recensor. Es preciso conocer sus *Notas*, *Prolegómenos* y *Estudios sobre la tradición manuscrita*, en parte ya publicados y otros que esperan su publicación.

El Dr. Salvatore no se ha limitado a un puro cotejo de autores. Crítico y filólogo a la vez ha echado mano del profundo conocimiento que tiene de la lengua y estilo del poeta y, convencido de que el texto ha ido viciándose notablemente a lo largo de los siglos, él con fina sensibilidad estética, ha tratado de irlo restituyendo a su primitiva pureza. Naturalmente, esta medida de crítica es muy delicada y se presta a grandes yerros: pero cuando la maneja un autor, que como el Dr. Salvatore, une a su finura y profundidad filológica un serio y prolongado cotejo de códices, entonces puede rendir grandes y positivos resultados. De hecho es éste —y creo que con razón— uno de los motivos de orgullo del Dr. Salvatore. Nosotros le felicitamos y nos felicitamos de esta edición, y abrigamos la esperanza de que, a no tardar, quedará completa la obra con la aparición de los demás poemas del «Apéndice Virgiliano», que vivamente anhelamos.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

LIRICOS GRIEGOS. *Elegíacos y Yambógrafos arcaicos*.—Texto y traducción por FRANCISCO R. ADRADOS. Volumen, I, Barcelona, Ediciones Alma Mater (Colección Hispánica de Autores griegos y Latinos), 1956, XXXIII y 251 páginas (de las cuales muchas dobles).

El libro que hoy nos ocupa, fruto de varios años de trabajo de uno de los helenistas más conspicuos de nuestra época, puede calificarse, sin caer en la exageración, de monumento de la Filología clásica española. A partir de la edición de Adrados quedan anticuadas todas las anteriores. Ello es verdad sobre todo de Arquíloco, hasta tal punto, que el libro que Laserre ha dedicado a este poeta arcaico ha salido a la luz ya anticuado, por no haber podido tener en cuenta la reconstrucción de Adrados.

Pero vayamos por partes. La edición consta de una breve Introducción general, en la que Adrados, apoyado sobre todo en los trabajos recientes de H. Fränkel y B. Snell, nos da una visión general de la época arcaica griega. Es, asimismo, fiel a la visión «*epocal*» de H. Fränkel al ordenar los fragmentos no por géneros literarios, sino por autores. Completamente de acuerdo y elogiamos a Adrados por haberse sabido desprender de prejuicios «*tradicionales*».

Dedica, a continuación, unas páginas al problema de las raíces y motivos de la elegía, poniendo de relieve la unión de elementos populares y épicos en la misma (opinión contraria, que ve en la elegía un origen exclusivamente aristocrático, en G. Thomson, *Eschilo e Atene*, Turín, 1949, p. 278 s.).

Pero pasemos ya a la edición en sí, que es lo verdaderamente valioso del libro de Adrados, lo más personal:

Los autores están ordenados cronológicamente, escalonándose desde el siglo VII (Arquíloco, Calino, Tirteo: Adrados coloca a Arquíloco en primer lugar por tener a este poeta, en esencia, como el verdadero tipo del espíritu arcaico. Lo mismo hizo Fränkel, pero cf. las observaciones de Gundert, *Gnomon*, 1955, p. 471); poetas que van a caballo del siglo VII-VI (Solón, Mimnermo, Semónides); siguen los espíritus pertenecientes al siglo VI y finalmente, aquellos poetas que, como Teognis y Jenófanes, han vivido entre el VI y el V.

Se han excluido la totalidad de los epigramas, a excepción de los pertenecientes a los elegíacos y yambógrafos editados en la presente obra.

Una de las partes más valiosas del libro de Adrados, es, como hemos señalado, la edición de Arquíloco. Adrados se ha ocupado largamente de este autor en diversos trabajos que recoge en la bibliografía y las notas. Es interesante, por ejemplo, la reconstrucción que ha intentado de la elegía de Pericles. Adrados ha invertido el orden de algunos de los fragmentos tal como lo daba Diehl (el orden que da Adrados es: 8, 12, 11, 7 D.), y en la nota 1 de la p. 29, nos reconstruye el orden del pensamiento de la elegía (cf., su trabajo en *AFC*, 1953-54, p. 225 s.). Naturalmente aquí se podría objetar que dar como comienzo de la elegía el fr. 8 D., no res-

ponde al carácter que Fränkel (D. u. Ph. p. 186) descubre en el estilo de Arquíloco, de hacer culminar el poema con un pensamiento agudo y de tipo gnómico. Pero el problema estriba precisamente en saber si Fränkel ha establecido este rasgo estilístico arquilóqueo a partir de esta serie de fragmentos. Por otro lado, no se opone a la tesis de Fränkel el fr. 67 D. (211 Adrados), que culmina precisamente con una *gnóme*.

Con razón rechaza Adrados la interpretación generalmente admitida del fr. 11D. (6 Adrados) según la cual δῶρα serían los cadáveres rescatados del mar (δῶρα Ποσειδῶνος serían los dolores que ocasiona el mar, como δῶρα Ἀφροδίτης son las delicias del amor). En el fr. 4 (12 D.) Adrados mantiene la lectura de los códices, frente a las conjeturas de otros editores. Con todo no deja de ser sugestiva la lectura de Heck Παλλάδ' ἐὺπλόκαμον (Adrados no señala la conjetura). Es asimismo de elogiar la actitud conservadora en el fr. (3 D.) al aceptar la lectura δαίμονες de los códices más numerosos, frente al δαίμονες de MA, adoptado, entre otros, por Edmonds. En cambio en el fr. 210 (66 D.) preferimos la conjetura δέννοις de Herzog. δέννοις es *lectio difficilior*.

La edición de los Epodos se basa en los trabajos del propio Adrados (RPh, 1956, 28 y ss.; Emérita, 1955, 1-78). Se trata, en este caso, de la última palabra en el difícil problema de la obra del poeta de Paros, que tan mutilada ha llegado hasta nosotros. Adrados ha utilizado los más recientes hallazgos papirológicos y epigráficos (véase su comunicación al I Congreso español de Estudios clásicos, Madrid, 1958, p. 184 y ss.). Corrige en muchos casos la ordenación hecha por Laserre, y, en otros, adopta lecturas propias de algunos papiros (así en fragmento 123, 5 la lectura ἔργματα y en id., 7 μάχρ').

Pocos son los cambios que Adrados introduce, respecto a Diehl, en las elegías de Calino y Tirteo.

Nos place ver que Adrados defiende la unidad de la Elegía a las Musas, de Solón, que tanta polémica ha suscitado (cfr. últimamente, L. Massa Positano, *L'elegia di Solone alle Muse*, Nápoles, 1947). En esta misma elegía, mantiene la lectura v. 11 τιμῶσιν de los manuscritos (lectura que han defendido asimismo Römisch y Björck) frente a la conjetura μετίωσιν de Ahrens, adoptada por Edmonds. En apoyo de esta lectura, nos permitimos sugerir la comparación con el pasaje de Hesíodo, *Erga*, 16 ἔριν τιμῶσι βαρεῖαν, en un pasaje que ofrece un interesante paralelismo con el de Solón. En el difícil «*locus conclamatus*», del v. 34, Adrados adopta la conjetura de Massa Positano (Emérita, XVIII, 1950, 89 s.). Señalemos, de paso, que en el v. 12 del frg. 19 Ad. el editor nos da un verso incompleto: οὐ δ' ἔρδειν ἔθ' ἔργ' ἀπάλαμνα θέλει. Claramente se ve que falta una palabra (ὁμῶς).

La edición está dotada de tres aparatos: uno de referencias, necesariamente selectivo; un aparato crítico y otro donde se señalan las imitaciones posteriores. La traducción es buena, y se procura —de acuerdo con las normas de la Colección—, conservar la mayor literalidad posible.

Pocas son las erratas que hemos podido encontrar: en p. 15 léase Frän-

kel (lo mismo en p. 94, nota 1 y p. 97 nota 1); página 75 nota 3 léase Zielinski; en p. 107 nota 3 *des Altertums*; y en p. 169, nota 3 *der Staatsmann* (id. en p. 178, en la bibliografía sobre Solón).

No nos queda sino esperar con impaciencia el segundo volumen de esta obra, que sin duda será, como éste que nos ocupa, nuevo y firme paso hacia la posesión de una edición perfecta de los Elegíacos y yambógrafos arcaicos. Al Dr. Adrados nuestra más sincera felicitación por el magnífico libro que nos ha ofrecido.

José Alsina Clota.

LICOFRON, *Alejandra*.—Texto revisado y traducido por LORENZO MASCIALINO, Catedrático de la Universidad de Buenos Aires. Barcelona (Colección hispánica de Autores Griegos y Latinos), Ediciones Alma Mater, 1956, LIV y 88 páginas (de las cuales muchas dobles).

Es de sobra conocido de nuestros lectores la Colección hispánica que dirige el prestigioso latinista Dr. Bassols de Climent, y que puede considerarse hoy día como una de las empresas de mayor envergadura que en el campo de los Estudios Clásicos ha realizado nuestra patria. El volumen que nos ocupa, dedicado al «*poeta obscuro*», helenístico Licofrón, ha sido encargado al joven catedrático de Buenos Aires, Dr. Masciliano, quien era ya conocido por su trabajo «*Licofrón, poeta obscuro*», publicado en la *Revista de Estudios Clásicos* (1-1944, p. 111 ss.).

La edición va precedida de una somera Introducción en la que el autor nos da una exposición de todos los problemas relativos a la vida y obras, con análisis del poema *Alejandra*, y una breve descripción de los manuscritos que se han utilizado para establecimiento del texto. Para éste se ha servido Mascialino de los trabajos de Bachmann y Scheer; y, por vez primera, se da una sucinta descripción de la rara edición de Lysandes (Lund, 1859). Digamos, asimismo, que ahora tenemos por fin una edición de Licofrón, que jamás se había editado en nuestra patria, cosa por otra parte comprensible si tenemos en cuenta no sólo lo difícil de este autor, sino asimismo por ser un escritor de poca importancia, cuya lectura exige un esfuerzo que no compensa su calidad literaria. Y, en efecto, el mismo editor reconoce (p. XXXVIII s.), que la dificultad de su lectura radica no sólo en la profundidad de su pensamiento —si es que tiene alguno— sino en que se trata de un autor que escribe «*en clave*». Así que el calificativo de σοφιστικός que comparte con Heráclito sólo se le puede aplicar con ciertas reservas. Añadiré que, a la inversa de lo que opina Mascialino, más bien es a Licofrón a quien debe aplicarse el epíteto de Sofista, y no a Heráclito, si por sofística se entiende un juego frívolo del espíritu, sin trascendencias ideológicas.

El autor se halla completamente en posesión de la bibliografía relativa al «*oscuro*» (aunque no hemos hallado utilizado al artículo de L. Deubner

—NJb. 1921, 361 ss.—, sobre el origen de la literatura oracular), como puede deducirse por la bibliografía que cierra la parte introductiva, y por las notas que a lo largo de la traducción nos aclaran diversos puntos difíciles. Señalemos, a propósito de las propiedades inspiradoras del laurel, p. 2 nota al v. 6, que hoy en día tienden a negarse (así Nilsson y Amandry; cf. nuestro trabajo en *Emérita*, 1957, 293).

El texto se basa en seis manuscritos (A, V, B, C, D, E). Sistemáticamente el editor adopta la desinencia —αισι del dativo plural femenino (así v. 18, 59, 193 etc.), lo cual va en contra de la ποιητική típicamente helenística (cf. Deubner, art. cit.). La traducción está muy conseguida, a pesar de la dificultad típica de este autor, con sus innúmeros epítetos compuestos y «enigmas» (cf. I. Waern, *τῆς ὀστέα*, Upsala, 1951, 140 y ss., tampoco visto por el autor).

Cierra el libro un índice de nombres, verdaderamente útil para manejar este poema.

José Alsina Clota.

PUBLIUS OVIDIUS NASO, *Metamorphosen*, epos in 15 Büchern, herausgegeben und übersetzt von HERMANN BREITENBACH. Zürich, Artemis-Verlag, 1957. Zum Gedenken an den 2000. Geburtstag des Dichters Publius Ovidius Naso. pp. 1219. 17 x 11 cm.

El motivo ocasional de esta fina edición de las *Metamorfosis* de Ovidio va ya indicado en la segunda guarda: El bimilenario del nacimiento del famoso sulmonense.

Como homenaje de la Filología y de la Tipografía se presenta la edición con las galas de la ciencia y de la técnica editorial.

La Introducción es moderada en extensión; XXXV páginas no es mucho para disertar y cuestionar sobre los múltiples y complicados problemas que plantea obra tan amplia y voluminosa como las *Metamorfosis* ovidianas, en cuanto a sus fuentes, estructura, texto, estilística, etc. Pero sin detenerse en la polémica de las cuestiones, el autor expone sintéticamente los resultados admitidos en ocho apartados en que la divide, sobre las causas de la composición de las *Metamorfosis*, la vida del poeta, la génesis literaria, las fuentes griegas de este género de obras, y su repercusión en Roma, la actividad literaria de Ovidio en el destierro, la pervivencia de la obra ovidiana en el arte plástico; y, por fin, el motivo y las condiciones en que se publica la presente edición. Toda la Introducción va documentada con sus notas comprobatorias y eruditas.

El texto latino se presenta en la página izquierda, y la traducción alemana con ritmo dactílico en las cadencias en la página derecha. Al pie del texto latino se ponen las notas breves, pero muy ajustadas y documentadas, de comentario mitológico e histórico. Al texto latino-alemán sigue un apéndice con observaciones detalladas sobre la transmisión textual

en manuscritos y ediciones, y a continuación, el aparato crítico, todo seguido, libro tras libro, no muy nutrido, bastante menos que el de R. Ehwald en la Teubneriana, editio maior de 1915, por ejemplo.

Dos minuciosos índices con escogida bibliografía coronan el voluminoso libro: *Sachregister*, τόποι καὶ τύποι y *Register der Eigennamen*.

Sin entrar en particularidades, sólo hemos de decir que la obra mayor de Ovidio no suele presentarse en las ediciones tan completa, con tantos elementos y aspectos en un solo volumen, con traducción, comentario y aparato crítico. En la parte científica no es tan completa como la de Hugo Magnus, pero en conjunto, es de lo más acabado que se ha hecho en ediciones críticas modernas.

Para nuestro gusto, las notas a la Introducción hubieran sido más manejables y prácticas al pie de página. Y así mismo por el interés de reducir el espacio todo lo posible, los tipos de notas resultan demasiado diminutos, si bien excelente la nitidez de impresión.

Si todos los autores antiguos recibieran homenajes editoriales y científicos de esta índole, subiría muchos grados la estimación de los mismos y de la Filología clásica.

J. Campos, Sch. P.

J. DE VALLATA, *Poliodoros. Comedia humanística desconocida*. Introducción, estudio, transcripción y notas por JOSE M.^a CASAS HOMS. Consejo Superior de Investigaciones Científicas: Instituto «Nicolás Antonio», Madrid, 1953, pp. 274 en 4.º.

El catedrático Dr. Casas Homs, de Barcelona, tras un paciente y prolongado trabajo y con el asesoramiento de los mejores especialistas en la materia, nos ofreció, hace ya unos años, esta comedia humanística del cuatrocientos, ampliamente prologada con una jugosa introducción de más de 150 páginas. Quizá sea este estudio introductorio lo más valioso y personal de esta obra. Con él ha querido el autor fijar la base histórica y trazar el marco obligado para ambientar al lector, y disponerle a la lectura y comprensión de la comedia, cuyo texto original latino, tomado de los mejores códices, presenta ahora por primera vez al público culto.

Comienza la introducción con una visión panorámica del drama latino en la antigüedad clásica. Estudia luego el drama latino en la Edad Media y en el Renacimiento, para detenerse en seguida en la enumeración de las principales comedias renacentistas, de las que puntualiza el argumento y reproduce en apéndice final algunas de sus escenas.

Centrando la atención en *Poliodoros*, investiga y expone su origen, sus manuscritos, su autor, su argumento, sus fuentes y su influencia, sus partes, sus personajes con los caracteres dominantes, su forma literaria, su escenografía, su léxico y su lenguaje, terminando con una breve exposición de las posibles relaciones entre la Celestina y la Comedia humanística y un

rápido examen sobre la influencia del drama humanístico en el resto de la literatura española.

Como fruto de su investigación, el prologuista reconoce en el *Polidorus* una prueba más a favor de la tesis del influjo positivo del drama humanístico en el acerbo de nuestro drama nacional. Tenemos que agradecer al Dr. Casas Homs el habernos corroborado esta conclusión y también el placer de poder leer y estudiar directamente en una edición muy cuidada esa comedia humanística, tan olvidada como interesante. Con ello ha iluminado una faceta, por desgracia muy descuidada, de nuestra literatura cuatrocenista. Felicitamos al autor por tan meritoria labor de investigación y de cultura y le exhortamos a seguir por este camino hasta sacar a plena luz tantos otros tesoros de esta índole como laten sepultados en archivos y bibliotecas.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

JOSE LOPEZ DE TORO, *Epistolae de Juan Verzosa, estudio, traducción y notas de—*; C. S. I. C., año MCMXLV, Madrid. «Clásicos españoles», II. XC+396 pp.; 26 x 19 cm.

D. José López de Toro, subdirector de la Biblioteca Nacional, presenta en esta obra uno de los muchos y sazonados frutos que va depositando en sus manos el asiduo e ininterrumpido trabajo de sus ya largos años de archivero y bibliotecario. Su obra ante todo es una serie de pesquisas e investigaciones por los diversos archivos de España sobre la personalidad ciertamente «interesante» del gran poeta zaragozano Juan Verzosa.

El bibliotecario de Felipe II en Roma había caído en el olvido, como tantos hombres ilustres del humanismo aragonés del siglo xvi. Las escuetas noticias que sobre su vida se leen en la *Biblioteca Nueva de los escritores aragoneses* de Latassa, en los *Progresos de la Historia en el reino de Aragón*, de Dormer, y en *Clariorum Aragonensium Monumenta*, de Asso y del Río, no fueron parte para que de Verzosa se tuviera más consideración que de los otros aragoneses que ellos panegirizan. Pero desde el momento en que el infatigable investigador, que es el Sr. López de Toro, puso sus manos sobre el poeta zaragozano, la suerte de Verzosa ha cambiado totalmente: a Verzosa se le conoce ya hasta en sus más mínimos detalles. Le seguimos en París, en Londres, por los caminos de la ancha Europa, hasta su establecimiento definitivo en Roma, en donde murió el 24 de febrero de 1574, siendo enterrado en la iglesia de Santiago de los Españoles.

La personalidad de Verzosa queda vigorosamente trazada en la primera parte del libro del Sr. López de Toro (p. I-LXXXVII). En la segunda parte presenta el autor los cuatro libros de las Epístolas de Verzosa en latín y traducidas al castellano en columnas paralelas. El texto latino es el de la primera edición de Palermo 1575, hecha por Luis Torres, Arzobispo de Monreal y luego Cardenal de la Santa Iglesia, al año siguiente de la muerte del poeta.

Sobre el método seguido en la traducción, dice el autor, en la página LXXXIX: «Ante el dilema de traducir las *Epistolas* o con una traducción literal —de laboratorio— o con una literatura en verso, endecasílabo libre —que, sin alterar el contenido original—, sacrificándolo a la rima, mantuviese el tono primitivo y dejase un margen lo suficientemente amplio para que el traductor, unas veces con perífrasis, otras con licencias poéticas, no se salga del área estricta de la verdad y se mueva holgadamente dentro de su lengua— hemos optado por la última. Lleva, no obstante, algunos ensayos de traducción en romance heróico». El traductor interpreta bien el texto Verzosiano y esto basta para ser una buena traducción, según las normas de Marco Tulio: *Non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus omnium verborum vimque servavi* (*De Opt. Gen. Or.* 5, 14), y de Horacio: *Nec verbo verbum curabis reddere fidus / interpretes* (A. P. 133-134). Los endecasílabos sueltos castellanos son flúidos, galanos y fieles al original del poeta aragonés.

La parte tercera, «*Notas a las Epistolas*» (pp. 177-253) es un arsenal de erudición histórica y de conocimiento extraordinario de las personas y de las cosas sobre las que Verzosa escribió o con las que estuvo más o menos relacionado.

El «Apéndice» (pp. 255-283) recoge diversos documentos, cartas y notas que el archivero de Felipe II en Roma enviaba a la corte de su Rey. La Secretaría de Estado y el Archivo de Simancas están llenos de legados, fruto de la incansable actividad de este buen servidor de Su Majestad Católica. Los índices de nombres con que se cierra la obra, facilita grandemente el manejo de la misma.

Quiera Dios que no se interrumpa esta labor comenzada por el docto bibliotecario de la Nacional y que sigan otros trabajos al tenor del presente sobre nuestros grandes humanistas de los siglos xv y xvi que florecieron por todos los rincones de España.

José Guillén.

II.—LEXICOGRAFIA

ALBERT CARNOY, *Dictionnaire etymologique de la Mythologie Gréco-Romaine*. Louvain, Editions Universitas, 1957, pp. 209. 23 x 15 cm.

En la Prefacio quedan claramente expuestos los fines y aspiraciones de este singular Diccionario etimológico.

Evidentemente la etimología no puede informar plenamente sobre la naturaleza e idea del objeto, tanto como los textos literarios y los restos arqueológicos, para conocer en nuestro caso las concepciones de Helenos y Romanos en el dominio hierológico. Con todo, esta investigación lingüística

de los nombres mitológicos, da pie para útiles comparaciones con los mitos e ideas de otros pueblos indeoeuropeos. Al desarrollo de esta clase de estudios contribuyen la Gramática comparada y la Hierología. Y de otra parte de la Lingüística con más seguridad en cuanto a las posibilidades etimológicas, dispone de nuevas ilustraciones en lo relativo a la protohistoria de los Indoeuropeos y a los idiomas que se hablaron en Asia Menor, en los Balcanes, en Grecia y en Italia.

Con estos elementos parece que es posible dar una explicación más firme de nombres referentes a la mitología de Griegos y Romanos.

El autor se propone en este libro ofrecer un suplemento etimológico a la Enciclopedia de Roscher, y a los diccionarios de menor extensión, de Grimal, Hungar, etc.

Reproduce naturalmente etimologías ya establecidas por otros autores, cuando cree que se conforman a las exigencias de la Lingüística y responden a los hechos, pero añade gran número de explicaciones nuevas, lo que constituye la parte más original de la obra. Asimismo presenta novedad la *esquisse* de etimología toponímica de Grecia en las regiones egeas, gracias al descubrimiento del lenguaje pelásgico, es decir, de una capa indoeuropea no helénica. Para la mejor comprensión de ciertas etimologías, previene el autor con unas reglas de las características fonéticas de este idioma, tomadas de A. Van Windekens.

Recorriendo los términos registrados en el Diccionario de Carnoy, se observa efectivamente una cantidad de informaciones etimológicas, no adividas hasta ahora, y aunque algunas sean muy inseguras y discutibles, explican o aclaran orígenes y conceptos sobre los dioses, mitos y cultos.

La obra es sobria en citas, lo que quiere decir que, como lo indica su autor, ha puesto mucho de lo propio. Por esta novedad y por recoger un aspecto de la Onomástica mitológica, no presentado hasta ahora en conjunto en forma de diccionario, el libro es de notable interés para una comprensión más honda de los mitos clásicos.

J. Campos, Sch. P.

E. DECAHORS, *Dictionnaire Français-Latin*. Douzième édition. A. Hatier, 8 rue d'Assas, Paris (VI), 1957, 864 pp. en 16°.

El hecho de que un diccionario francés-latino haya llegado en menos de treinta años a su 12ª edición, en un país como Francia, donde tiene que afrontar la competencia de otros diccionarios de las mismas características, es una buena prueba de su valor. Y una prueba también de que, por fortuna, el ejercicio impropriamente llamado de la *retroversión* (es más acertado llamarlo *redacción o composición latina*) no ha caído aún del todo en desuso. Las diferentes promociones de estudiantes que se han ido sucediendo en este lapso de tiempo han visto en él un excelente instrumento de trabajo y lo han solicitado insistentemente. Ahora viene esta

nueva edición reelaborada y enriquecida con más abundante fraseología y, sobre todo, con una distribución más esmerada del material lexicográfico de la misma, de suerte que de un sólo golpe de vista, se puedan apreciar las diferentes acepciones de cada palabra. Es de suponer que el público francés le dispensará una entusiasta acogida. Para una nueva edición nos atrevemos a sugerir que añadan el significado a los verbos irregulares del apéndice y que dispongan sus formas de otra manera más breve. Con la mitad de las páginas tendrían bastante para toda la lista.

Creemos que este diccionario, remozado ahora en el fondo y en la forma, continuará prestando un valioso servicio en los centros de enseñanza media. Hacemos votos para que también entre nosotros se difunda cada vez más el ejercicio de la redacción latina y se sienta al vivo la necesidad de diccionarios como éste, que faciliten esta importante e imprescindible tarea.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

III.—ESTUDIOS Y COMENTARIOS

FERNANDO M. BRIGNOLI, *Studi Ciceroniani* (Biblioteca del «Giornale Italiano, di Filologia»), VII, Napoli Armanni, MCMLVII, 164 pp. 19'5 x 13 cm. L., 1500.

El autor presenta en este volumen dos ensayos: *El ritmo heroico en la prosa ciceroniana* (pp. 7-97). y *Las palabras griegas en las obras de Cicerón* (pp. 99-162). Dos trabajos realizados con paciencia de investigador y con método firme de filólogo.

En el primer ensayo se propone demostrar Brignoli la tendencia de Cicerón hacia el ritmo heroico en la prosa. Examina el texto de las *Tusculanas* y llega a las siguientes conclusiones: 1) Cicerón sentía, quizás sin advertirlo, una fuerte tendencia hacia el hexámetro, por lo cual el ritmo heroico, contra todas sus normas expuestas en el *Orator*, no solamente hace acto de presencia, sino que domina poderosamente en la prosa de las *Tusculanas*.

2) M. Tulio se esfuerza en evitar este ritmo de cuando en cuando, pero a veces se descuida y le invaden las cláusulas heroicas.

3) Estos momentos de invasión del ritmo heroico coinciden o bien con un argumento de sentido épico o gnómico, o con un pasaje poético expresado en hexámetros, que fuerza al escritor a mantener el ritmo dactílico, o con una palabra básica cuyo elemento musical dactílico exige correspondencias rítmicas en el contexto, o con cierta atención absorbente puesta en el rigor lógico del pensamiento.

4) De aquí se sigue que estas reagrupaciones del ritmo heroico coinciden en ciertos momentos, desapareciendo totalmente en otros párrafos.

5) Donde tiene Cicerón más cuidado de evitar el ritmo dactílico es en la cláusula final.

6) El autor confiesa que quizás no todos estén conformes, sobre todo con los medios empleados por él, y que sus averiguaciones no desdoran en lo más mínimo ni la obra ni la fama de Cicerón (pp. 95-97).

El estudio de Brignoli es, sin duda una buena contribución al conocimiento del ritmo ciceroniano, pero quizás se ha llevado a cabo en una de las obras menos apropiadas para el caso, puesto que el mismo Cicerón, que ciertamente se opone a la cláusula heróica en la teoría, manifiesta que el estilo filosófico, *sermo* y no *oratio*, no debe ser sometido a los moldes más o menos rígidos del ritmo: *mollis... est oratio philosophorum... nec vincta numeris, sed soluta liberius* (Or. 16, 64). Cicerón, pues, en este tratado filosófico procedió con entera libertad, despreocupado del ritmo que tanto cuidaba en los discursos y en las obras meramente literarias. Por otra parte da la coincidencia de que todos los ejemplos de «quasi esametri» y «esametri» estudiados por el autor desde la pág. 31 a la 67, son interiores de cláusula, de cuyo ámbito no pueden separarse, con lo que el hexámetro es de todo punto inadvertido, fuera de quien vaya con el propósito de medir los períodos enteros. Pongo por ejemplo, los aducidos por el autor en la p. 73 y 74: *Tusc. 1, 6, 13*:

Nōn dicō fōrtāsse etiām, quōd sēntiō; nam istūc.

Esta frase evidentemente no puede leerse así en el contexto, sino:

Non dico fortasse etiam, / quod sentio; / nam istuc ipsum, non esse, / cum fueris, / miserrimum puto.

Poco importa que la sucesión de dáctilos y espondeos hayan llenado el espacio de seis pies, si en realidad la frase sigue y se corta en lugares en que el hexámetro no admite la cesura, por ejemplo entre el 5.º y 6.º pie, puesto que el fallo más mínimo es causa suficiente para desarticular el más bello hexámetro.

Lo mismo hay que decir del otro ejemplo citado a continuación, del mismo lugar de las Tusculanas: *Quīd misēriūs quam omnīnō nūnquām fūissē? itā, quī nōndūm nātī sūnt, misēri iām sūnt, quā nōn sūnt, ēt nōs, sī pōst mōrtēm misēri fūtūrī sūmūs, misēri fūimūs antē quām nātī. Ego autēm nōn cōmmēmīnī, antē quām sūm nātūs, mē misērūm; tū sī mēliōrē mēmōriā ēs, uēlim scīrē, ēcquīd dē tē rēcōrdērē.* Hay que violentar la lectura y el sentido del párrafo para separar el hexámetro: *quām sūm nātūs, mē misērūm, tū sī mēliōrē*; puesto que la proclítica *ante* se apoya sobre el *quam* siguiente del que no puede separarse, lo mismo que el *meliore* exige el *memoria* es, en el que descansa. La abundancia de espondeos del párrafo no tiene nada de particular que abarque una tirada de seis espondeos seguidos, pero sin que pueda desgarrarse en modo alguno del contexto. Esta última cláusula, pues, hay que leerla:

Ego autem non commemini / ante quam sum natus, / me miserum; / tu si meliore memoria es, / uelim scire, / ecquid de te recordere,

que además tiene una cesura después de *natus* desconocida en el hexámetro.

Menos aceptable resulta todavía el corregir el texto para que a la fuerza resulte el hexámetro. Así en la p. 74, la cita de las *Tusc.* 3, 9, 19:

Nūnquām tūrgēscit, nūnquām tūmēt, āt irāti ānimūs ēiūs mōdī ēst. Si sustituimos *āt* por *āst* y alargamos la final *-ēt* tendríamos el hexámetro. No cabe duda, pero aún en este caso el hexámetro quedaría distribuído en la cláusulación del período, que debe leerse así:

Sapientis autem animus, / semper uacat uitio, / nunquam turgescit, / nunquam tumet; / at irati animus eiusmodi est: / nunquam igitur sapiens irascitur.

Admitimos gustosos el hecho de que Cicerón abunda en el ritmo dactílico sobre todo en los pasajes más entonados de las *Tusculanas*, y en especial cuando la cita de algunos hexámetros le ha dejado en el oído la impresión de la andadura rítmica. El espondeo es un pie grave, solemne, muy apropiado para las sentencias y las exposiciones magistrales, y si de cuando en cuando resuelve su última sílaba en dos breves, formando el dáctilo, a la gravedad del pensar añade cierta ligereza de quien sabe jugar con la gracia de la expresión, sobre la pesantez y reciedumbre de la idea. El doble dáctilo no perjudica a la cláusula media, había escrito Cicerón (*De Or.* 3, 47, 182), con tal no dé impresión de verso (*Orat.* 57, 191). Por otra parte, nadie ignora que la esencia del verso no es precisamente el constar de tales pies o sílabas, sino la repetición seguida (*versus*) de un mismo ritmo. El verso empieza a sentirse cuando el ritmo aparece repetido.

Con todo, estamos muy conformes con el ensayo de Brignoli, que solamente se propuso demostrar la tendencia de Cicerón hacia el ritmo dactílico en las *Tusculanas*, texto arítmico por definición y voluntad del mismo Cicerón. Sacar otras consecuencias, la oposición, por ejemplo, de las prácticas con la teoría del mismo Cicerón expuesta en el *Orator*, ya es harina de otro costal.

El segundo ensayo *Las palabras griegas en las obras de Cicerón*, es un trabajo muy bien pensado y muy bien hecho. Su mérito se acrecienta con el *Lessico delle parole Graecche nelle opere filosofiche di Cicerone*, puesto como apéndice (p. 155-162).

José Guillén.

FERNANDEZ GALIANO, MANUEL, *Safo*. Cuadernos de la «Fundación Pastor», I. Madrid, 1958.

La autorizada firma de nuestro insigne helenista avala la presentación de esta nueva y prometedora publicación: «Cuadernos de la Fundación Pastor». Digo *nueva* porque el concienzudo trabajo del Sr. Galiano sobre Safo constituye el *primer* Cuaderno, y *prometedora* porque como dice el autor: «Inútil es decir cuánto debe esta publicación a la fértil iniciativa

de la "Fundación Pastor de Estudios Clásicos" y al fundador mismo: el progreso de los estudios helénicos en España será el que, andando los años, hable claramente de lo mucho que hay ya hoy no sólo de esperanza, sino de realidad en esa gran obra».

El erudito trabajo del Sr. Galiano tiene como base una conferencia de la Universidad de Verano de Santander. Allí en 1955 «tras un ensayo previo en que otros compañeros y yo abordamos el problema de la idea general del hombre a lo largo de la Historia y la Literatura griegas, pasamos, como complemento lógico, del enfoque inicial al estudio de la evolución de uno de los aspectos más importantes y al mismo tiempo más misteriosos, más apasionantes de la vida y la conducta de los hombres: el amor como expresión de la personalidad humana...». «Se halla, pues, el lector, ante el primer capítulo de una serie titulada *El descubrimiento del amor en Grecia*».

El tema, muy del gusto de hoy, no cabe duda que es un poco delicado, sobre todo en Safo, pero he de decir lealmente que el Sr. Galiano ha acertado en tratarlo con toda delicadeza... La psicología de Safo, el grupo de muchachas que la rodeaban, su familia, sus relaciones sociales, todo está estudiado y aquilatado a través de sus múltiples ráfagas literarias —tales son sus fragmentos— con la posible precisión y perspectiva que sus lagunas permiten. Y para «armonizar», como quien dice, su interpretación serena y benigna, un desfile «exhaustivo» de cuanto interesante han apuntado antiguos y modernos sobre el problema del amor en Safo. Porque «de amor y no de letras» es de lo que se ha propuesto tratar el autor.

Felicitemos a nuestro gran helenista por el éxito logrado y no dudamos que los próximos «Cuadernos» han de seguir por tan certero camino.

Enrique Basabe, S. J.

CARLOS SOLTERO GONZALEZ, *El «Apéndice Virgiliano»*, Universidad Católica del Educador, Pub. del Ins. super. de Humanidades Clásicas, vol. II, 176 pp. en 8.^o, Quito, Editorial Clásica, 1958.

En torno al epígrafe que encabeza este libro, el autor ha reunido un material abundante, fruto de prolongadas lecturas y reflexiones. Es un excelente tratado de síntesis del estado de esta cuestión. En parte realiza el autor en este punto concreto su anhelo de «poner un poco en orden y llenar el vacío vergonzoso en los estudios clásicos (bastante descuidados, por cierto) de nuestro mundo hispanoamericano» (p. 2). El autor revela un conocimiento a fondo de la extensa y variada literatura que sobre este debatido tema existe, y, después de valorar convenientemente las cuestiones y los argumentos, y de establecer ciertos principios de criteriología, entra a discutir en sendos capítulos la autenticidad de cada uno de los poemas (*Culex*, *Ciris*, *Etna*, *Catalepton*, *Dirae-Lydia*, *Copa* y *Moretum*) llegando a la conclusión de que sólo son auténticas algunas de las piezas

del *Catalepton*. Todo lo demás del «*Appendix*» debe considerarse como apócrifo a juzgar por la lengua y el estilo, de caracteres marcadamente diferentes de los de Virgilio. En consecuencia, las teorías de Tenney Frank y Normann W. De Witt para esclarecer y fijar la producción juvenil de Virgilio carecen de base. Aún más: llega a creer el autor que es perder el tiempo y el dinero entretenerse en querer hallar la verdadera paternidad de estos poemas.

Como no todos tomarán muy en serio esta advertencia del Dr. Soltero González, de creer es que, a pesar de su prevención, habrá quienes sigan ocupándose de la autenticidad del «Apéndice Virgiliano, y quién sabe si al fin se podrá llegar a poner en claro el asunto.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

SERAFINI AUGUSTO, *Studio sulla Satira di Giovenale*. Firenze, Felice Le Monnier, 1957, 442 págs.

Este es un libro que, sin muchas pretensiones, dice muchas cosas y muy buenas sobre Juvenal. Las cuestiones fundamentales vienen tratadas en los tres primeros capítulos, donde se vindica la austera moralidad del satírico de Aquino, la autenticidad del cuadro histórico que presentan las sátiras y el valor poético, que indudablemente poseen. Los restantes capítulos, hasta nueve, tratan temas no menos importantes, pero sí más concretos. Tanto al tratar el problema histórico como el moral el autor ha coleccionado exhaustivamente los textos, agrupándolos por temas, lo cual es ya un servicio inestimable a la investigación juvenaliana; pero, además, las interpretaciones de los pasajes son generalmente muy acertadas, salvo quizás la que nos da del lugar VI 33-37, donde la defensa del satírico, aquí en concreto, nos parece pobre y equivocada. Creemos que Serafini no ha dado aquí con el auténtico valor del contexto. En realidad Juvenal no aconseja en este lugar la pederastia, sino que disuade a su amigo Póstumo de contraer Matrimonio, y lo que en realidad dice es que ha llegado a tal extremo la perversión de la mujer que es preferible la pederastia al matrimonio. Esperamos próximamente, en otro lugar tratar este tema ampliamente; por ésto aquí nos ahorramos el hacerlo. El capítulo quinto abre un camino absolutamente nuevo en el estudio de la sátira: el autor se ha adentrado en el estilo del poeta con un renovado concepto de estilística, lo cual permite calar en el sentido más profundo de la poesía de Juvenal. Estudios similares sobre otros poetas latinos los desconocemos. La labor de Serafini en este estudio es admirable; ha aplicado conceptos estilísticos que recuerdan la estilística de Marouzeau, pero ello no es óbice a una visión estupenda de la personalidad poética, que es la humana al fin y al cabo, del satírico. En el capítulo séptimo se da una conexión, quizás inconsciente, con la tesis de Plessis de que la célebre indignación de Juvenal no es la de una persona, sino la de una clase social. En él

Serafini trata los aspectos sociales de la obra del satírico, y también, aquí su labor es acertada.

En fin, un libro muy bueno sobre Juvenal, que recomendamos a los que quieran conocer el sentido auténtico de la sátira de este poeta latino.

Manuel Balasch.

JOHANN B. HOFMANN, *El latín familiar*, traducido y anotado por Juan Corominas, Madrid, Instituto «Antonio de Nebrija», 1958. C. S. I. C., Manuales y anejos de «Emérita», XVI. pp. 288. 24 x 17 cm.

El libro de Hofmann en su tercera edición y en texto alemán es obra manejada por especialistas, pero que se hacía rara o de difícil adquisición para la consulta frecuente en España.

Ha sido por lo mismo un gran acierto y un buen servicio a la Filología latina en nuestra patria, la traducción española de J. Corominas, que, además, la ha hecho más práctica y útil intercalando en el texto las adiciones y correcciones que iban al final de la tercera edición alemana. Es preciso igualmente notar que ha añadido observaciones inéditas del mismo autor, destinadas expresamente a la versión española, aparte de las notas e incisos que ha puesto de su cuenta el traductor con la aprobación del autor, que resultan, a juicio de éste, «valioso enriquecimiento» de la obra.

En el «Prefacio» expone Hofmann con claridad la prehistoria de su libro, a partir de los trabajos de Rebling y de los métodos de investigación de Wunderlich, Spitzer y Bally, dentro cada uno, naturalmente, de su zona peculiar lingüística. Queda asimismo delineado el plan que se propone desarrollar, y señala las escasas fuentes textuales que puede utilizar para información sobre los hechos del lenguaje familiar latino, acudiendo para remediarlo al fenómeno vivo del lenguaje moderno alemán, a falta de un fondo de fenómenos familiares de criterio general, que todavía no se ha establecido. Por esto no quiere hablar del llamado *Latín Vulgar*, que en su concepto no tiene en sí dentro del latín familiar más que un lugar como lenguaje afectivo de estilo humilde. Claro que el latín Vulgar, mejor llamado «latín común hablado», tiene una área más extensa y menos precisa, pero que se entrecruza e incluye muchos fenómenos del latín familiar.

La «Introducción» que sigue a la «Prefacio» es muy valiosa. Establece la línea divisoria entre lengua literaria y lenguaje familiar, y señala las manifestaciones de este último, además de los elementos y criterios que pueden caracterizarlo y discernirlo, basados constantemente en el lenguaje afectivo.

El cuerpo de la obra es denso en materia e ideas con indicaciones muy sugestivas. Recorriendo el Índice General se advierte enseguida la riqueza del contenido. Las cuatro partes que abarca llenan cumplida y apretadamente todos los aspectos que ofrece el latín familiar con fina matización

de detalles inesperados, recogidos en Plauto, Terencio y el epistolario ciceroniano a Atico, y con aplicaciones ilustratorias de las lenguas románicas y germánicas.

Pero a nuestro modesto entender, la Parte primera, titulada «El aspecto subjetivo-afectivo del habla familiar», y dentro de ella, la sección de las «Interjecciones y partículas» es la más completa y la que ha merecido preferentemente la atención y trato del autor. Y es natural, porque es la que contiene más elementos afectivos del lenguaje, que son por lo mismo lo más influyentes y empleados en el uso familiar y en la intimidad. Merced a ellos se puede marcar la diferenciación de ésta frente a la lengua literaria.

Es notable y de gran valor la cantidad de datos, aspectos y construcciones psicológico-afectivas que registra de las fuentes citadas, contrastándolas a veces con las lenguas vivas, estudiando su origen latino o indoeuropeo y las causas determinantes de los cambios semánticos, morfológicos y hasta la configuración fónica, de modo que a lo sincrónico junta lo diacrónico con acierto insuperable.

La traducción de Corominas está hecha con precisión y fidelidad. Señalamos el detalle del párrafo 77, en que traduce nihil (de *ne hīlom*) por «ni un hilo», que no es exacto, y se presta a un sentido impropio, si no se explica su significado, como ya lo hace en la página siguiente, 116.

También sería de desear mayor separación en apartados de menos extensión por medio de punto y aparte, de algunos párrafos excesivamente largos y amazacotados, que fatigan la vista y la comprensión; no hubiera perdido por ello nada la unidad de pensamiento que la diferenciación tipográfica de numeración y temática de epígrafes mantiene bien marcada. Hay demasiadas erratas para una obra científica de tanto detalle y no extensa en páginas.

Las notas en cambio al pie de página, son moderadamente discretas y muy oportunas. Las muestras de textos añadidas al final sirven para dar una idea del estilo de las fuentes que se han escogido y empleado. Y los índices de léxico y conceptos con el Índice General tan sistemático y pormenorizado, resultan interesantes y útiles.

El traductor del libro de Hofmann ha hecho con su trabajo una labor meritoria y eficaz para los filólogos clásicos de habla española y en una zona del latín no muy cultivada y todavía en desarrollo.

Julio Campos, Sch. P.

MARGHERITA MORREALE, *Versiones españolas de «anima» y «animus»*, Universidad de Granada, Secretariado de Publicaciones, 1957, pp. 76 en 167.

Es una aportación breve, pero valiosa, al estudio de la evolución semántica de estas palabras y su aplicación en español. Arranca la investigación de un análisis somero del sentido y uso que *animus* y *anima* tuvieron en latín clásico y patristico, para extenderse luego en el estudio de la adopción,

adaptación y sustitución de dichas palabras por los buenos escritores españoles, tales como Berceo, el Arcipreste de Hita, Juan Lucena, Juan de Mena, Alfonso y Juan Valdés, Castiglione en *El Cortesano*, y, entre los modernos, Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida*. Para un estudio completo habría que acudir a la fonética, a la historia, a la filosofía, a la estilística, no menos que a la semántica. El enfoque peculiar de cada una de estas disciplinas, concentrado en las palabras en cuestión, nos daría un conocimiento a fondo de la riqueza de su contenido y de la multiplicidad de sus usos y acepciones. La autora no ha pretendido tanto. Modestamente se ha limitado al deseo de mostrarnos «la vereda que corre entre los textos y permite mirar simultáneamente hacia el campo latino y vernáculo». A lo largo de la exposición se ve cómo al lado de *alma*, que prevalece sobre *ánimo*, vienen a asociarse otras palabras de etimología diversa, como *corazón*, *voluntad*, *talante*, *seso*, *conciencia*, *espíritu* y alguna que otra menos frecuente. Las notas marginales, que acompañan a la exposición, son en general de bastante interés. Es notoria la falta del *Thesaurus Linguae Latinae* y del *Du Cange*. El diccionario cristiano de *Blaise* y el etimológico de *Corominas*, apenas si han sido utilizados. La bibliografía del final de la obra es selecta e instructiva; con todo se notan también en ella algunas deficiencias, como la falta del artículo de J. L. García Rúa («*Emérta*», 24, 1956, 154-158), sobre «La antinomia *animus / anima*».

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

OLOF GIGON, *Kommentar zum zweiten Buch von Xenophons Memorabilien*. Basel 1926. Schweizerische Beiträge zur Altertumswissenschaft. pp. 208. 24 x 16. cm.

El libro de Gigon, como continuación de otro anterior comentario al libro I de la obra mentada de Jenofonte, entra en seguida en materia desde el capítulo I. Con todo, dedica las dos primeras páginas de éste a exponer su juicio sobre el libro I de la obra, destacando tres resultados esenciales, muy bien puntualizados, y disintiendo en el primero, de Wilamowitz y Maier. En el mismo capítulo, páginas 3-11, nos da su punto de vista sobre la estructura y caracteres generales de los libros II, III, IV.

Luego ya desde la página 11 sigue comentando capítulo por capítulo y párrafo por párrafo, lenta y hondamente el aspecto histórico, literario y filosófico del texto de Jenofonte. El comentario es concienzudo y como de quien conoce en toda su amplitud y derivaciones la doctrina socrática contenida en la obra.

Mucho y bueno podría decirse de sus valores, si entráramos en detalles. Solamente queremos subrayar con especial interés, porque lo merece, el paralelo que establece entre los párrafos 33-39 del capítulo VI de las «*Memorables*», donde se habla del fundamento de la amistad, la verdad, y el diálogo de Platón, *Lisis*. En las páginas 160-172 va señalando las diferencias

entre ambos, y condensa en cinco tesis la doctrina filosófica de Platón sobre la amistad, recalcando al final, que Jenofonte sigue una dirección opuesta en el desarrollo de estas ideas, si bien ambos con precedentes en los elefáticos tardíos y en los socráticos más antiguos.

En cambio los capítulos 7 al 10 los interpreta y comenta con más rapidez, como lo anuncia previamente.

Un índice de los *loci* del Comentario correspondiente al libro I y II cierra felizmente la obra.

Podemos observar que hay páginas excesivamente densas y apretadas, que se hacen pesadas y fatigan al lector; con una distribución de mayor número de apartados se aliviaría la lectura de tan importante obra.

No puede menos de decirse que el libro es de gran mérito, y de consulta necesaria para el comentarista y especialista de Jenofonte, que quiera conocer seriamente la filosofía socrática, porque verdaderamente hace pensar.

J. Campos, Sch. P.

IV.—HISTORIA Y LITERATURA

JEAN BABELON, *Impératrices Syriennes*. Editions Albin Michel. Paris, 1957. 299 págs. 21 x 13'50 cm.

El autor ofrece al público en este libro una buena pintura de la época comprendida entre Septimio Serevo y Alejandro Severo, para la cual ha tomado como principales protagonistas de este período a las cuatro emperatrices sirias, Julia Domna, Julia Moesa, Julia Soaemias y Julia Mamaea, que desempeñan un papel capital en la Historia política de los emperadores Septimio Severo, Caracalla, Heliogábalo y Alejandro Severo. El libro no es una alta monografía de consulta, sino un cuadro de la época, para el gran público, que interesa incluso al especialista, por la fluidez de la narración, el encanto de las descripciones y la perfección en mantener el interés histórico. El autor ha prescindido de todo problema crítico que entorpezca la marcha del relato, lo mismo que de alusiones a los estudios modernos sobre el tema. El libro de Babelón produce la sensación de ser el producto de una detenida lectura de las fuentes, en cambio la bibliografía moderna se recoge todo en las últimas páginas. Tal vez hubiera convenido preceder este libro de un breve análisis del valor de las fuentes de las que se extraen los datos. Una gran originalidad del libro, muy importante y digna, es el utilizar el autor como fuente histórica de primer orden la Numismática, cuyos datos de toda clase, políticos, religiosos, iconográficos, etc. Babelón continuamente maneja con gran pericia y maestría. Queda bien resaltado el papel que desempeñan cada una de las cuatro emperatrices, en la marcha de los asuntos políticos, de modo que ellas apare-

cen como los verdaderos pilares de sostén de la dinastía de los Severos. Babelón presta atención especial a Julia Domna, pues ella es la clave para comprender a las restantes emperatrices sirias, y porque ella lanza a la dinastía por el camino que iba a seguir.

La emperatriz presentada con rasgos más atractivos es Julia Mamaea. Sobre las relaciones de Julia Domna y Julia Mamaea con los cristianos, el autor se muestra muy cauto; parece que hay que rechazarlas, aunque las emperatrices por su monoteísmo probablemente se sintiesen más próximas a las religiones monoteístas, como la cristiana, nacida a pocos kilómetros de su cuna, que a la religión del Imperio. Las alabanzas de autores cristianos a la última emperatriz se explican perfectamente por el carácter de ésta.

El libro de Babelón cumple perfectamente el fin que se propuso su autor al escribirlo, y dentro de su género es un ejemplo a imitar.

J. M. Blázquez.

G. OSCAR ONORATO, *Iscrizioni Pompeiane: La vida publica*. Edizioni Fussi, Casa editrice Sansoni, Firenze, 1957, pp. 218 (con 8 fotocopias fuera de texto).

El Autor ha reunido en este libro una colección de 147 inscripciones pompeyanas, de ellas 133 en latín, 13 en osco y sólo una en griego. Van todas ellas dispuestas en páginas paralelas con su correspondiente traducción italiana (pp. 25-107) y seguidas de un breve comentario (pp. 109-192) de interés sobre todo histórico.

Esta colección está llamada a desempeñar un papel de gran utilidad entre alumnos de diversas disciplinas, como son epigrafía, historia, filología, y arqueología de la época imperial. En estas inscripciones está petrificada la voz de la antigua Pompeya. Ellas nos ponen en contacto directo con esa ciudad calcinada por la lava del Vesubio el año 79. A la distancia de veinte siglos, Pompèya, vive aún y hasta nos habla con la voz majestuosa de sus piedras. *Saxa loquuntur*. En estas inscripciones late, milagrosamente viva, la cultura y modo de ser de aquella célebre ciudad, ahora brota de entre sus cenizas y se nos revela con el realismo de sus instituciones, de sus monumentos, de toda su vida pública, a través de la palabra viva esculpida en sus paredes. Merced a sus inscripciones, nos es dado, a tantos años de distancia, entablar un coloquio vivo, cordial, cálido con los hombres que la poblaron, magistrados, sacerdotes, soldados, simples ciudadanos, que perviven aún, con su psicología, sus ideales, sus vicios y sus virtudes, retratados en el espejo fidelísimo de los textos epigráficos.

El contenido de las inscripciones de Pompeya es, pues, de gran transcendencia. A exponer este punto dedica el autor unas breves páginas introductorias (pp. 11-20). Después viene una somera nota bibliográfica con algunas advertencias y luego, en páginas paralelas, las inscripciones con

su traducción italiana, distribuidas en estos siete apartados: I. La ciudad, los magistrados, los ciudadanos. II. Edificios públicos y de culto. III. Calles y obras de diversa índole. IV. Actos sagrados y sacerdotes. V. Elogios, inscripciones votivas y dedicaciones imperiales. VI. Juegos y espectáculos públicos. VII Elecciones.

Este último capítulo reviste singular interés. Se llega a sentir la emoción de aquellas campañas electorales, en parte semejantes a las que hoy día apasionan en los diversos pueblos. Esto ha dado pie a una variada bibliografía sobre este curioso tema. El libro de Willems, que cita el autor, *Les élections municipales à Pompéi*, conserva aún, después de tantos años (salió en 1887) su bien conquistado prestigio. Echo en cambio de menos la obra del finlandés Veikko Väänänen, *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes* (Helsinki, 1937), que no veo citada ni en la nota bibliográfica ni en los comentarios. Acaso esta omisión obedezca al criterio eminentemente histórico que ha predominado en las notas; lo cual, á mi modo de ver, no deja de ser un defecto, porque, sin extender mucho más la obra, se le podía haber dado también un carácter filológico y lingüístico, con lo que hubiera aumentado no poco el valor cultural y didáctico de la misma.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

FRANCO SARTORI, *La crisis del 411 a. C. nell'Athenaion Politeia di Aristotele*, Padova, Cedam, 1951. Pubblicazioni della Facoltà di Lettere e Filosofia. Vol. XXVI. pp. 139. 25 x 18 cm.

El estudio particularizado de las fuentes de la historia de Grecia, sobre todo en el siglo v, es tema que merece interesada atención, porque faltan por aclarar y precisar puntos oscuros.

El Dr. Sartori dedica en este libro un amplio examen a la crisis constitucional ateniense del 411 a. C.

En una breve Introducción donde plantea el problema de la revolución de los «Cuatrocientos» de Atenas en dicho año, señala las fuentes principales del tema, que son el libro VIII de Tucídides y la Constitución de Atenas de Aristóteles, aparte de alguna otra de menos valor, como el discurso del Pseudo Lisias, y sus muchas discordancias, mostrando, además, la calidad histórica de aquellas dos. Después, en la primera parte, examina y estudia con agudeza el contenido del capítulo 29 de la *'Αθηναίων πολιτεία*, parangonando sus informaciones con las otras fuentes en sus puntos discordantes. Concluye aquí el autor, que de la confrontación con Tucídides se infiere, que el capítulo en cuestión de Aristóteles responde a hechos reales y documentos, es decir, que es aceptable su autenticidad histórica (p. 85).

En la segunda parte continúa Sartori su estudio con los capítulos 31 y 30 de la misma Constitución ateniense, que contienen los estatutos oligárquicos del año 411. El capítulo 30, que trae el Estatuto *εἰς τὸν μέλλοντα*

χρόνον, ofrece, más dificultad, y por lo mismo lo trata con una crítica más fina y con reserva más prudente que los anteriores.

Por conclusión total de todo el libro afirma Sartori que así como en la primera parte se dedujo que el capítulo 29 era auténtico y de valor histórico, en la segunda no duda en sostener que el resultado de la investigación crítico-histórica conduce igualmente a creer que los capítulos 30 y 31 son documentos aceptables como fuentes de la crisis institucional del año 411 a. C., en el Estado Ateniense. Tanto éstos como el anterior pueden conciliarse en muchas de sus discordancias con Tucídides, y sobre todo están ambos autores de acuerdo pleno en el reconocimiento elogioso del gobierno sabio y prudente de Terámenes.

El trabajo del Dr. Sartori resulta una buena monografía de crítica histórica basada en el examen directo y comparativo de las publicaciones del mismo género, salidas de la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Padua.

J. Campos, Sch. P.

GERHARD ROHLFS. *Manual de Filología Hispánica* (Guía bibliográfica, crítica y metodológica).—Trad. castellana del manuscrito alemán, por Carlos Patiño Rosselli. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Vol. XII. Bogotá, 1957, pp. 377.

Este volumen es una continuación de los tomos de la *Romanische Philologie*, publicados por G. Rohlfs, en la editorial Carl Winter (Heidelberg, 1950 y 1952). El primero contiene las filologías francesa y provenzal, con inclusión de la literatura. El segundo trata de igual manera la filología italiana.

En este manual de Filología Hispánica no se incluye la literatura. Tampoco ha pretendido el autor hacer una recapitulación exhaustiva de toda la bibliografía sobre el tema. Pero en su labor de selección ha logrado recoger lo más sobresaliente y más necesario.

El libro, destinado principalmente a estudiantes de Filología, cumple pues, con altura su cometido, y hemos de agradecer a G. Rohlfs el que haya venido a llenar una laguna de nuestras guías bibliográficas.

En la primera parte (Filología Iberrománica-Apartado A) se da cuenta sucinta de las bibliotecas e instituciones cuyos fondos son importantes en relación con los estudios de Filología Románica.

Sigue un capítulo dedicado a la Prehistoria de la Península Ibérica, y a la latinidad hispánica. El tercer capítulo se consagra al estudio de los instrumentos generales de investigación lingüística y filológica (La bibliografía se refiere solamente al área románica, y las obras citadas son de desigual valor).

Comienza la segunda parte con la Filología propiamente Española: un primer capítulo en que se citan las obras de tipo general; y varios en los que se dedica atención a la bibliografía sobre los siguientes puntos:

Historia de la Filología Española (Desde Nebrija y su Gramática, hasta 1890, y desde esta fecha —Cuervo, Lenz, Hanssen, M. Pelayo, M. Pidal y su escuela— hasta nuestros días). Se alude también a las escuelas de hispanistas en los Estados Unidos, Francia y Alemania. Se cierra con algunas obras de los hispanoamericanos.

Obras generales sobre España (bibliografía de ensayo sobre la interpretación de España. La crítica de esta bibliografía es siempre acertada y sugeridora).

El Vasconce: origen y rasgos esenciales. Bibliografía general.

Reliquias lingüísticas prerromanas (con una atención especial a la teoría tan atrayente de los sustratos. Podrían citarse las obras de los autores mencionados).

Tres apartados sobre Invasiones germánicas, Elemento Árabe (se recoge la bibliografía extensamente), Diccionarios bilingües y los más importantes de lengua castellana.

Desde la p. 123 a 209 se citan sistemáticamente las obras concernientes a la Historia de la Lengua, a la Gramática (Fonética en sus varios aspectos, Morfología y Sintaxis), a la Dialectología —casi en su totalidad—, al Gallego, al Judeo Español, Geografía lingüística, Lengua de Hispanoamericana —con especial consideración de sus aspectos peculiares frente al castellano—, Toponimia y Onomástica, Habla Popular y Argot, Folklore y Etnografía.

La sola enumeración de estos capítulos basta para justificar el que se haya prescindido de obras secundarias.

Finaliza la parte dedicada al Español con dos apartados sobre Estilística y Métrica (págs. 209 a 227).

Los dos últimos capítulos, bastante extensos, recogen la bibliografía de la Filología Catalana y Portuguesa, en una distribución sistemática similar a la seguida para el Español. (págs. 229-274, y 275-347).

Se cierra el libro con cuatro índices: de autores, materias, palabras y onomástica.

En su conjunto el libro de G. Rohlfs constituye un precioso instrumento de trabajo, sobre todo para el estudiante y para el que comience a profundizar alguno de los múltiples aspectos de los estudios filológicos. Por eso hemos de perdonar al autor alguna omisión, sin mayor transcendencia.

Admitimos también los intentos de caracterización de los distintos fenómenos intentada por el autor. Un solo reparo, su brevedad.

También en algún caso podríamos discutir la valoración crítica que hace de las obras citadas.

Edición muy esmerada y de excelente presentación.

Para G. Rohlfs nuestra admiración y gratitud por su devoción hacia la Filología Hispánica, de la cual es prueba evidente, entre otras muchas, este manual que supone un gran esfuerzo. No siempre es fácil ni grata la tarea de recopilar bibliografía, ordenarla sistemáticamente, y emitir, además, juicios de valor.

A. Raimundo Fernández.

SUAREZ MARCO FIDEL, *Estudios Gramaticales*. 293 págs. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, 1957.

Este libro del célebre gramático y prosista colombiano don Marco Fidel Suárez, tiene un origen que en su país pervive rodeado como de un nimbo de leyenda. Suárez nació, de madre lavandera, en un ranchito de las montañas antioqueñas, y pasó la niñez y la juventud hostigado por la pobreza. Empezó estudios de seminarista en Medellín; pero hubo de truncarlos, y en 1.880 subió a Bogotá a proseguir su formación cultural. En 1881, cuando él cumplía 25 años de edad, la Academia Colombiana de la lengua, en sesión solemnisima, premió su *Ensayo* sobre la gramática de Bello, recibéndolo como socio. De este momento en adelante empezó la carrera pública del señor Suarez que vino a culminar en la presidencia de la república. El ensayo crítico premiado en 1881 sirvió de base a estos *Estudios Gramaticales*, que por expresa recomendación de Menéndez Pelayo fueron publicados en Madrid (Imprenta de Pérez Dubrull, 1885), en la colección de clásicos castellanos.

En esta obra, según advierte en la presentación el humanista don Miguel Antonio Caro, el filólogo colombiano expone las principales teorías gramaticales de Bello, indica sus orígenes y fundamentos, cotéjalas con los principios sentados por otros gramáticos, antiguos y modernos, los confronta con las prácticas de los buenos escritores de la lengua y hasta desaprueba y rectifica en algunos puntos las doctrinas de Bello examinadas con criterio recto y no escaso acopio de curiosos datos lingüísticos. También don Rufino Cuervo compuso unas *Notas a la Gramática de Bello* que se han hecho complemento insustituible de la misma y que Cejador elogiaba con admiración por la agudeza y penetración de tal análisis lingüístico y filológico. Suárez tejió más bien una exégesis de la Gramática de Bello y ostentó en su libro esa prosa suya tan castiza, tan fluyente y natural. Posteriormente, la política en que intervino como agente principal hasta su muerte acaecida en Bogotá el 3 de abril de 1927, lo apartó dolorosamente de sus aficiones gramaticales y le impidió componer los libros que se esperaban de su capacidad indiscutible para tales investigaciones; pero su copioso rimerero de observaciones y atisbos gramaticales fué pasando, a modo de salpicaduras y digresiones, a sus diálogos tan celebrados que publicó en la prensa bogotana con el nombre de *Sueños de Luciano Pulgar*. Hace unos años, el ensayista y académico colombiano Eduardo Caballero Calderón recogió todo ese material disperso y lo vertebró en un libro reducido a sistema. Las teorías y la mentalidad del Señor Suárez como gramático se reflejan igualmente en su mordaz y quisquilloso *Análisis gramatical* de la novela *Pax*, que permite acercarlo a Baralt, Juan Mir o Antonio de Valbuena y en algunos de sus deliciosos discursos académicos como el titulado *El castellano en mi tierra*, y el que dedicó al *Quijote*.

Carlos E. Mesa, C. M. F.

V.—OBRAS ESCOLARES

EURIPIDE. *Ecuba*. A cura di Antonio Garzya.—«Traditio». Nuova Collezione di Classici Greci e Latini, con note. Serie Greca, Vol. V. Roma-Napoli, 1955, 137 págs. Societa Editrice «Dante Alighieri».

Una nueva colección escolar italiana, que viene a unirse a las muchas y excelentes existentes ya en este país. Dirigida ésta por los conocidos profesores Cantarella y Riposati, que han encargado a A. Garzya —que nos ha dado, entre otros trabajos, una edición de los fragmentos de Alcmán— el volumen dedicado a la Hécuba de Eurípides.

En una breve Introducción se trata de la vida del trágico ateniense —con el texto y la traducción de la Vita— en el texto de Meridier. Sigue un argumento de la tragedia y un breve estudio del arte de la Hécuba, lo que le permite, además, trazar un esbozo de la evolución de la técnica dramática en Eurípides. Es interesante su comparación con la *Andrómaca*, sobre todo su tesis de que es común a ambas tragedias el cambio psicológico de la protagonista, aunque es preciso señalar que en la *Andrómaca* la verdadera protagonista no es Hermione, sino la figura que da el título a la obra. Precisamente lo que emparenta a las dos tragedias no es, a juicio nuestro —(cfr., nuestro trabajo «*Studia Euripidea, III*», *Helmántica*, 1958, p. 127 s.)— el interés por estudiar la evolución de los personajes femeninos, sino la situación en que se hallan las dos protagonistas, acosadas por la crueldad del destino. En Hécuba, la muerte de sus hijos; en *Andrómaca*, el peligro de que los pierda. En cambio, estamos plenamente de acuerdo con Garzya cuando enjuicia el sentido íntimo de la tragedia como la reacción brutal de la madre contra Polimestor, el antiguo aliado. Finalmente, da un cuadro de la lengua de la tragedia, y una noticia sobre los manuscritos y las ediciones de Eurípides.

El texto es el de G. Murray, aunque Garzya se aparta de él en algunos puntos señalados en un apéndice final: así, frente a la excesiva afición a señalar con cruces algunos pasajes, Garzya las quita en 163, 355, 540, 655, 807, 1174. Otras veces sigue la lectura de los códices rechazando las conjeturas modernas: así en 224, 300, 367, 705, 729, 901, 1069; sólo en dos pasajes —1059 y 1151— acepta una conjetura moderna frente a la lectura de los códices. Finalmente aporta dos conjeturas propias: en 398 y 482.

Las notas forman dos comentarios distintos: uno que da orientaciones de tipo gramatical; otro, a dos columnas, con observaciones de tipo literario, estilístico, mitológico y textual. De este modo se soluciona muy bien un problema difícil, que es el de separar las diversas aclaraciones y comentarios.

Sin ánimo de quitar valor a las siempre interesantes observaciones de Garzya, nos permitimos algunas sugerencias que la lectura del libro nos ha despertado:

p. 37, nota a, v. 1-2: Con razón Garzya señala con interrogación la

etimología de ἄδης. De hecho con tal étimo no se explica el espíritu áspero, como vió ya Wackernagel, al señalar (cf. Brugmann-Thumb, Gr. Grammatik, p. 58), como etimología *saiwod*. Cf. Nilsson, Geschichte der gr. Rel. 1, 427.

v. 5-6: «δορί fors'anche epico». No está atestiguado en Homero, pero sí en Arquíloco: ἐν δορί fr. 2 A.

v. 21: Garzya quiere sacar conclusiones estilísticas de la alternancia de aoristos y presentes históricos. Creo que no hay tal: el tipo de presente histórico que aquí tenemos es precisamente el conocido por «*inexpresivo*» (cf. Schwyzer, Gr. Gr. II, 272), lo mismo que en v. 10, donde G. tampoco señala este valor.

v. 24: ἐχ como agente de la pasiva no es exclusivamente trágico, pues aparece en Jenofonte (Anábasis, I, 1, 6) y Platón (Fedro, 244 d).

v. 27: la complicada y larga explicación de Garzya a este pasaje para hacer comprender por qué no tenemos aquí optativo oblicuo es innecesaria, pues el optativo oblicuo es facultativo en griego.

En los versos 30 y 41 debería ponerse de relieve el uso homérico de φίλη.

v. 239: Garzya pone de relieve, con razón, la innovación que introduce Eurípides en la leyenda, al hacer que sea también Hécuba quien, junto con Helena, reconozca a Ulises en ocasión de su ida a Troya. Lo que en todo caso es necesario poner de manifiesto es la frecuencia de este procedimiento en Eurípides (cf. nuestra comu. al I Congreso español de Estudios clásicos, Actas, 1958, p. 451 ss.).

v. 265: la explicación del pasaje es muy complicada. Más sencillo es señalar que se trata de la unión de un aoristo con un presente histórico tabular, con un ὅσπερον πρότερον.

v. 799 ss.: sobre este interesante pasaje, cf. la discusión entre Chapouthier y Chantraine en «La Notion du Divin», Ginebra, 1954, p. 234 s.

v. 1259: Garzya señala con razón el carácter etimológico de la leyenda que forma la base de la Hécuba. Señalamos que aquí hallamos otro de los muchos aspectos en que Eurípides es un precursor de la poesía helenística.

Cierra el libro un apéndice en que se da un análisis métrico de la tragedia.

Una edición, en suma, recomendable a todo amante de Eurípides.

José Alsina Clota.

M. TULLII CICERONIS, *De Re Publica (Teoría del Estado)*. Introducción y comentario de Félix Sánchez Vallejo, S. J., del Pontificio Seminario Menor de Comillas. Editorial «Sal Terrae», Santander, 1958, XX-156 páginas en 8.º.

El P. Sánchez Vallejo, laureado escritor de prosa latina en los Certámenes Internacionales Vaticano y Capitolino, acaba de prestar un valioso servicio a profesores y alumnos del Preuniversitario español con la publicación

de este tratado de Cicerón, impuesto como materia obligatoria a los alumnos de dicho curso. Buena manera de fomentar en España la publicación de nuevos textos clásicos variando cada año, como lo viene haciendo la Dirección General de Enseñanza Media, los autores y los tratados. De seguir por este camino unos cuantos años más se enriquecerá entre nosotros el repertorio de autores griegos y latinos. Si esto se logra, aunque, como sucede con demasiada frecuencia, el actual Plan de Estudios se viera obligado a un prematuro retiro, las letras y la cultura española habrían alcanzado una no pequeña ventaja.

La introducción del P. Vallejo está a tono con los motivos que determinan la edición y los alumnos a quienes va destinada. Ante todo justifica la oportunidad de este tratado por razón del bimilenario de Cicerón, y, más aún, por la misma naturaleza de la obra, muy a propósito «para despertar en los alumnos el interés abstracto por los grandes problemas de la política en su esfera puramente teórica, que es donde sin ningún riesgo se puede navegar en período de formación...», facilitándoles «un bagaje consciente de ideas modernas en las que tengan cabida las experiencias antiguas»... «sus lecciones, precisamente por estar basadas en una experiencia lejana, nos pueden llegar libres de las estridencias con que sintonizamos siempre las ondas de la polémica en que estamos envueltos» (p. VIII). Justifica también la oportunidad de la designación por el contenido del *De Re Publica*. «Hay, sin embargo, —dice— un contenido excelente en este tratado en que se mezcla auténtica filosofía con juvenil inquietud vital: hay entusiasmo ardiente y contagioso por el trabajo en pro de los demás, y una discusión serena y objetiva sobre las diversas formas de gobierno: una exposición de lo que es el fundamento de la vida política, y un recuerdo de virtudes de que debe estar adornado el hombre que a estas tareas se entrega» (p. IX).

Pasa luego el autor a exponer la fecha de composición de esta obra, sus reminiscencias o fuentes, su forma literaria, sus personajes, circunstancias de tiempo y lugar del diálogo, pervivencia y vicisitudes del mismo hasta el desciframiento y reproducción del palimpsesto vaticano por Angelo Mai. Por fin, brevemente indica las normas que ha seguido en su edición comentada del *De Re Publica*.

Creo sinceramente que el P. Sánchez Vallejo merece la gratitud de cuantos vivimos dedicados al cultivo de las humanidades clásicas por habernos facilitado este tratado importante de Cicerón para nuestras tareas escolares y más aún, por la maestría con que ha sabido hacerlo. Es un acierto indiscutible la presentación del texto y de las notas, no limándose a la parte fragmentaria que pide el Cuestionario Oficial, sino dándonos toda la obra conservada, tal como la trae Castiglioni en su edición crítica del *Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum*. Cabe preguntar por qué no ha recurrido a la más autorizada de Ziegler, reeditada por cuarta vez este mismo año, ¿pero es que puede uno tan fácilmente hacerse con un texto de la edición Teuberiana de Leipzig? La distinción de letras con cuerpos

y tipos distintos está muy puesta en razón, y es de gran interés pedagógico. Mayor importancia tienen aún los resúmenes o síntesis, *por bloque de ideas*, que va escalonando el comentarista a lo largo de toda la obra. Con ellos se dispone favorablemente el ánimo del alumno a una más rápida y segura inteligencia del texto, que en muchas ocasiones requiere una fijeza de atención más que ordinaria.

Un tanto atrevida y rotunda me parece la frase de que Cicerón no es filosóficamente original (p. XIV) y más aún la apreciación de que Cicerón se consideraba nacido primordialmente para la política y no para la filosofía, «*que expresamente abrazó como elemento de formación para su carrera oratoria*» (IX). Vea el autor si con estas afirmaciones pueden sostenerse lo que el propio Cicerón dice en muchos pasajes de sus obras, por ej., *De nat. deor.* 13, 6; *ad fam.* 4, 4, 4; *Tusc.* 1, 3, 6; 5, 2, 5; *De off.* 2, 1, 4; y sobre todo, *ad fam.* 15 4, 16; *Brutus* 91, 315; y más aún el hecho histórico de que sus tratados filosóficos fueron escritos en los últimos años de su vida. Piense en lo que Cicerón podía haber producido y en el valor de estas producciones, a juzgar por las últimas que de él conservamos, si la mano asesina no llega a cortarles antes de tiempo el hilo de su existencia. Realmente está muy generalizada la idea de un Cicerón sin ribetes filosóficos, un puro copista de los griegos; pero conforme uno se va familiarizando con la producción filosófica de Cicerón, no escasa por cierto, a pesar de haberse dado a este género de obras en su edad avanzada, vienen las dudas y comienza a pensarse que las frecuentes declaraciones de Cicerón respecto de sus aficiones y aptitudes filosóficas y hasta de sus logros en este terreno no son vana palabrería, ni puro efecto de una romanidad desorbitada. Orientador sobre este particular puede ser el artículo de A. Bacci en el último número de «*Latinitas*», 6 (1958) 163-176: *De philosophandi genere M. T. Ciceronis*.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

M. TULLI CICERONIS, *Pro Archia oratio*. Edición escolar anotada por el R. P. José Jiménez Delgado, C. M. F., segunda edición. *Textos «Palaestra»*, Barcelona, 1958; pp. 52. 16 x 11 cm.

Este breve opúsculo es una sencilla edición escolar del conocido discurso de Cicerón, que trae una sucinta Introducción con algunas escuetas ideas sobre su valor literario, y una simple indicación del momento histórico del discurso.

Las notas que le adornan al pie de la página, están ajustadas al tipo escolar del libro, y entre aclaraciones históricas, las hay que son meros escolios de giros del texto, oportunos y claros.

Siguen al final un vocabulario latino-español, un índice alfabético de materias, que, creemos, estaría mejor titulado, «Índice alfabético de ideas», porque hay otro de materias, y un Índice onomástico.

Son pedagógicas las acotaciones sumarias y los epígrafes al frente de cada apartado. En cuanto al vocabulario, somos de opinión, que no debería ponerse, porque alumnos que traducen este discurso, han de estar dispuestos a manejar el diccionario y seleccionar los significados. El librito resulta útil para bachilleres de Grado superior o Escuelas Apostólicas.

J. Campos, Sch. P.

EDMOND LIENARD, *C. Julius Caesar, Fortissimi sunt Belgae. La Campagne de Belgique*, 4.^{ta} éd. Office de publicité, S. A. Editeurs, Bruxelles, 1957 Collections Lebègue & Nationale. N.º 2. L; pp. 104; 18 x 13'5 cms.

Se trata de una edición escolar de los capítulos de la Guerra de las Galias de Julio César en que se habla de los belgas. Los lugares seleccionados son los siguientes: 1, 1; 2, 1-4; 2, 2-15; 2, 16-28; 2, 29-33; 2, 34-35; 5, 24-37.

El título de la obra está tomado del mismo César, *B. G.* 1, 1, 3: *horum omnium fortissimi sunt Belgae*. El texto aparece enriquecido de cuando en cuando con ilustraciones y mapas alusivos que dan facilidad de inteligencia al concepto y a las cosas. Abundantes notas marginales ayudan al lector a fijar la atención sobre las construcciones latinas, y explican hechos históricos relacionados con lo que se lee (pp. 27-92).

La novedad de la edición está en los estudios que preceden y siguen al texto: La *Introduction*, donde se estudia la vida de César, su obra, los *Comentarii de Bello Gallico*, la situación de la Galia, fines de la conquista de la Galia, el ejército de César, la campaña del 58, la campaña de Bélgica contada por Plutarco (*Caes.* 20) (pp. 5-15). *Notas gramaticales* en que estudia brevemente los puntos más notables de la sintaxis latina (pp. 16-20). *Notas sobre el ejército* en que expone breve y escolarmente los términos militares más usados por César (pp. 21-26). Y, finalmente, un *Índice de nombres propios* (pp. 93-102), que recoge y comenta toda la onomástica que César emplea en estos fragmentos.

En pocas palabras, Liénard ha compuesto un bello libro, de grande utilidad para los alumnos de las clases de enseñanza media, lleno de simpatía para el primer historiador de los pueblos galos.

José Guillén.

VIRGILE, *Le Chant VI de l'Énéide*, commenté par Marcel Delaunois, Maison d'éditions Ad. Wesmael-Charlier, S. A., Namur, 1958, 170 pp. en 12^o.

Ninguna obra de la antigüedad mejor que este Canto de Virgilio responde a las inquietudes de las hora presente, inquietudes que si bien pertenecen a la entraña misma de la humanidad, se avivan y agudizan en determinadas contingencias históricas. Virgilio trata en este Canto VI, con

maestría insuperable, el tema del Dolor, de la Muerte, del Destino, de la Religión, del Arte, de la Aspiración innata a la felicidad y a lo supra-sensible, del afán de la Gloria terrena, del Patriotismo. Sus páginas están cargadas de una espiritualidad atrayente y sublimadas por una riqueza de ideas y de recursos estéticos que son el encanto de los espíritus elevados. Que no abran este libro los que se sienten atraídos por una concepción materialista de la vida. Para ellos no ha escrito Virgilio el sexto libro de la Eneida.

Esto quiere decir que este libro de Virgilio es uno de los más pedagógicos y formativos, sobre todo cuando un buen maestro ayuda al alumno a sacar de él todo jugo sabrosísimo que encierra. Y eso es lo que hace el Dr. Delaunois con su bien logrado comentario literario y estético, desarrollado con una sobriedad y finura dignas de todo elogio. Un mérito especial del comentarista es la modernidad de sus aplicaciones, con frecuentes y atinadas alusiones a la literatura de nuestro siglo. Es esta una provechosa lección del influjo perenne de los autores clásicos. A esto se añaden unos guiones ideológicos sobre temas a desarrollar por los alumnos a lo largo de toda la lectura de este Canto.

Por fin un índice histórico y mitológico de los nombres de esta parte de la Eneida suministra lo que pedagógicamente se llama «realia» de la obra que se estudia.

A nuestros Profesores de Seminarios e Institutos puede serles de gran utilidad el manejo de este y otros libros comentados por el Dr. Delaunois.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

HORACIO, *Sátiras Selectas, Libro I, Sátiras 1.^a y 3.^a*. Versión castellana y comentarios por el P. *Augurio Salgado, S. J.*, Prof. de Humanidades en la Universidad Pontificia de Comillas, Santander, pp. 56, en 4.^o.

Con este cuaderno quiere su autor darnos un anticipo de lo que ha de ser su volumen completo de *Sátiras y Epístolas* de Horacio traducidas y comentadas para ayuda de los estudiantes de latín. Contiene el texto latino, seguido de una prelección introductoria a cada una de las sátiras, la traducción de las mismas y por fin los comentarios escolares, de carácter gramatical, estético e histórico. Esta distribución obedece a razones pedagógicas. Se trata de que el cuaderno pueda servir de libro de clase sin el peligro de esas miradas furtivas a las notas, con las que se alimenta la pereza estudiantil. Las notas deben utilizarse antes, al prepara la traducción. La idea, si bien parece pedagógicamente aceptable, tiene el inconveniente de lo engorroso que resulta el manejo de un cuaderno así dispuesto. Creemos mucho más práctico disponer las notas en cuaderno aparte, como lo vienen haciendo no pocas y acreditadas colecciones escolares. En cuanto a la introducción y guión ideológico, soy de parecer que debería figurar antes del texto, no detrás. De todas maneras, que siga adelante el autor

en la preparación de su obra completa. A juzgar por la prueba que nos da en este cuaderno, su labor se la agradecerán de consuno maestros y discípulos de latín.

J. Jiménez Delgado. C. M. F.

LORENZO D'AMORE — GUSTAVO DE ROSE, *Sine ira et studio*, Antología tacitiana per el Liceo classico e scientifica e per l'Istituto magistrale, Napoli, Casa Editrice Federico & Ardia, 1958. pp. 224. 20 x 13 cm.

No presenta pequeña dificultad en obras escolares mantenerse siempre dentro de los objetivos señalados, y por consiguiente, dentro de una extensión y densidad ponderadas, sin omitir por otra parte lo que contribuya y sea preciso para la recta comprensión en los alumnos.

Al tratarse de una antología de Tácito, aumentan las dificultades por razón de las exigencias de la apretada prosa tacitiana, y del mayor o menor acierto en la elección de los fragmentos más asequibles y oportunos.

Al reconocer o revisar el presente libro, consideramos que han logrado los autores tales aciertos. Se echa de ver esta ponderación y tino en la Introducción general, y en la que precede a cada biografía fragmentaria. La primera abarca en pocas páginas, veintidós, una discreta semblanza del historiador: como persona de la que se saben pocos detalles, como escritor generalmente *receptus* del *Dialogus de Oratoribus*; se describen igualmente sus *opera maiora*, y se habla del valor literario de éstas, y hasta se dan algunos rasgos característicos de su estilo lingüístico.

Aparte de las Introducciones señaladas, lo más valioso del libro son las amplias notas, como de edición comentada, *infra textum*, por sus ilustraciones históricas, gramaticales y estilísticas, suficientes, pero seriamente documentadas. Como libro escolar lleva oportunamente sumarios preparatorios y sinópticos antes de cada capítulo, que ayudan sobremanera y animan con eficacia la inteligencia del alumno.

Las ilustraciones gráficas estatuas, relieves de la época, y cuadros pictóricos, están muy bien seleccionados como complemento intuitivo de los textos históricos. La edición crítica seguida de H. Goelzer de «Les Belles Lettres», es de confianza para el texto.

El trabajo puesto en la preparación de la presente Antología está muy bien empleado, y se ve recompensando con el acierto pedagógico logrado ante las Letras Clásicas.

J. Campos, Sch. PP.

H. KRAHE, *Germanische Sprachwissenschaft: I Einleitung und Lautlehre; II Formenlehre*. Dritte, neu bearbeitete Auflage. Sammlung Göschen, Band 780, Walter de Gruyter, Berlin, 1956 y 1957, pp. 148+150, en 16^o.

La acreditada casa Walter de Gruyter ha reeditado ahora por tercera vez este manual de lingüística germánica, enriqueciendo con él su ya larga serie de manuales escolares. La firma de H. Krahe es más conocida entre nosotros por otro manual, similar al que hoy presentamos, y que anda traducido en la colección de «Manuales Emérita» de Madrid, el de Lingüística Indoeuropea. Este de *Lingüística Germánica* reviste fundamentalmente las mismas cualidades de seriedad, brevedad, y claridad en la exposición y va ilustrado con frecuentes paradigmas que facilitan la comprensión casi intuitiva de los temas lingüísticos. Esta tercera edición tiene la ventaja de estar más al día y más perfeccionada incluso en la elaboración interna, por haber sido sometida a una refundición a fondo. Es lástima que, por no rebasar el número de páginas asignado a cada tomo, no se haya presentado en un volumen toda la obra. Siempre es engorroso tener que manejar dos tomitos a la vez. Este defecto es común a otras obras de esta colección, por ejemplo, la *Historia de la Religión Romana*, de F. Altheim, la *Historia de Inglaterra* de H. Preller, y otras. Pero, en fin, a pesar de ello la colección se va difundiendo más y más, incluso por países de habla no germánica.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

H. BERGUIN, A. HANO, G. PETIOT, G. PLANCHE, *Grammaire Latine*, A. Hatier, 8 rue d'Assas, Paris (VI), 1957, pp. 256, 21 x 16.

He aquí una gramática latina trabajada en equipo, al estilo de la griega de Planque-Anème, etc., y destinada a servir de instrumento de trabajo y de rápida consulta en los cursos superiores de bachillerato. Está hecha con miras al manejo de los autores latinos y, con un sentido muy marcado de claridad y pragmatismo, presentada con la progresión metódica que pedagógicamente permite al orden analítico tradicional. Ya confiesan los autores en el prólogo que no han pretendido dar una gramática completa, ni erudita, ni revolucionaria, sino más bien clara y práctica. Para eso han separado sistemáticamente la Morfología de la Sintaxis. Han puesto cuidado especial en los esquemas y paradigmas, y en la exposición de la doctrina, distinguiendo con diferentes tipos de letras y hasta de tintas lo más llamativo de cada párrafo. A veces el demasiado afán de pormenorizar las cosas puede engendrar en los alumnos ideas poco exactas; pero, en general, tanto la doctrina, como la exposición de la misma y la presentación tipográfica de la obra son excelentes. Es una Gramática que acredita lo mismo a los autores que a la casa editora.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

VI.—VARIA

C. W. E. PECKETT — A. R. MUNDAY, *Principia* (A Beginners' Latin Course) — *Pseudolus Noster* (A Beginners' Latin Course: Part two). Printed and published by Wilding and Son Ltd., Castle Street, Shrewsbury, 1950, pp. 260-XVI+340-XXVIII.

Recomendamos vivamente estos dos libros de los Maestros de Arte Peckett y Munday. Son muy apropiados para avivar el interés de los niños de las primeras clases de latín. Están hechos con agudeza e ingenio y se revela en ellos un conocimiento profundo de la psicología infantil, no menos que de los secretos de la lengua latina. La parte pictórica está también realizada con un gran sentido del humor, que tanto distingue a los ingleses. Los ejercicios son abundantes y variados, y también sabiamente escalonados con un criterio metodológico a veces demasiado nimio. La clase ha de ser vida, y la vida es movimiento y espontaneidad. El proceso educativo parece a veces demasiado lento, al menos para el temperamento normal del alumno de nuestras latitudes. Pero no hay que olvidar que el libro está compuesto primordialmente de cara a los niños ingleses y norteamericanos, que comienzan el estudio del latín. Así y todo, vuelvo a repetir, el libro es muy recomendable como orientación y estímulo de los profesores de latín de países como el nuestro. Si de verdad se quiere dar interés a la enseñanza de esta temida disciplina y hasta iniciar a los muchachos en los secretos de la composición y conversación latina, estos dos manualitos pueden ser de interés y utilidad práctica.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

J. JANINI, *San Siricio y las Cuatro Témperas*. Una investigación sobre las fuentes de la espiritualidad seglar y del Sacramento Leoniano, Valencia, 1958, 130 pp.

Es el título de la lección inaugural del curso 1958-1959 en el Seminario Metropolitano de Valencia, por J. Janini, Prof. de Teología Moral. El autor, ya conocido por sus escritos sobre el ayuno, expone en la introducción unas bases para la Historia del mismo. El ayuno primero fué facultativo. No se puede acoplar a los primeros siglos el módulo medieval del precepto y modo de ayunar.

En la 1.ª parte de las tres en que divide su trabajo afirma que el papa S. Siricio, sucesor de S. Dámaso, fué el fundador de las Témperas romanas y de la Misa inaugural de los ayunos de Pentecostés, probándolo con datos históricos, criterios litúrgicos, crítica interna y externa.

En la 2.ª parte expone la oposición de S. Jerónimo a los ayunos de Témperas y los motivos de esta oposición.

En la 3.^a y última parte, señala los deseos de Roma. El influjo de la predicación de León para que se extendiese esta costumbre romana, la obra de sus sucesores especialmente de Gelasio que señaló la ordenación de los clérigos precisamente en las Témporas.

La resistencia de otras regiones a introducir esta costumbre romana termina por ceder. En España ocurrió ésto al sustituir el rito mozárabe por el romano.

Toda la exposición, llevada a cabo con rigor científico, abundancia de notas y bibliografía, acredita las dotes de su autor.

J. López Oreja.

Premier Congrès International pour le Latin Vivant (3-6 Septembre, 1956),
Edouard Aubanel, éditeur, Avignon, 176 pp., 27 x 21.

No hemos presentado aún a nuestros lectores este tomo de Actas del Congreso Internacional de Aviñón, que se publicó poco después de celebrado el Congreso. Lo hacemos ahora con motivo de una reedición de dichas Actas que nos acaba de llegar. No queremos insistir en lo que el congreso fué y significa para la causa del latín hablado. Ya salió en HELMANTICA a su tiempo una amplia crónica (7, 1956, 427-455), y en varias otras ocasiones hemos aludido al tema. Hoy nos interesa hacer resaltar que el *movimiento del latín vivo* sigue su marcha y que se espera celebrar el próximo año un Segundo Congreso Internacional. Exponente de la vitalidad de esta idea es la revista «Vita Latina», que surgió a raíz de la celebración del Congreso de Aviñón. Hace unos días hemos recibido su quinto número y en él se anuncia la creación de la *Asociación «Vita Latina»*, cuyos estatutos, aprobados por las autoridades competentes, se publican en las páginas 134 a 140 de dicho número de la revista. *El objetivo de la Asociación es esforzarse por el aprendizaje y el uso del latín*, para lo cual la Asociación, entre otras cosas, se compromete a la publicación de una revista titulada «Vita Latina», que sirva de lazo de unión entre sus miembros.

Cuantos se sientan entusiasmados por esta idea no duden en dirigirse al secretario de la Asociación, Mr. Theodore-Aubanel (7, Place Saint-Pierre, Avignon/Francia). El les suministrará material de información y algún número de la revista.

J. Jiménez Delgado, C. M. F.

LIBROS RECIBIDOS

J. ALSINA CLOTA, *Hesiodo, Profeta y Pensador*, en «Convivium», Barcelona, 2 (1956) 117-143.

Hesiodo —dice el articulista— no es, como se ha creído, el iniciador de la Filosofía Griega. El principal esfuerzo del poeta beocio se halla centrado en buscar la unidad del cosmos. Al mismo tiempo ha iniciado la reflexión sobre los problemas morales y ha profundizado en las relaciones entre poder y derecho. Por medio del mito, que es el tema central de su Teogonía, trata de establecer el principio filosófico que consiste en la sumisión a los decretos de Zeus, aceptando el trabajo y luchando contra la Discordia maligna en favor de la Rivalidad benéfica.

J. ALSINA CLOTA, *Nuevos métodos en el campo de la religión y la mitología griegas*, Madrid, «Emérita», 25 (1957) 279-309.

J. ALSINA CLOTA, *La «Helena» y la «Palinnodia» de Estesicoro*, Madrid, «Estudios Clásicos», 4 (1957-58) 157-175.

J. ALSINA CLOTA, L. RUBIO FERNANDEZ Y S. AGUD QUEROL, *La pedagogía de los estudios clásicos en la enseñanza universitaria*. Tirada aparte de «Actas del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos», Madrid (1956) 235-256.

Todos estos estudios recientes del joven y docto profesor de la Universidad de Barcelona, asiduo colaborador de nuestra revista, son un índice revelador a la vez de su dinamismo y de su competencia.

ANDRADE LLERAS, S. J. (Gustavo), *El conocimiento de la existencia actual según Etienne Gilson*. Tipografía Colón, Bogotá, 1955, 32 pp.

Este fascículo contiene sólo unos breves capítulos de la tesis presentada por el P. Gustavo Andrade en la Universidad Javeriana de Bogotá, concretamente los que tratan de la función del sentido en el conocimiento de la existencia actual y de la sensibilidad como puente para conocer la realidad de los seres existentes. Por ser obra fragmentaria, hay puntos que quedan un poco en el aire.

R. BOSSUAT, *Le Roman de Renard*, Hatier-Boivin, 8 rue d'Assas, París, 1957, 192 pp.

La casa Hatier de París ha incorporado a su colección «Connaissance des Lettres» esta importante síntesis de Bossuat sobre muchos de los puntos de estudio que ofrece esta producción literaria del siglo XII. El autor presenta en amena prosa los resultados de la crítica moderna y hace resaltar el espíritu del poema y los recursos literarios empleados por sus autores en esta graciosa colección de cuentos medievales que en el fondo no hacen más que prolongar la antigua tradición de modelos latinos.

CASTILLA BARRIOS (Olga), *Breve Bosquejo de la Literatura infantil colombiana*, Bogotá, 1954, 372 pp.

En un grueso volumen, la autora ha reunido un acerbo de material sobre el tema que encabeza esta tesis. Entre los autores tratados es quizá Pombo el que con más cariño y más acierto ha estudiado la autora. Por lo demás, el esquema de la obra se agrupa en torno a los diversos géneros de literatura infantil: cuento, fábula, historia, teatro, poesía. Sobre estos cinco ejes van girando, cada uno en su propia órbita, los diferentes planetas —digo autores más importantes— que en el mundo hispánico han escrito de cara al niño.

Certamen Capitolinum VII —MDCCCCLVI— Curante Instituto Romanis Studiis Provehendis.

Contiene este fascículo los dos trabajos premiados en el certamen de 1956: EUGENII MULAS, *M. Antonii in Ciceronam actio ficta* y ALDI BARTALUCCI, *Sena Iulia*. La primera de estas disertaciones cobra especial interés en este año del bimilenario de Cicerón. Las dos están escritas en un latín atildado y armonioso.

DE LA ROSA, A., *Algunas conclusiones de la psico-pedagogía moderna sobre la orientación profesional en las carreras superiores*. Bogotá, 1951, pp. 92.

Es una tesis para optar al título de doctor en Filosofía y Pedagogía, presentada y defendida en la Universidad Javeriana por el estudiante mexicano Alberto de la Rosa, y llegada a la redacción de nuestra revista con varios años de retraso.

FISCHER, H., *Introducción al Catecismo Católico*; Editorial Herder, Barcelona, 1957, 128 pp.

La Casa Herder, que, con sus excelentes publicaciones va acreditando su renombre de editorial católica, no descuida, no puede descuidar, el tema catequístico. No contenta con la versión y adaptación española del *Katholischer Katechismus der Bistümer Deutschland*, ofrece ahora esta introducción al Catecismo Católico, de Fischer, que ha traducido de la tercera edición alemana Juan Godó Costa. Es un libro que puede prestar excelentes servicios a los catequistas y predicadores.

FRAPPIER, J., *Chrétien de Troyes*, Hatier-Boivin, París, 1957, pp. 256.

Se estudia en este libro la vida y las obras de un escritor medieval, que ha dado existencia con su fantasía a personajes que han pervivido durante siglos. A pesar de los problemas que plantea la vida de Chrétien de Troyes, el profesor de la Sorbona J. Frappier ha logrado darnos una síntesis densa y sugestiva del tema y nos hace ver cómo este escritor ha ejercido una influencia directa y profunda en la literatura mundial.

GOGACZ, M., *Filozofia bytu W. «Benjamin Major» Ryszarda ze swietego Witrora*, Lublin, 1957.

Se trata de una disertación sobre la metafísica de Richar, estudiada en sus obras teológicas y místicas, especialmente en el «Benjamin Major» (P. L. 196, c. 63-202). La obra escrita en esloveno, lleva un resumen en francés.

HERNANDEZ D'EMPAIRE, J., *Abecedario de reflexiones sobre tópicos médico-quirúrgicos*, Maracaibo, Universidad de Zulia, 1953, pp. 90.

HEUNSTADT, B., *El abastecimiento de agua en 50 municipios de Cundinamarca*. Bogotá, 1956, pp. 174.

Tesis de grado para optar al título de doctor de Filosofía y Pedagogía con especialización en Ciencias Biológicas en la Universidad Javeriana.

LA ROCHE, H., *Monocamerismo y Bicamerismo*. Publicación de la Universidad de Zulia, Maracaibo, 1956, pp. 64.

LÓPEZ VELAZQUEZ, F., *Los tres Bayonas*. Bogotá, 1953, pp. 158.

Se trata de un estudio crítico comparativo de los tres hermanos Bayona Posada, poetas y escritores colombianos, de no escaso interés, mayor tal vez del que comúnmente han merecido de la posteridad. Es una tesis de grado presentado por su autora en la Universidad Javeriana.

LOZANO CABALLERO, A., *Marco Fidel Suárez eudemonista*. Bogotá, 1955, pp. 130.

También es ésta una tesis de grado presentada en la Universidad Javeriana para optar al grado de doctor en Filosofía y Letras. La tesis nos presenta a D. Marco Fidel como un varón que sabe sobreponerse, por su cristiana Filosofía de la vida, a su propia tragedia, afrontando la adversidad sereno y en paz, porque le acompaña el gozo interior de su fe cristiana.

MAXIMO ANT., *Gregorio Gutiérrez González*, Popayán, 1953, pp. 320.

El hermano Antonio Máximo, marista, ha querido darnos en esta su tesis doctoral un estudio monográfico sobre la personalidad y escritos del poeta colombiano Gutiérrez González. De él había dicho Menéndez Pelayo: «Gutiérrez González es, a mi entender, uno de los poetas más americanos que han existido... Dios nos dé tales poetas que siempre serán aves raras, así en América como en España».

MIRANDA RIBADENEIRA, F., *Política Cristiana*, Quito (Ecuador) Editorial «Fray Jodoco Ricke», 1955, pp. 260.

Este estudio se divide en dos partes. Recuerda la primera los grandes principios que regulan las relaciones entre lo sagrado y lo profano. En la segunda parte se detiene el autor en ciertos aspectos de la realidad ecuatoriana, como los contagios liberales del actual catolicismo del Ecuador y la gran obra realizada en el orden político y religioso por Su Eminencia el Cardenal la Torre, Arzobispo de Quito.

MURA, E., *La Humanidad vivificante de Cristo*, Editorial Herder, Barcelona, 1957, pp. 302.

Esta obra de Mura se basa en el principio teológico de la función que desempeña en la vida espiritual la Sacratísima Humanidad del Salvador.

Sabido es cuánto insistía en esto Santa Teresa. San Pablo sintetiza esta doctrina en aquella frase que viene a ser la condensación de su vida de apóstol: «Para mí el vivir es Cristo». El libro elegantemente impreso y vertido del francés en un castellano espontáneo y fluido, se lee con placidez y provecho espiritual.

RESTREPO OSPINA, O., *Bibliografía Crítica Mariológica Colombiana*, Bogotá, 1954, pp. 144.

El autor de esta tesis confiesa que ha querido con ella contribuir al universal homenaje de la Cristiandad a la Virgen Inmaculada en el Centenario de la definición dogmática. La labor, aunque susceptible de nuevas aportaciones, ampliaciones y hasta depuraciones en nuevas ediciones, representa un gran paso para cuantos quieran estudiar el tema de la Mariología en Colombia.

Nihil obstat:

DR. LAURENTIUS TURRADO, Canon.
In Pontif. Univ. Salm. Magister.

IMPRIMATUR:

† FR. FRANCISCUS, O. P.
Episcopus Salmantinus

Depósito Legal: S. 24. 1958.

IMPRESA «CALATRAVA».-SALAMANCA